Los posesos

Camus

Alianza editorial



ALBERT CAMUS
LOS POSESOS

Título original: *Les possédés*
Traductora: María Teresa Gallego Urrutia
Diseño de cubierta: Alianza Editorial
Proyecto de colección: Odile Atthalin y Rafael Celda

ISBN:84-206-5700-X

Los posesos *se representó por puntera vez el 30 de enero de 1959 en el Theatre Antoine (dirigido por Simone Berriau), con decorados y vestuario de Mayo y dirección de Albert Camus.*

Personajes

Grigoreyev, el Narrador
Stepan Trofimovich Verhovensky
Varvara Petrovna Stavrogin
LIPUTIN
Shigaliov
Ivan Shatov
Virginski
Gaganov
Aleksei Yegorovich
Nikolai Stavrogin
Praskovya Drozdov
Dasha Shatov
Aleksei Kirillov
Liza Drozdov
Mavriki Nikolayevich
Marya Timofeyevna Lebiadkin
El capitán Lebiadkin
PIOTR STEPANOVICH Verhovensky
Fedka
El SEMINARISTA
LIAMSHIN
El obispo Tihon
Marie Shatov

Decorados

1. En casa de Varvara Stavrogin. Suntuoso salón de época.
2. La casa de huéspedes Filippov. Decorado simultáneo. Una sala y un

dormitorio pequeño. Es una pensión humilde.
3. La calle.
4. La casa de Lebiadkin. Una sala mísera de los arrabales.
5. Elbosque.
6. Los aposentos de Tihon. Una amplia sala en el convento de la Virgen.
7. El amplio salón de la casa de campo de Stavrogin, en Skvorechniki.

PRIMERA PARTE

(Al comenzar la obra, la sala está en completa oscuridad. La luz de un foco cae sobre El Narrador, *inmóvil ante el telón con un sombrero en la mano.)*

Anton Grigoreyev, el Narrador *(Es educado, irónico e impasible.)*
Señoras y caballeros,
Los peculiares acontecimientos que van a presenciar ocurrieron en esta ciudad de provincias por influencia de mi respetable amigo el profesor Stepan Trofimovich Verhovensky. El profesor desempeñó siempre entre nosotros un papel de auténtico hombre cívico. Era liberal e idealista. Le gustaban Occidente, el progreso, la justicia y, en general, cuanto es de condición elevada. Pero, desde tales alturas, cayó, por desgracia, en la suposición de que el zar y sus ministros sentían contra él una inquina personal y se afincó en esta comarca para ejercer con gran dignidad la ocupación de pensador exiliado y perseguido. Sólo que, tres o cuatro veces al año, padecía ataques de tristeza cívica que lo hacían encamarse con una bolsa de agua caliente en el vientre. Vivía en casa de su amiga, la generala Varvara Stavrogin, que le encomendó, tras fallecer su marido, la educación de su hijo Nikolai Stavrogin. ¡Ah! Se me olvidaba decirles que Stepan Trofimovich era dos veces viudo; y padre, sólo una. Envió a su hijo al extranjero. Sus dos mujeres murieron jóvenes y, a decir verdad, no fueron excesivamente felices con él. Pero es imposible sentir a un tiempo devoción por la propia esposa y por la justicia. En consecuencia, Stepan Trofimovich centró todos sus afectos en su alumno Nikolai Stavrogin, a cuya formación moral se consagró con sumo rigor hasta el día en que Nikolai escapó para emprender una vida desenfrenada. Stepan Trofimovich quedó pues a solas con Varvara Stavrogin, que sentía por él una inagotable amistad, es decir, lo aborrecía con frecuencia. Y aquí empieza mi historia.

CUADRO PRIMERO

Se alza el telón. La escena representa el salón de Varvara Stavrogin.

(El Narrador *va a sentarse a la mesa y juega a las cartas con* Stepan Trofimovich.)

Stepan
¡Ay! Se me olvidaba decirle que cortase. Discúlpeme, querido amigo, pero no

he dormido bien esta noche. ¡Cuánto me he arrepentido de haberme quejado a usted de Varvara!
Grigoreyev
Sólo dijo que si consentía en que siguiera usted viviendo en su casa era por vanidad y porque lo envidiaba por ser un hombre culto.
Stepan
¡A eso voy precisamente! ¡No, no, no es cierto! Le toca a usted jugar. Mire, la verdad es que es un ángel de pundonor y delicadeza y yo soy todo lo contrario.
(Entra Varvara Stavrogin, *que se queda de pie en el umbral.)*
Varvara
¡Otra vez con las cartas! *(Los dos hombres se levantan.)* Siéntense y sigan a lo suyo. Yo tengo que hacer. *(Va hacia una mesa, a mano izquierda, y empieza a mirar unos papeles. Los jugadores siguen con la partida, pero* Stepan Trofimovich *lanza ojeadas a* Varvara, *quien dice por fin, sin mirarlo.)* Creía que esta mañana iba a trabajar en su libro.
Stepan
Me he dado una vuelta por el jardín. Me llevé a Tocqueville...
Varvara
Y leyó a Paul de Kock. No será por falta de llevar ya quince años anunciándonos ese libro suyo.
Stepan
Sí. Ya he acopiado los materiales, pero ahora hay que juntarlos. Y, además, ¡qué más da! Soy un hombre olvidado. Nadie me necesita.
Varvara
Sería un hombre menos olvidado si jugase menos a las cartas.
Stepan
Sí, juego a las cartas, y es algo indigno. Pero ¿quién tiene la culpa? ¿Quién acabó con mi carrera? ¡Muera Rusia! ¡Baza!
Varvara
Nada le impide trabajar y demostrar con su obra que se equivocan quienes lo dieron de lado.
Stepan
Se olvida, mi querida amiga, de que ya he publicado mucho.
Varvara
¿Ah, sí? ¿Y quién se acuerda de eso?
Stepan
¿Quién? Pues nuestro amigo, seguramente.
Grigoreyev
Claro que sí. De entrada, están sus conferencias sobre los árabes en general; luego, el principio de su estudio acerca de la extraordinaria hidalguía de algunos caballeros en determinada época; y, ante todo, su tesis sobre la importancia que habría podido alcanzar la villa de Hanau entre 1413 y 1428 y los oscuros motivos que impidieron conseguir esa importancia.

Tiene usted una memoria de acero, mi querido amigo. Muchas gracias.
Varvara
Ésa no es la cuestión. La cuestión es que lleva usted quince años anunciando un libro del que no ha escrito aún ni una palabra.
Stepan
¡Pues no, ea! ¡Resultaría demasiado cómodo! ¡Quiero seguir siendo estéril y solitario! ¡Así se enterarán de lo que se han perdido! ¡Quiero ser la encarnación de un reproche!
Varvara
Lo sería si pasara menos tiempo tumbado en la cama.
Stepan
¿Cómo dice?
Varvara
Digo que para ser la encarnación de un reproche hay que estar de pie.
Stepan
Echado o de pie, lo esencial es ser la encarnación de una idea. Y, además, actúo, actúo, y siempre según mis principios. Esta misma semana he vuelto a firmar una protesta.
Varvara
¿Contra qué?
Stepan
No lo sé. Era... bueno, se me ha olvidado. Había que protestar y basta. ¡Ay! En mis tiempos las cosas iban de otra manera. Trabajaba doce horas diarias...
Varvara
Con cinco o seis habría bastado...
Stepan
... Iba de biblioteca en biblioteca, juntaba montañas de notas. ¡Entonces había esperanza! Charlábamos hasta que se hacía de día, construíamos el porvenir. ¡Ay! ¡Qué valientes éramos, fuertes como el acero, impávidos como la roca! Eran veladas realmente atenienses: la música, piezas españolas, el amor por la humanidad, la Madona Sixtina... Ay, mi noble y fiel amiga, ¿sabe usted acaso, sabe bien sin cuántas cosas me he quedado?
Varvara
No. *(Se pone de pie.)* Pero sé que si se quedaba charlando hasta la madrugada es imposible que trabajase doce horas. ¡Por lo demás, todo esto es hablar por hablar! Ya sabe que por fin viene mi hijo Nikolai... Tengo que hablar con usted. (Grigoreyev *se levanta y se acerca a besarle la mano.)* Muy bien, amigo mío, es usted discreto. Vayase al jardín y vuelva dentro de un rato.
(Sale Grigoreyev.)
¡Qué alegría, mi noble amiga, volver a ver a nuestro Nikolai!
Varvara
Sí, soy muy dichosa, él es toda mi vida. Pero estoy preocupada.
Stepan
¿Preocupada?

Varvara
Sí, no empiece usted a hacer de enfermera, estoy preocupada. ¡Anda! ¿Desde cuándo se pone corbatas rojas?
Stepan
Sólo hoy... es que…
Varvara
Me parece que no tiene ya edad para eso. ¿Qué estaba yo diciendo? Sí, que estoy preocupada. Y sabe muy bien por qué. Todos esos rumores que corren... No puedo creerlos, pero es algo que no me deja vivir. ¡El desenfreno, la violencia, los duelos, mi hijo insulta a todo el mundo, se codea con la hez de la sociedad! ¡Absurdo, absurdo! Y, no obstante, ¿y si fuese cierto?
Stepan
No, no puede serlo. Acuérdese de aquel niño soñador y tierno, de sus adorables melancolías. Sólo un alma de elite puede padecer tristezas tales, lo sé muy bien.
Varvara
Se olvida de que ya no es un niño.
Stepan
Pero tiene una salud frágil. Acuérdese de que se pasaba noches enteras llorando. ¿Se lo imagina obligando a otros hombres a batirse?
Varvara
No era ni pizca de frágil. ¿De dónde ha sacado eso? Era de temperamento nervioso, y nada más. Pero usted había dado en la ocurrencia de despertarlo en plena noche, cuando tenía doce años, para contarle sus desgracias. ¡Vaya un preceptor!
Stepan
Ese niño angelical me quería; me pedía que le hiciera confidencias y lloraba entre mis brazos.
Varvara
El niño angelical ha cambiado. Me dicen que no sería capaz de reconocerlo, que tiene una fuerza física increíble.
Stepan
Pero él ¿qué le cuenta en sus cartas?
Varvara
Sus cartas son escasas y breves, pero siempre respetuosas.
Stepan
Ya lo ve.
Varvara
No veo nada. Debería usted perder la costumbre de hablar por hablar. Y, además, hay hechos. ¿Acaso no lo degradaron por haber herido gravemente a otro oficial en un duelo?
Stepan
Eso no es un crimen. Lo movió el ardor de una sangre noble. Todo resulta muy caballeroso.

Varvara
Sí, pero lo que resulta menos caballeroso es que viva en los barrios infames de San Petersburgo y guste de la compañía de asesinos y borrachos.
Stepan *(Ríe.)*
¡Ja, ja! Es la juventud del príncipe Harry
Varvara
¿Qué historia es ésa?
Stepan
Una historia de Shakespeare, mi noble amiga, de Shakespeare el inmortal, el emperador de los genios, el gran Will, vamos, que nos muestra al príncipe Harry entregándose al vicio con Falstaff.
Varvara
Volveré a leer esa obra. Por cierto, ¿hace usted ejercicio? Ya sabe que tiene que andar seis verstas diarias. Bien, en cualquier caso, le he pedido a Nikolai que regrese. Averigüe usted sus intenciones. Quiero conseguir que se quede aquí y que se case.
Stepan
¿Que se case? ¡Ay, que romántico y novelesco! ¿Ha pensado en alguien?
Varvara
Sí, en Liza, la hija de mi amiga Praskovya Drozdov. Están las dos en Suiza con mi pupila Dasha... Pero ¿a usted qué más le da?
Stepan
Quiero a Nikolai como si fuera mi propio hijo.
Varvara
Lo cual no es mucho decir. Sólo ha visto a su hijo dos veces, y una de ellas fue el día en que nació.
Stepan
Lo criaron sus tías; le mandaba las rentas de la modesta finca que le dejó su madre. Y mi corazón padecía por esa ausencia. Por lo demás, es un fruto desabrido, pobre de mente y de corazón. ¡Si viera usted qué cartas me escribe! Parece que se esté dirigiendo a un criado. Le pregunté con todo mi corazón de padre si no querría venir a verme. ¿Y sabe lo que me contestó?: «Si vuelvo, será para revisar mis cuentas y también para liquidarlas».
Varvara
A ver si aprende usted de una vez a hacerse respetar. Bien, voy a dejarlo. Es la hora de su tertulia. Los amigos, la juerga, las cartas, el ateísmo y, sobre todo, el olor, ese olor tan malo a tabaco y a hombre... Me voy No beba demasiado, que luego le duele el vientre. ¡Hasta luego! *(Lo mira y, luego, se encoge de hombros.)* ¡Una corbata roja!
(Sale.)
Stepan *(Mira hacia ella, tartamudea, mira el escritorio.)*
¡Ay, mujer cruel e implacable! ¡Y no puedo hablarle! Voy a escribirle, a escribirle!
(Va hacia la mesa.)

Varvara *(Aparece de nuevo.)*
¡Y deje de escribirme! Vivimos en la misma casa, es ridículo mandarse cartas. Aquí están sus amigos.
(Sale.)

(Entran Grigoreyev, Liputin *y* Shigaliov.)

Stepan
¿Qué tal, mi querido Liputin, qué tal? Disculpe que esté alterado... Me odian... Sí, me odian, como se lo digo. ¡Qué más da! ¿No ha venido su mujer con usted?
Liputin
No. Las mujeres tienen que estarse en su casa y ser temerosas de Dios.
Stepan
Pero ¿no es usted ateo?
Liputin
Sí. ¡Chisss! No lo diga tan alto. De eso se trata. Un marido ateo tiene que inculcarle a su mujer el temor de Dios. Así es un hombre aún más libre. Fíjese en nuestro amigo Virginski. Acabo de encontrármelo. Ha tenido que salir a hacerse la compra porque su mujer estaba con el capitán Lebiadkin.
Stepan
Sí, sí, ya sé lo que se dice. Pero no es cierto. Su mujer es un ser noble. Todas las mujeres lo son, por lo demás.
Liputin
¿Cómo que no es cierto? Me lo ha dicho Virginski en persona. Ha convertido a su mujer a nuestras ideas. Le ha demostrado que el hombre es una criatura libre, o que debe serlo. Así que su mujer se ha liberado y, después, ha notificado a Virginski que lo destituía del puesto de marido y, en su lugar, se quedaba con el capitán Lebiadkin. ¿Y sabe usted lo que dijo Virginski cuando su mujer le anunció la noticia? Pues le dijo: «Querida mía, hasta ahora sólo te amaba; ahora te respeto».
Stepan
Es un romano.
Grigoreyev
Pues a mí, en cambio, me han contado que, cuando su mujer lo destituyó, rompió a sollozar.
Stepan
Sí, sí, es tierno de corazón. *(Entra* Shatov.) Aquí viene el amigo Shatov. ¿Qué noticias tiene de su hermana?
Shatov
Dasha va a regresar. Ya que me lo pregunta, le diré que se aburre en Suiza con Praskovya Drozdovy Liza. Se lo digo, aunque me parece que no es cosa suya.
Stepan
Claro, claro. Pero regresa, eso es lo esencial. ¡Ay, queridos amigos míos, no es posible vivir fuera de Rusia, ya lo ven...!

Liputin
Pero tampoco se puede vivir en Rusia. Hace falta algo diferente, y no hay nada.
Stepan
¿Y qué se puede hacer?
Liputin
Hay que rehacerlo todo.
Shigaliov
Sí, pero no sacan ustedes las oportunas consecuencias.

(Shatov *ha ido a sentarse, malhumorado, dejando la gorra junto a sí.)*
(Entran Virginski, *y a continuación,* Gaganov.)

Stepan
¿Qué tal, mi querido Virginski? ¿Cómo está su mujer...? (Virginski *se vuelve hacia otro lado.)* Bueno, ya sabe que lo queremos mucho, e incluso muchísimo.
Gaganov
Pasaba por casualidad y he entrado a ver a Varvara Stavrogin. Pero quizá estoy de más.
Stepan
De ninguna manera. Siempre queda un sitio libre en el banquete de la amistad. Tenemos que hablar de muchas cosas. Ya sé que unas cuantas paradojas no lo amedrentan.
Gaganov
Dejando de lado al zar, Rusia y la familia, se puede conversar acerca de todo. *(A* Shatov.) ¿No es cierto?
Stepan *(Ríe.)*
Hay que brindar por la conversación de nuestro buen amigo Gaganov. *(Toca la campanilla.)* Siempre y cuando nos lo consienta Shatov, el irascible Shatov. Porque nuestro buen Shatov es irascible; enseguida pone el grito en el cielo. Y para conversar con él hay que empezar por atarlo. Miren, ya se marcha. Vamos, mi buen amigo, ya sabe que lo queremos.
Shatov
Entonces, no me ofendan.
Stepan
Pero ¿quién lo ofende? Si lo he hecho, me disculpo por ello. Hablamos demasiado, bien lo sé. Hablamos y habría que actuar. Actuar, actuar... o, en todo caso, trabajar. Llevo veinte años sin dejar de tocar diana e invitar al trabajo. Rusia necesita ideas para volver a levantarse; hay que trabajar. Pongamos, pues, manos a la obra y acabará por ocurrírsenos una idea personal...
(Aleksei Yegorovich *entra con bebidas y vuelve a salir.)*
Liputin
Entretanto habría que suprimir el ejército y la armada.

Gaganov
¿Al mismo tiempo?
Liputin
¡Sí, para conseguir la paz universal!
Gaganov
Pero, si los demás no los suprimen, ¿no caerán en la tentación de invadirnos? ¿Cómo lo íbamos a saber?
Liputin
Suprimiéndolos. Así lo sabremos.
Stepan *(Muy animado.)*
¡Vaya paradoja! Pero algo tiene de cierto...
Virginski
Liputin exagera porque desespera del advenimiento del reinado de nuestras ideas. Pero yo creo que hay que empezar por el principio y eliminar a los sacerdotes al mismo tiempo que a la familia.
Gaganov
Señores, admito todas las bromas, pero suprimir de golpe el ejército, la armada, la familia y los sacerdotes, pues no; ¡que no y que no!
Stepan
No pasa nada por hablar. Se puede hablar de todo.
Gaganov
Pero suprimirlo todo así, de golpe, al mismo tiempo, pues no; ¡que no y que no!
Liputin
Veamos, ¿usted cree que hay que reformar Rusia?
Gaganov
Sí, no cabe duda. No todo es perfecto aquí.
Liputin
Por lo tanto, hay que desmembrarla.
Stepan y Gaganov
¿Cómo?
Liputin
Lo que oyen. Para reformar Rusia hay que convertirla en una federación. Pero para federarla, primero hay que desmembrarla. Es algo matemático.
Stepan
La cosa merece la pena pensarse.
Gaganov
Pues yo... ¡Que no y que no! A mí nadie me lleva de las narices...
Virginski
Para pensar, se necesita tiempo. La miseria no espera.
Liputin
Hay que atender a lo que más prisa corra. Lo que más prisa corre, ante todo, es que todo el mundo coma. Los libros, las tertulias, los teatros, más adelante, más adelante... Vale más un par de botas que Shakespeare.

Stepan
¡Ah, eso no lo puedo consentir! No, no, mi buen amigo, el genio inmortal resplandece por encima de todos los hombres. Que todo el mundo vaya descalzo y que viva Shakespeare...
Shigaliov
Mucho hablar, pero ninguno de ustedes saca las oportunas consecuencias.
(Sale.)
Liputin
Permita que...
Stepan
No, no, eso no lo puedo admitir. Nosotros, que amamos al pueblo...
Shatov
Ustedes no aman al pueblo.
Virginski
¿Cómo? ¿Que yo...?
Shatov *(De pie y airado.)*
No aman ni a Rusia ni al pueblo. Han perdido el contacto con él, hablan de él como de una tribu lejana de costumbres exóticas y a la que hay que compadecer. Lo han perdido, y quien carece del pueblo carece de Dios. Por eso todos ustedes, y nosotros también, todos nosotros, no somos sino miserables indiferentes, descarriados, y nada más. Usted también, Stepan Trofimovich, entérese de que no lo exceptúo, aunque usted nos haya educado a todos, y sepa también que esto que he dicho iba por usted.
(Coge la gorra y se abalanza hacia la puerta. Pero Stepan Trofimovich *lo detiene con la voz.)*
Stepan
Muy bien, Shatov, puesto que asilo quiere, estoy reñido con usted. Y ahora hagamos las paces. *(Le tiende la mano y* Shatov, *enfurruñado, se acerca y la toma.)* ¡Bebamos por la reconciliación universal!
Gaganov
Bebamos. Pero a mí nadie me lleva de las narices.
(Brindan. Entra Varvara Stavrogin.)
Varvara
Sigan, sigan. Brinden a la salud de mi hijo Nikolai, que acaba de llegar. Se está cambiando y le he pedido que venga a que lo vean estos amigos de usted.
Stepan
¿Cómo lo ha encontrado, mi noble amiga?
Varvara
La buena cara que tiene y su aspecto me han llenado de júbilo *(Los mira.)* Sí, ¿por qué no decirlo? Han corrido tantos rumores estos tiempos que no me desagrada que se vea cómo es mi hijo.
Gaganov
Nos alegramos de verlo, querida!
Varvara *(Mirando a* Shatov.)

Y a usted, Shatov, ¿le gusta volver a ver a su amigo?
(Shatov *se pone de pie y, al hacerlo, vuelca torpemente una mesita de marquetería.)* Levante esa mesa, por favor. Se le habrá despuntado una esquina, pero qué se le va a hacer. *(A los demás.)* ¿De qué estaban hablando?
Stepan
De la esperanza, mi noble amiga, y del porvenir luminoso que ya resplandece al final de nuestro tenebroso camino... ¡Ay, nos llegará el consuelo de tantas penalidades y persecuciones! Concluirá el exilio, ya llega la aurora...
(Aparece al fondo Nikolai Stavrogin *y se queda quieto en el umbral.)*
¡Ah, mi querido muchacho!
(A Varvara *se le escapa un ademán impulsivo hacia* Stavrogin, *pero su expresión impasible la detiene. Lo mira con angustia. Unos segundos embarazosos.)*
Gaganov
¿Cómo está, mi querido Nikolai?
Stavrogin
Bien, muchas gracias.
(Se produce en el acto un alegre barullo.)
(Nikolai *se acerca a su madre para besarle la mano.* Stepan Trofimovich *va hacia él y lo besa.* Nikolai Stavrogin *le sonríe y torna a la expresión impasible. Los demás, menos* Shatov, *lo rodean y lo congratulan.)*
(Pero su prolongado silencio va apagando el entusiasmo general.)
Varvara *(Mirando a* Nikolai.)
Hijo mío queridísimo, estás triste y hastiado. Bien está.
Stepan *(Se acerca con un vaso.)*
¡Mi buen Nikolai!
Varvara
Sigan, se lo ruego. Creo que estábamos hablando de la aurora.
(Stavrogin *alza el vaso en dirección a* Shatov, *quien sale sin decir palabra.)*
(Stavrogin *olfatea el contenido del vaso y lo deja encima de la mesa, sin beberlo.)*
Liputin *(Tras unos momentos de tirantez general.)* Bueno, bueno. ¿Saben que el nuevo gobernador ya ha llesado?
(Virginski, *en el rincón de la izquierda, le dice algo a* Gaganov, *que contesta.)*
Gaganov
A mí nadie me lleva de las narices...
Liputin
Por lo visto quiere ponerlo todo manga por hombro. Me extrañaría.
Stepan
La cosa no irá a mayores. ¡Cierta borrachera administrativa!
(Stavrogin *está ahora en el sitio que ocupaba* Shatov.)
(A pie firme y con aspecto abstraído y hosco, mira a Gaganov.)
Varvara

¿A qué se está refiriendo ahora?
Stepan
¡Pero si ya conoce usted esa enfermedad! En pocas palabras, ya sabe, encargue al primer don nadie de este país que se le ponga a mano que despache billetes en la ventanilla de la estación más remota. Y, acto seguido, ese don nadie, para dejarle bien claro su poder, la mirará con cara de Júpiter cuando vaya a sacar billetes. El don nadie está borracho, ¿se da cuenta? En plena borrachera administrativa.
Varvara
Abrevie, se lo ruego...
Stepan
Quería decir que... En cualquier caso, yo también conozco al nuevo gobernador, un hombre apuesto ¿verdad? que ronda los cuarenta años.
Varvara
¿De dónde saca que es un hombre apuesto? Tiene ojos de cordero.
Stepan
Es cierto, pero... bien... me someto a la opinión de las señoras.
Gaganov
No podemos criticar al nuevo gobernador antes de haberlo visto manos a la obra, ¿no les parece?
Liputin
¿Y por qué no íbamos a criticarlo? Es gobernador, con eso basta.
Gaganov
Un momento...
Virginski
Razonamientos como los del señor Gaganov son los que hunden a Rusia en la ignorancia. Aunque le diesen a un caballo el puesto de gobernador, él se quedaría esperando a verlo manos a la obra.
Gaganov
Un momento, un momento... me está ofendiendo y no lo voy a consentir. He dicho... o más bien... en fin, que no y que no, que a mí nadie me lleva de las narices... (Stavrogin *cruza el escenario, entre el silencio que reina no bien da el primer paso, se acerca con aspecto abstraído a* Gaganov, *alza despacio el brazo, lo agarra por la nariz y, tirando de él sin saña, le hace dar unos cuantos pasos por el centro del escenario.* Varvara Stavrogin *grita:* «¡Nikolai!» *con tono de angustia.* Nikolai *suelta a* Gaganov, *retrocede unos pasos y lo mira con pensativa sonrisa. Tumulto generalizado, tras unos segundos de estupor. Todos rodean a* Gaganov, *fuera de sí, lo conducen hacia una silla y lo sientan en ella.* Nikolai Stavrogin *da media vuelta y sale.* Varvara Stavrogin, *sin saber qué hacer, coge un vaso y se lo lleva a* Gaganov.) Ése... ¿Cómo se ha...? ¡A mí, a mí!
Varvara *(A* Stepan.) ¡Ay, Dios mío, está loco, está loco!
Stepan *(Que tampoco sabe quehacer.)* No, no, querida amiga, un acto atolondrado, la juventud...

Varvara *(A* Gaganov.)
Disculpe a Nikolai, mi buen amigo, se lo ruego.
(Entra Stavrogin. *Hace una pausa, se detiene, se acerca con paso firme a* Gaganov, *que se pone de pie, amedrentado.) (Dice luego, deprisa y frunciendo el ceño.)*
Stavrogin
Espero que me disculpe, por supuesto! Una repentina necesidad... una bobada...
Stepan *(Acercándosepor el lado opuesto a* Stavrogin, *que mira al vacío con expresión contrariada.)* Eso no son disculpas como Dios manda, Nikolai. *(Con acento angustiado.)* Se lo ruego, hijo mío. Tiene un gran corazón, es culto y bien educado y, de repente, nos muestra una faceta suya enigmática y temible. Compadézcase al menos de su madre.
Stavrogin *(Mirando a su madre y, luego, a* Gaganov.) Está bien. Daré explicaciones. Pero se las daré en secreto al señor Gaganov, que me comprenderá.
(Gaganov *se acerca, con paso tímido.* Stavrogin *se inclina y le hinca los dientes en la oreja.)*
Gaganov *(Con voz alterada.)* Nikolai, Nikolai...
(Los demás, que aún no se han dado cuenta, lo miran.)
(Espantado.) Nikolai, me está mordiendo la oreja. *(A voces.)* ¡Me está mordiendo la oreja! (Stavrogin *lo suelta y se queda quieto a pie firme, con expresión taciturna.* Gaganov *sale, dando gritos de terror.)* ¡La guardia! ¡Que venga la guardia!
Varvara *(Yendo hacia su hijo.)* ¡Nikolai, por el amor de Dios!
(Nikolai *la mira, ríe levemente y, luego, se desploma cuan largo es, presa de algo parecido a un ataque.)*
OSCURO

El Narrador
Gaganov estuvo encamado varias semanas. Nikolai Stavrogin también. Pero se repuso, se disculpó adecuadamente y emprendió un viaje bastante largo. El único lugar en el que se afincó por una temporada fue Ginebra, y no se debió ello al trepidante encanto de la ciudad, sino a que allí coincidió con la señora Drozdov y su hija.

CUADRO SEGUNDO
El salón de Varvara Stavrogin.
(Están en escena Varvara Stavrogin *y* Praskovya Drozdov.)

Praskovya
¡Ay, querida! En cualquier caso, estoy encantada de devolverte a Dasha Shatov. En lo que a mí se refiere, nada tengo que decir, pero me parece que, de no haber sido por ella, no habría habido ese disgusto entre tu Nikolai y mi Liza. Debo decir que no sé nada en concreto; Liza es demasiado orgullosa y

tozuda para hablarme de ello. Pero el hecho es que están enfadados y que Liza ha pasado por una humillación, Dios sabe por qué, aunque la que quizá sí sabe algo es tu Dasha, pero...
Varvara
No me gustan las insinuaciones, Praskovya. Di cuanto tengas que decir. ¿Pretendes hacerme creer que entre Dasha y Nikolai ha habido una intriga?
Praskovya
¡Una intriga, querida! ¡Vaya palabra! Y, además, no pretendo hacerte creer... Te quiero demasiado... ¿Cómo puedes suponer que...?
(Se enjuga una lágrima.)
Varvara
No llores. No me he ofendido. Dime sencillamente qué sucedió.
Praskovya
Pues la verdad es que nada. Seguro que Nikolai está enamorado de Liza; en eso, ya ves tú, no me equivoco. ¡Intuición femenina!... Pero ya sabes qué carácter tiene Liza. ¿Cómo decirlo? Cabezota y mordaz, sí, eso es. Y Nikolai tiene su orgullo. Muchísimo orgullo, no puede negar que es hijo tuyo. Así que no pudo soportar las chanzas y, a su vez, se mofó.
Varvara
¿Se mofó?
Praskovya
Sí, ésa es la palabra. En cualquier caso, Liza se metía continuamente con Nikolai. A veces, cuando veía que estaba hablando con Dasha, se ponía como una loca. La verdad, querida, era una situación inaguantable. Los médicos me tienen prohibido que me ponga nerviosa y, además, me aburría junto al lago ese y me dolían las muelas. Me he enterado después de que el lago de Ginebra predispone a los dolores de muelas, que ésa es una de sus particularidades. Nikolai acabó por marcharse. Yo creo que se reconciliarán.
Varvara
Ese enfado no quiere decir nada. Y, desde luego, conozco demasiado bien a Dasha. Absurdo. Además, voy a aclarar las cosas.
(Toca la campanilla.)
Praskovya
No, en serio...
(Entra Aleksei Yegorovich.)
Varvara
Dile a Dasha que la estoy esperando.
(Aleksei Yegorovich *sale.)*
Praskovya
Querida, he hecho mal en hablarte de Dasha. Nikolai y ella sólo han mantenido charlas triviales, y, además, en voz alta. Al menos en mi presencia. Pero se me contagiaron los nervios de Liza. Y encima ese lago. ¡No puedes hacerte una idea! Es cierto que resulta sedante, pero es de puro aburrido. Y, claro, a fuerza de aburrirla a una, la pone nerviosa... *(Entra* Dasha.)

¡Dashenka, hijita! Qué pena tener que separarnos. Ya no tendremos esas gratas charlas de las noches de Ginebra. ¡Ay, Ginebra! ¡Adiós, querida! *(A* Dasha.) Adiós preciosa, cariño, palomita mía.
(Sale)
Varvara
Siéntate ahí. (Dasha *se sienta.)* Borda. (Dasha *coge un bastidor de la mesa.)* Cuéntame el viaje.
Dasha *(Con voz monocorde y algo cansada.)*
¡Ay, me he divertido mucho! O, más bien, me he instruido. Europa es instructiva, sí. Estamos tan atrasados con respecto a ellos. Y...
Varvara
Deja Europa en paz. ¿No tienes nada de particular que decirme?
Dasha *(La mira.)*
No, nada.
Varvara
¿Nada en la cabeza, ni en la conciencia, ni en el corazón?
Dasha *(Con adusta firmeza.)*
Nada.
Varvara
Estaba segura. Nunca he dudado de ti. Te he tratado como a una hija, ayudo a tu hermano. No harías nada que pudiese contrariarme, ¿verdad?
Dasha
No, nada. Que Dios la bendiga.
Varvara
Mira, he estado pensando en ti. Deja la labor y ven a sentarte a mi lado. (Dasha *se le acerca.)* ¿Quieres casarte? (Dasha *la mira.)* Espera, no digas nada. Estoy pensando en alguien mayor que tú. Pero eres sensata. Y, además, todavía es un hombre apuesto. Se trata de Stepan Trofimovich, que fue profesor tuyo y a quien siempre has tenido aprecio. ¿Qué me dices? (Dasha *la mira otra vez.)* Ya sé que es superficial, que lloriquea, que piensa demasiado en sí mismo. Pero tiene virtudes que valorarás, tanto más cuanto que es algo que te pido yo. Merece que lo amen, porque es un ser indefenso. ¿Lo entiendes? (Dasha *asiente con un ademán.* Varvara *se entusiasma.)* Estaba segura, estaba segura de ti. ¡Y él te amará porque debe hacerlo, porque debe hacerlo! ¡Tiene que adorarte! Atiende, Dasha. Te obedecerá. Lo obligarás a que te obedezca a menos que seas una estúpida. Pero no lo lleves nunca hasta el límite, ésa es la primera norma de la vida conyugal. ¡Ay, Dasha, no existe mayor dicha que la de sacrificarse! Y, además, me darás una alegría muy grande y eso es lo importante. Pero no te fuerzo ni poco ni mucho. Tú eres quien debe decidir. Habla.
Dasha *(Despacio.)*
Si no queda más remedio, lo haré.
Varvara
¿Más remedio? ¿A qué te refieres? (Dasha *calla e inclina la cabeza.)* Acabas

de decir una bobada. Voy a casarte, es cierto, pero no es por necesidad, ¿lo oyes? Se me ha ocurrido, y nada más. No hay nada que ocultar, ¿verdad?
Dasha
No. Haré lo que usted diga.
Varvara
Así que accedes. Entonces vamos a entrar en los detalles. Nada más concluir la ceremonia, te entregaré quince mil rublos. De esos quince mil, le darás ocho mil a Stepan Trofímovich. Déjale que reciba a sus amigos una vez por semana. Si vienen con más frecuencia, ponlos de patitas en la calle. De todas formas, aquí estaré yo.
Dasha
¿Stepan Trofímovich le ha hablado a usted de esto?
Varvara
No, no me ha dicho nada. Pero hablará. *(Se levanta con ademán brusco y se echa el chal negro por los hombros.* Dasha *no deja de mirarla.)* ¡Eres una ingrata! ¿Qué te crees? ¿Que te voy a comprometer? Pues vendrá en persona a suplicarte, humildemente, de rodillas. Se va a morir de felicidad. ¡Eso es lo que va a pasar!
(Entra Stepan Trofimovich. Dasha *se pone de pie.)*
Stepan
¡Ah, Dashenka, preciosa! ¡Qué alegría volver a verla! *(La besa.)* ¡Por fin está otra vez con nosotros!
Varvara
Déjela. Tiene toda la vida por delante para hacerle carantoñas. Y yo tengo que hablar con usted.
(Dasha *sale.)*
Stepan
Está bien, amiga mía, está bien. Pero ya sabe cuánto quiero a mi alumnita.
Varvara
Ya lo sé. Pero no siga llamándola «¡mi alumnita!» ¡Ha crecido! ¡Qué irritante! Mmmm... ha estado usted fumando.
Stepan
¿Y qué me quiere decir con eso?
Barvara Siéntese. No es ésa la cuestión. La cuestión es que tiene usted que casarse.
Stepan *(Pasmado.)*
¿Casarme? ¡Por tercera vez y a los cincuenta y tres años!
Barvara
¿Y qué más da? A los cincuenta años se está en la flor de la vida. Lo sé muy bien, porque voy a cumplirlos. Y, además, es usted un hombre apuesto.
Stepan
Siempre ha sido indulgente conmigo, amiga mía. Pero debo decirle... que no me esperaba... Sí, a los cincuenta años aún no somos viejos. Eso está claro.
(La mira.)

Varvara
Cuente con mi ayuda. La canastilla del ajuar irá bien provista. ¡Ah, se me olvidaba! Se casa usted con Dasha.
Stepan *(Sobresaltado.)*
Con Dasha... Pero si yo creía... ¡Dasha! Pero si es una niña.
Varvara
¡Una niña de veinte años, a Dios gracias! No ponga esos ojos, se lo ruego, que no está usted en el circo. Es inteligente, pero no entiende nada. Necesita a alguien que se ocupe de usted continuamente. ¿Qué hará si me muero? Dasha será una estupenda ama de llaves. Por lo demás, aquí estaré, no pienso morirme de momento. Y, además, es un ángel de dulzura. *(En un arranque.)* ¿Lo entiende? ¡Le digo que es un ángel de dulzura!
Stepan
Lo sé, pero esa diferencia de edad... Yo pensaba... en último término, verá, alguien de mi misma edad...
Varvara
Bueno, pues edúquela, desarrolle su corazón. Le dará un apellido honorable... Quizá vaya a ser su salvador, sí, su salvador…
Stepan
Pero ella... ¿usted le ha hablado?
Varvara
No se preocupe por ella. Por descontado es usted quien tiene que rogarle, que suplicarle que le haga ese honor, ¿se da cuenta? Pero no se alarme, que aquí estaré yo. Y, además, usted la ama. (Stepan Trofimovich *se pone de pie y se tambalea.)* ¿Qué le sucede?
Stepan
Pues... Acepto, claro está, puesto que así lo desea... pero nunca había creído que consintiera usted en...
Varvara
¿En qué?
Stepan
Sin un motivo de fuerza mayor, sin un motivo urgente... nunca habría creído que pudiera usted aceptar verme casado con... otra mujer.
Varvara *(Se levanta con brusquedad.)*
Otra mujer... *(Lo mira con expresión sobrecogedora y luego se dirige hacia lapuerta. Antes de llegar, se da media vuelta.)* Nunca le perdonaré, nunca, me oye, que haya podido suponer ni por un segundo que entre usted y yo... *(Está a punto de salir, pero entra* Grigoreyev.) Ejem... ¿Qué tal, Grigoreyev? *(A* Stepan Trofimovich.) Así que ya ha aceptado usted. Yo me encargaré personalmente de los detalles. Por lo demás, voy a ver a Praskovya para comunicarle el proyecto. Y cuídese. ¡Nada de envejecer!
(Sale.)
Grigoreyev
Nuestra amiga parece muy alterada...

Stepan
El caso es que... ¡Vaya, acabaré por perder la paciencia y no querer ya...!
Grigoreyev
¿No querer qué?
Stepan
He accedido porque estoy hastiado de la vida y todo me da lo mismo. Pero si me exaspera, la cosa cambia. Acusaré la ofensa y me negaré.
Grigoreyev
¿A qué se negará?
Stepan
A casarme. ¡Ay, no debería haber dicho nada! Pero es usted amigo mío, es como si hablase conmigo mismo. Sí, me quieren casar con Dasha. Y he aceptado, en resumidas cuentas he aceptado. ¡A mi edad! ¡Ay, amigo mío, el matrimonio es la muerte para cualquier alma que tenga algo de orgullo, algo de libertad! El matrimonio me corromperá, minará mi energía, no podré ya estar al servicio de la causa de la humanidad. Vendrán hijos. Y sabe Dios si serán míos. Y el caso es que no, que no serán míos. El sabio sabe encararse con la realidad. ¡Y acepto! Porque estoy hastiado. El caso es que no, no he aceptado por hastío. Pero está la deuda esa…
Grigoreyev
Se está usted calumniando. No hace falta que haya dinero por medio para casarse con una muchacha joven y bonita.
Stepan
¡Por desgracia, necesito más el dinero que una muchacha bonita! Ya sabe que no he administrado bien esa finca que le dejó a mi hijo su madre. Va a exigirme los ocho mil rublos que le debo. Lo acusan de ser un revolucionario, un socialista, de querer acabar con Dios, con la propiedad, etc. En lo que a Dios se refiere, no lo sé. Pero en lo tocante a la propiedad, le tiene mucho apego a la propia, se lo aseguro... Y, además, para mí es una deuda de honor. Tengo que sacrificarme.
Grigoreyev
Todo cuanto dice lo honra. ¿Por qué se lamenta?
Stepan
Hay algo más. Sospecho que... sabe... ¡Ah, no soy tan bobo como aparento cuando está ella delante! ¿Por qué esta boda precipitada...? Dasha estaba en Suiza. Vio a Nikolai. Y ahora...
Grigoreyev
No entiendo.
Stepan
Sí, hay misterios. ¿Por qué esos misterios? No quiero servir de tapadera a los pecados ajenos. ¡Sí, los pecados ajenos! Oh, Dios, tú que eres tan grande y tan bueno... ¿quién me consolará?
(Entran Liza *y* Mavriki Nikolayevich.)
Liza

¡Ah! Al fin lo encontramos, Mavriki; es él, es él efectivamente. *(A* Stepan Trofimovich.) ¿Me reconoce, verdad?
Stepan
¡Dios, Dios! ¡Querida Liza! ¡Por fin un momento de dicha!
Liza
Sí, hace doce años que nos separamos. Y se alegra, dígame que se alegra, de volver a verme. ¿No ha olvidado a la niña que fue alumna suya?
(Stepan Trofimovich *corre hacia ella, le toma una mano y la mira sin habla.)*
Este ramo es para usted. Quería traerle una tarta, pero Mavriki Nikolayevich me aconsejó que le trajera flores. Es tan delicado. Éste es Mavriki: me gustaría que se hicieran buenos amigos. Lo quiero mucho. Sí, es el hombre al que más quiero en el mundo. Salude a mi buen profesor, Mavriki.
Mavriki Nikolayevich
Mucho gusto.
Liza *(A* Stepan.)
¡Qué alegría me da volver a verlo! Y, sin embargo, estoy triste. ¿Por qué me pongo siempre triste en momentos así? Explíquemelo usted, que sabe tanto. Siempre supuse que me volvería loca de alegría al volver a verlo y que me acordaría de todo; y ahora resulta que no soy nada feliz. Y, sin embargo, lo quiero a usted.
Stepan *(Con el ramo en la mano.)* No es nada. Yo también, ¿sabe?, yo también la quiero y, ya ve, tengo ganas de llorar.
Liza
¡Ay, pero si tiene mi retrato! *(Se acerca a una miniatura y la descuelga.)* ¿Es posible que sea yo? ¿De verdad era tan guapa? ¡Pero no quiero mirarlo, no! Una vida pasa, otra empieza, luego deja el sitio a otra más, y así continuamente. *(Mirando a* Grigoreyev.) ¡Ya ve qué historias tan antiguas cuento!
Stepan
Se me olvidaba, no sé dónde tengo la cabeza. Le presento a Grigoreyev, un excelente amigo.
Liza *(No sin coquetería.)*
¡Ah, sí! ¡Usted es el confidente! Lo encuentro muy simpático.
Grigoreyev
No merezco tanto honor.
Vamos, vamos, no hay que avergonzarse de ser una buena persona. *(Le vuelve la espalda y él la contempla con admiración.)* Dasha ha vuelto con nosotros. Pero ya está enterado, claro. Es un ángel. Me gustaría que fuera feliz. Por cierto, me ha hablado mucho de su hermano. ¿Cómo es el Shatov ese?
Stepan
Pues un sueño vano! Fue socialista, abjuró de ello y ahora vive según Dios y Rusia.
Liza
Sí, alguien me dijo que era un poco raro. Quiero conocerlo. Querría hacerle

unos encargos.
Stepan
Desde luego que sería una buena obra.
Liza
¿Por qué una buena obra? Quiero conocerlo, hay algo que me interesa... Vamos, que tengo necesidad absoluta de que alguien me ayude.
Grigoreyev
Conozco bastante bien a Shatov y, si es de su agrado, iré a buscarlo ahora mismo.
Liza
Sí, sí. Es posible incluso que vaya yo misma. Aunque no quiero molestarlo, ni a nadie de esta casa por lo demás. Pero tenemos que estar en la nuestra dentro de un cuarto de hora. ¿Está listo, Mavriki?
Mavriki Nikolayevich
Estoy a sus órdenes.
Liza
Muy bien. Qué bueno es usted. *(A* Stepan Trofimovich, *mientras se dirige hacia la puerta.)* ¿No le pasa lo mismo que a mí? Me horrorizan los hombres que no son buenos, incluso aunque sean muy guapos y muy inteligentes. El corazón, eso es lo que importa. Por cierto, enhorabuena por su boda.
Stepan
¿Cómo? Usted sabe...
Liza
Claro. Varvara nos lo acaba de contar. ¡Qué buena noticia! Y estoy segura de que Dasha no se lo esperaba. Venga usted, Mavriki...
OSCURO

El Narrador
Fui, pues, a ver a Shatov, puesto que Liza así lo quería y ya me parecía que no podía negarle nada a Liza, aunque ni por un momento me había creído las explicaciones que daba para su repentino deseo. Lo cual me llevó, y los lleva a ustedes al tiempo, a un barrio menos elegante, a casa de la patrona Filippov, que alquilaba habitaciones y una sala compartida, o, al menos, lo que ella llamaba una sala, a peculiares personajes tales romo Lebiadkin y su hermana Marya, Shatov y, ante todo, el ingeniero Kirillov.

CUADRO TERCERO

La escena representa una sala y, a la derecha, un dormitorio pequeño, el de Shatov. *A la izquierda, una puerta que da al dormitorio de* Kirillov; *al fondo, dos puertas, una que da al recibidor y la otra a la escalera del primer piso.*

(En el centro del salón y muy serio, Kirillov, *de cara al público, está haciendo gimnasia.)*
Kirillov

Uno, dos, tres, cuatro... Uno, dos, tres, cuatro... *(Respira.)* Uno, dos, tres, cuatro...
(Entra Grigoreyev.)
Grigoreyev
¿Lo molesto? Estaba buscando a Ivan Shatov.
Kirillov
Ha salido. No me molesta usted, pero aún me queda un ejercicio. ¿Me permite? *(Hace el ejercicio contando entre dientes.)* Ya está. Shatov no tardará en volver. ¿Quiere usted una taza de té? Me gusta beber té por la noche. Sobre todo después de hacer gimnasia. Ando mucho, arriba y abajo, y bebo té hasta que se hace de día.
Grigoreyev
¿Se acuesta al amanecer?
Kirillov
Siempre. Desde hace mucho. Por la noche, pienso.
Grigoreyev
¿Toda la noche?
Kirillov *(Con mucha calma.)*
Sí, no queda más remedio. Sabe, me interesan los motivos por los que los hombres no se atreven a matarse.
Grigoreyev
¿No se atreven? ¿No le parece que ya hay bastantes suicidios?
Kirillov *(Distraído.)*
Lógicamente debería haber muchos más.
Grigoreyev *(Con ironía.)*
Y, según usted, ¿qué es lo que le impide a la gente matarse?
Kirillov
El sufrimiento. Los que se matan porque están locos o desesperados no se plantean el sufrimiento. Pero los que se matan por sentido común sí, claro.
Grigoreyev
¿Cómo? ¿Hay quienes se matan por sentido común?
Kirillov
Muchos. Y más que habría si no fuera por el sufrimiento y los prejuicios; habría muchísimos, todos los hombres seguramente.
Grigoreyev
¿Qué?
Kirillov
Pero piensan que les va a doler y eso les impide matarse. Incluso sabiendo que no se sufre, la idea está ahí. Imagínese que se le cae encima una piedra del tamaño de una casa. No le daría tiempo a notar nada, a sentir ningún dolor. Bueno, pues incluso así tenemos miedo y no nos decidimos. Es interesante.
Grigoreyev
D ebe de haber otra razón.
Kirillov

Sí... El otro mundo.
Grigoreyev
¿Se refiere al castigo?
Kirillov
No, al otro mundo. Creemos que existe una razón para vivir.
Grigoreyev
¿Y no la hay?
Kirillov
No, no la hay. Y por eso somos libres. Da lo mismo vivir que morir.
Grigoreyev
¿Cómo puede decir algo así con tanta calma?
Kirillov
No me gusta discutir y nunca me tomo nada a broma.
Grigoreyev
El hombre teme la muerte porque ama la vida, porque la vida es buena, y nada más.
Kirillov *(Con un repentino arrebato.)*
¡Es una cobardía, una cobardía, eso es lo que es! La vida no es buena. ¡Y el otro mundo no existe! Dios no es sino un fantasma fruto del miedo a la muerte o al sufrimiento. Para ser libre, hay que vencer el sufrimiento y el espanto. Hay que matarse. Así dejará de haber Dios y el hombre será por fin libre. Y entonces podrá dividirse la historia en dos partes: del gorila a la destrucción de Dios y de la destrucción de Dios a...
Grigoreyev
...al gorila.
Kirillov
A la divinización del hombre. *(Se tranquiliza de pronto.)* El que se atreve a matarse, ése es Dios. A nadie se le había ocurrido nunca. A mí sí.
Grigoreyev
Ha habido millones de suicidios.
Kirillov
Nunca por ese motivo. Siempre con temor. Nunca para matar el temor. Quien se mate para matar el temor será Dios en ese mismo instante.
Grigoreyev
Me temo que no le dará tiempo.
Kirillov *(Se levanta y dice despacio, como con desprecio.)*
Lamento que parezca usted tomarlo a broma.
Grigoreyev
Perdone, no me lo estaba tomando a broma. Pero todo esto es tan raro.
Kirillov
¿Raro por qué? Lo raro es que haya quien pueda vivir sin pensar en estas cosas. Yo sólo puedo pensar en eso. Llevo toda la vida pensando sólo en eso. *(Le indica con un ademán que se le acerque.* Grigoreyev *lo hace.)*
Dios lleva toda la vida atormentándome.

Grigoreyev
¿Por qué me habla así? No me conoce.
Kirillov
Se parece a mi hermano, que murió hace siete años.
Grigoreyev
¿Influyó mucho en usted?
Kirillov
No, nunca decía nada. Pero se le parece usted mucho, e incluso de manera extraordinaria. *(Entra* Shatov. Kirillov *se levanta.)* Tengo el honor de informarle de que el señor Grigoreyev lleva ya un buen rato esperándolo.
(Sale.)
Shatov
¿Qué le pasa?
Grigoreyev
No lo sé. Si he entendido bien, quiere que nos suicidemos todos para demostrarle a Dios que no existe.
Shatov
Sí, es un nihilista. Cogió esa enfermedad en Norteamérica.
Grigoreyev
¿En Norteamérica?
Shatov
Allí lo conocí. Pasamos hambre juntos, dormimos juntos en el suelo. Era por los años en que yo pensaba igual que todos esos impotentes. Quisimos ir allí para saber, por experiencia personal, cuál es el estado de un hombre que vive en las condiciones sociales más duras.
Grigoreyev
Señor! ¿Y para qué irse tan lejos? Les bastaba a ustedes con contratarse para la cosecha, a veinte kilómetros de aquí.
Shatov
Ya lo sé. Pero estábamos así de locos. Y ése lo sigue estando, aunque lleva dentro una pasión auténtica y una firmeza que yo respeto. Se estaba pudriendo allí sin decir palabra. Menos mal que un amigo generoso nos mandó dinero para repatriarnos. *(Mira al* Narrador.) ¿No me pregunta quién fue ese amigo?
Grigoreyev
¿Quién?
Shatov
Nikolai Stavrogin. *(Silencio.)* ¿Y cree que sabe por qué lo hizo?
Grigoreyev
No me creo los chismes.
Shatov
Sí, se dice que tuvo amores con mi mujer. Bueno, ¿y qué si fue así? *(Lo mira fijamente.)* Todavía no le he devuelto el dinero. Pero lo haré. No quiero tener ya nada que ver nunca más con ese mundo. *(Pausa.)* Mire, Grigoreyev, todos ésos, Liputin, Shigaliov, y tantos otros, como el hijo de Stepan Trofimovich, e

incluso Stavrogin, ¿sabe qué es lo que los explica? El odio. (El Narrador *hace un gesto con la mano.)* Sí. Odian a su país. Serían los primeros en ser terriblemente desdichados si su país pudiera reformarse de repente, si llegase a ser extraordinariamente próspero y dichoso. Se quedarían sin nadie a quien despreciar. Mientras que ahora pueden despreciar a su país y desearle males.
Grigoreyev
¿Y usted, Shatov?
Shatov
Ahora amo a Rusia, aunque ya no sea digno de ella. Por eso me entristecen su desventura y mi indignidad. Y esos antiguos amigos míos me acusan de haberlos traicionado. *(Mira para otro lado.)* De momento, lo que tendría que hacer sería ganar dinero para devolver el préstamo a Stavrogin. Es imprescindible.
Grigoreyev
Precisamente...
(Llaman a la puerta. Shatov *abre. Entra* Liza *con un paquete de periódicos en la mano.)*
Liza (A Grigoreyev.)
¡Ah, ya está aquí! *(Se le acerca.)* Así que no me equivocaba ayer cuando supuse, en casa de Stepan Trofimovich, que tenía usted cierto interés en ser amable conmigo. ¿Ha podido hablar con ese tal señor Shatov?
(Mientras habla mira intensamente cuanto la rodea.)
Grigoreyev Este es el señor Shatov. Pero no me ha dado tiempo a... Shatov, Elizabeth Drozdov, a quien ya conoce de nombre, me había dado un recado para usted.
Liza
Me alegro de conocerlo. Me han hablado de usted. Piotr Verhovensky me dijo que era usted inteligente. También Nikolai Stavrogin me habló de usted. (Shatov *desvía la vista.)* En cualquier caso, ésta es mi idea. A mí me parece, ¿verdad?, que a nuestro país no se lo conoce. Así que he pensado que había que reunir en un sólo libro todos los sucesos y acontecimientos significativos que llevan apareciendo desde hace varios años en los periódicos. Y ese libro no podría por menos de ser Rusia. Si usted quisiera ayudarme... Necesitaría a alguien cornpetente. Y le pagaría el trabajo, por supuesto.
Shatov
Una idea interesante, e incluso inteligente... Merece la pena pensárselo... La verdad es que...
Liza (*Contentísima.)*
Si se vendiera el libro, nos repartiríamos los beneficios. Usted pone el guión y el trabajo; yo, la idea original y los fondos necesarios.
Shatov
¿Pero por qué piensa usted que yo puedo hacerme cargo de ese trabajo? ¿Por qué yo y no otro?
Liza

Pues porque lo que me han contado de usted me ha agradado. ¿Acepta?
Shatov
Es algo factible. Sí. ¿Puede dejar los periódicos? Me lo pensaré.
Liza *(Aplaude.)*
¡Ay, qué contenta estoy! ¡Qué orgullosa voy a sentirme cuando salga el libro! *(No ha dejado de mirar en torno.)* Por cierto, ¿no es aquí donde vive el capitán Lebiadkin?
Grigoreyev
Pues sí. Creía que se lo había dicho. ¿Se interesa por el capitán?
Liza
Sí, aunque no sólo por él... En cualquier caso, él se interesa por mí... *(Mira a* Grigoreyev.) Me escribió una carta con unos versos en que me dice que tiene que hacerme ciertas revelaciones. No he entendido nada. *(A* Shatov.) ¿Qué opina usted de él?
Shatov
Es un borracho y un hombre poco honrado.
Liza
Pero me han dicho que vivía con su hermana.
Shatov
Sí.
Liza
Dicen que la trata como un tirano. (Shatov *la mira fijamente y no contesta.)* También es verdad que se dicen tantas cosas. Le preguntaré a Nikolai Stavrogin, que la conoce, y que la conoce incluso muy bien, por lo que se cuenta, ¿no?
(Shatov *sigue mirándola.)*
(Con repentina pasión.) Ay, por favor, quiero verla ahora mismo. Tengo que verla con mis propios ojos y le ruego que me ayude. Es imprescindible.
Shatov *(Recoge los periódicos.)*
Llévese sus periódicos. No acepto el trabajo.
Liza
¿Pero por qué? ¿Por qué? ¿Lo he molestado en algo?
Shatov
No es eso. No puede contar conmigo para esa tarea. Nada más.
Liza
¿Qué tarea? No es un trabajo inventado. Quiero hacerlo.
Shatov
Sí. Y ahora debe regresar a su casa.
Grigoreyev *(Tiernamente.)*
Sí. Vayase a casa, se lo ruego. Shatov se lo va pensar. Iré a verla y la tendré informada.
(Liza *los mira, lanza una queja sorda ysale corriendo.)*
Shatov
Era un pretexto. Quería ver a Marya Timofeyevna w aún no he caído lo

bastante bajo para prestarme a una farsa así.
(Marya Timofeyevna *ha entrado por detrás de él. Lleva un panecillo en la mano.)*
Marya Timofeyevna
¡Hola, Shatushka!
(Grigoreyev *saluda.)*
(Shatov *se acerca a* Marya Timofeyevna *y la coge del brazo. Ella va hacia la mesa central, deja encima de ella el panecillo, abre un cajón y saca una baraja sin hacer caso a* Grigoreyev.)
(Barajando.) Ya estaba harta de estar sola en mi cuarto.
Shatov
Me alegro de verte.
Marya Timofeyevna .
Yo también me alegro de verte. A ése *(Señala a* Grigoreyev.) no lo conozco. ¡Honra y prez a las visitas! Sí, siempre me alegra hablar contigo, aunque siempre estés despeinado. Vives como un monje. Deja que te peine.
(Se saca un peinecito del bolsillo.)
Shatov *(Riendo.)*
Es que no tengo peine.
(Marya Timofeyevna *lo peina.)*
Marya Timofeyevna
¿En serio? Bueno pues más adelante, cuando venga mi príncipe, te daré el mío. *(Le hace una raya, retrocede para ver cómo le queda y se guarda el peine en el bolsillo.)*¿Quieres que te diga una cosa, Shatushka? *(Se sienta y empieza a echar las cartas.)* Eres inteligente; y sin embargo, te aburres. Os aburrís todos, por cierto. Yo no entiendo que la gente se aburra. Estar triste no es aburrirse. Yo estoy triste, pero me lo paso bien.
Shatov
¿Incluso cuando está tu hermano?
Marya Timofeyevna
¿Te refieres a mi lacayo? Es mi hermano, desde luego, pero, sobre todo, es mi lacayo. Le doy órdenes: «¡Lebiadkin, agua!» Y va por agua. A veces cometo el error de reírme cuando lo miro y, si está borracho, me pega.
(Sigue echando las cartas.)
Shatov *(A* Grigoreyev.) Es cierto. Lo trata como a un lacayo. Y él la pega, pero ella no le tiene miedo. Por lo demás, se le olvida todo cuanto acaba de suceder y no tiene noción alguna del tiempo. (Grigoreyev *hace un ademán.)* No, puedo hablar delante de ella; ya se ha olvidado de nosotros. Enseguida deja de atender y se abstrae en sus ensoñaciones. ¿Ve ese panecillo? A lo mejor no lo ha mordido más que una vez desde esta mañana y hasta mañana no se lo acabará.
(Marya Timofeyevna *coge el panecillo sin apartar la vista de las cartas, pero lo conserva en la mano sin probarlo. Durante la conversación, vuelve a dejarlo encima de la mesa.)*

Marya Timofeyevna
Una mudanza, un hombre perverso, una traición, un lecho mortuorio... Vaya, todo mentiras. Si las personas pueden mentir, ¿por qué no las cartas? *(Las mezcla y se pone de pie.)* ¡Todo el mundo miente, menos la madre de Dios! *(Sonríe mirándose los pies.)*
Shatov
¿La madre de Dios?
Marya Timofeyevna
¡Pues sí, la madre de Dios, la naturaleza, la inmensa tierra húmeda! Es buena y no engaña. ¿Recuerdas lo que está escrito, Shatushka? ¡Cuando hayas regado la tierra con tus lágrimas hasta una profundidad de un pie, entonces hallará regocijo en todo! Por eso lloro con tanta frecuencia, Shatushka. No hay nada malo en esas lágrimas. Todas las lagrimas son lágrimas de alegría o promesas de alegría. *(Tiene el rostro cubierto de lágrimas. Le pone a* Shatov *las manos en los hombros.)* Shatushka, Shatushka, ¿es cierto que te ha dejado tu mujer?
Shatov
Es cierto. Me ha abandonado.
Marya Timofeyevna *(Acariciándole la cara.)*
No te enfades. Yo también tengo el corazón triste. ¿Sabes que he tenido un sueño? Él volvía. Él, mi príncipe, volvía y me llamaba con voz suave: «¡Querida mía -decía-, querida mía, ven a reunirte conmigo!». Y yo era feliz. ¡Me quiere, me quiere! Eso es lo que me repetía.
Shatov
A lo mejor va a volver de verdad.
Marya Timofeyevna
¡Ay, no! Es sólo un sueño. Mi príncipe no volverá ya. Seguiré sola. ¡Ay, querido amigo! ¿Por qué nunca me preguntas nada?
Shatov
Porque sé que no me dirías nada.
Marya Timofeyevna
¡No, no! ¡No diré nada! ¡Me pueden matar, me pueden achicharrar, no diré nada, nunca sabrá nadie nada!
Shatov
Ya lo ves.
Marya Timofeyevna
Y, sin embargo, si tú, que tienes un corazón bueno, me lo preguntases, entonces sí, quizá... ¿Por qué no me lo preguntas? Pregúntalo, pregúntalo bien preguntado! Shatushka, y lo diré. Pídelo por favor, Shatushka, para que me decida a hablar. Y hablaré y hablaré...
(Shatov *no dice nada y* Marya Timofeyevna *se queda ante él con el rostro lleno de lágrimas. Se oyen luego ruido y blasfemias en el recibidor.)*
Shatov
Aquí está, aquí está tu hermano. Vete a tu cuarto o te volverá a pegar.

Marya Timofeyevna *(Se echa a reír.)*
¡Ah! ¿Es mi lacayo? Bueno, ¿qué más da? Lo mandaremos a la cocina. *(Pero* Shatov *se la lleva a la fuerza hacia la puerta del fondo.)* No te preocupes, Shatushka, no te preocupes. Si vuelve mi príncipe, me defenderá.
(Entra Lebiadkin *dando un portazo.)*
(Marya Timofeyevna *se queda al fondo con una quieta sonrisa de desprecio que le da una expresión extraña.)*
Lebiadkin *(Cantando en el umbral.)*
A decirte he venido
que ya ha salido el sol.
Dan sus ardientes besos
vida al bosque y temblor.
¿Quién va? ¿Amigo o enemigo? *(A* Marya Timofeyevna.) ¡Tú, a tu cuarto!
Shatov
Deje a su hermana en paz.
Lebiadkin *(Presentándose a* Grigoreyev.)
¡Capitán retirado Ignat Lebiadkin, al servicio del mundo entero y de sus amigos, siempre y cuando sean amigos fieles! ¡Ah, los muy canallas! Y, para empezar, que todo el mundo sepa que estoy enamorado de Liza Drozdov. Es una estrella y una amazona. Es decir, una estrella a caballo. Y yo soy un hombre de honor.
Shatov
Que vende a su hermana.
Lebiadkin *(Vociferando.)*
¿Qué? ¿Más calumnias? ¿Sabes que podría confundirte con una sola palabra...?
Shatov
Pues dila.
Lebiadkin
Creerás que no me atrevo.
Shatov
No te atreves, eres un cobarde por muy capitán que seas. Y te amedrenta tu amo.
Lebiadkin
Me están provocando. ¡Es usted testigo, caballero! Pues bien, ¿sabes, sabéis de quién es mujer mi hermana?
Shatov
¿De quién? No te atreverás a decirlo.
Lebiadkin
De... de...
(Marya Timofeyevna *se acerca con la boca abierta, pero muda.)*
OSCURO

El Narrador
¿De quién era mujer aquella desdichada tullida? ¿Era cierto que alguien había

deshonrado a Dasha? ¿Quién? ¿Y quién, además, había seducido a la mujer de Shatov? ¡Pues vamos a tener respuesta! Ya que efectivamente, en el preciso momento en que el ambiente de esta pequeña ciudad nuestra estaba ya tan tenso, llegó un último personaje con una tea encendida que hizo saltar todo por los aires y dejó a todo el mundo en cueros. Y, créanme, ver a los conciudadanos de uno en cueros suele ser una prueba penosa. Así que el hijo del humanista, el retoño del liberal Stepan Trofimovich, Piotr Verhovensky hablando con claridad, se presentó en el momento en que menos lo esperábamos.

CUADRO CUARTO

En casa de Varvara Stavrogin.
(Grigoreyev y Stepan Trofimovich.)

Stepan
¡Ah, querido amigo! Todo va a decidirse ahora. Si Dasha acepta, este domingo seré un hombre casado. Y no va a hacerme ninguna gracia. En fin, puesto que mi muy querida Varvara Stavrogin me ha rogado que viniera hoy para que todo quedase en regla, obedeceré. ¿Verdad que he sido indigno con ella?
Grigoreyev
Desde luego que no; sólo estaba usted trastornado.
Stepan
Sí, sí que lo he sido. ¡Cuando pienso en esa mujer generosa y compasiva, tan indulgente con mis despreciables defectos! Soy un chiquillo caprichoso, con todo el egoísmo del chiquillo, pero sin su inocencia. Hace veinte años que me cuida. Y yo, precisamente ahora en que está recibiendo esos espantosos anónimos...
Grigoreyev
Unos anónimos...
Stepan
Sí, figúrese: le cuentan que Nikolai le ha regalado su finca a Lebiadkin. Ese Nicolai es un monstruo. ¡Pobre Liza! En fin, ya sé que usted está enamorado de ella...
Grigoreyev
¿Quién le permite...?
Stepan
Bien, bien, no he dicho nada. Mavriki Nikolayevich también lo está, por cierto. Pobre hombre, no querría estar en su lugar. ¡Y eso que el mío no es mucho más cómodo! En cualquier caso, tengo que decirle que, aunque me siento avergonzado de mi comportamiento, le he escrito a Dasha.
Grigoreyev
¡Dios mío! ¿Y qué le ha dicho?

Stepan
Pues... bueno... en pocas palabras: también he escrito a Nikolai.
Grigoreyev
¿Está usted loco?
Stepan
Pero mi intención era noble. Bien pensado, suponga que haya ocurrido algo realmente en Suiza, o que haya habido un principio de algo, un principio pequeño, o incluso un principio pequeñísimo. No me quedaba más remedio que indagar, antes de nada, qué tenían en el corazón, por temor a estar obligándolos a algo. Quería que supieran que yo lo sabía, para que se sintieran libres. Sólo me ha movido un sentimiento noble.
Grigoreyev
¡Pero era una necedad!
Stepan
Sí, sí, una bobada. Pero ¿qué hacer? Todo está dicho. También le he escrito a mi hijo. Y, en fin de cuentas, ¿qué más da? Me casaré con Dasha aunque sea para cubrir una falta ajena.
Grigoreyev
No diga eso.
Stepan
¡Ay, si el domingo que viene pudiera no llegar nunca! Si fuera posible suprimirlo, sin más! ¿Qué le costaría a Dios hacer un milagro y tachar del calendario nada más que un domingo? ¡Aunque sólo fuera para demostrar su poder a los ateos y zanjar así la cuestión! ¡Cuánto la quiero, cuánto la quiero desde hace veinte años! ¿Puede acaso creer que me caso por miedo o por pobreza? Lo hago sólo por ella.
Grigoreyev
¿De quién está hablando?
Stepan
Pues de Varvara. Es la única mujer a quien llevo adorando veinte años. *(Entra* Aleksei Yegorovich *acompañando a* Shatov.) ¡Ah! Aquí llega nuestro iracundo amigo. Supongo que viene usted a ver a su hermana...
Shatov
No. He recibido una invitación de Varvara Stavrogin para que acuda por un asunto de mi interés. Eso es lo que creo que dicen los comisarios de policía cuando nos citan.
Stepan
¡De ninguna manera, de ninguna manera! Es la expresión adecuada, aunque no sé de qué asunto se trata ni si es de su interés. En fin, nuestra queridísima Varvara está en misa. Y Dasha, en su cuarto. ¿Quiere que la mande llamar?
Shatov
No.
Stepan
Dejémoslo estar. Más vale, dicho sea de paso. Cuanto más tarde mejor. Ya

está usted al tanto, sin duda, de los proyectos que tiene Varvara para ella.
Shatov
Sí.
Stepan
¡Perfecto, perfecto! En tal caso, no hablemos más de ello, no hablemos más. Naturalmente, comprendo que esté usted sorprendido. Yo también me sorprendí. Una cosa tan repentina...
Shatov
Cállese.
Stepan
Bien. Sea cortés, mi querido Shatov, al menos hoy. Sí, tenga paciencia conmigo. Tengo el corazón triste.
(Entran Varvara Stavrogin *y* Praskovya Drozdov, *a la que viene atendiendo* Mavriki Nikolayevich.)
Praskovya
¡Qué escándalo! ¡Qué escándalo! Y Liza mezclada en todo esto...
Varvara *(Llamando al servicio.)*
¡Cállate! ¿Dónde ves tú un escándalo? Esa pobre muchacha no está en sus cabales. ¡Un poco de caridad, mi querida Praskovya!
Stepan
¿Qué? ¿Qué sucede?
Varvara
No ha sido nada. Una infeliz tullida se me abrazó a las rodillas a la salida de misa y me besó la mano. *(Entra* Aleksei Yegorovich.) Café... Y que no desenganchen los caballos.
Praskovya
¡Delante de todo el mundo! ¡Y todos haciendo corro alrededor!
Varvara
¡Pues claro que delante de todo el mundo! ¡A Dios gracias, la iglesia estaba llena! Le di diez rublos e hice que se levantara. Liza quiso acompañarla a su casa.
(Entra Liza, *que lleva de la mano a* Marya Timofeyevna.)
Liza
No, me lo he pensado mejor. Se me ha ocurrido que a todos os gustaría conocer mejor a Marya Lebiadkin.
Marya Timofeyevna
¡Qué bonito es todo! *(Ve a* Shatov.) ¡Anda, si estás aquí, Shatushka! ¿Qué haces en casa de la buena sociedad?
Varvara *(A* Shatov.)
¿Conoce usted a esta mujer?
Shatov
Sí.
Varvara
¿Quién es?

Shatov
Véalo usted misma.
(Varvara *mira angustiada a* Marya Timofeyevna.)
(Entra Aleksei Yegorovich *llevando una bandeja con café.)*
Varvara *(A* Marya Timofeyevna.)
Hace un rato tenía usted frío, querida. Bébase este café para entrar en calor.
Marya Timofeyevna *(Sonríe.)*
Sí. ¡ Ay! Se me había olvidado devolverle el chal que me prestó.
Varvara
Quédese con él. Suyo es. Siéntese y tómese el café. No tenga miedo.
Stepan
Querida amiga.
Varvara
Mire, usted cállese. ¡Bastante complicada está ya la situación para que, además, meta usted baza! Aleksei ruégale a Dasha que baje.
Praskovya
Liza, ahora tenemos que retirarnos. Éste no es sitio para ti. No tenemos ya nada que hacer en esta casa.
Varvara
Esa frase sobraba, Praskovya. Agradécele a Dios que aquí sólo haya amigos.
Praskovya
Tanto mejor si son amigos. Pero a mí no me asusta la opinión pública. Tú, con todo tu orgullo, eres quien tiembla ante la gente. Eres tú quien teme la verdad.
Varvara
¿Qué verdad, Praskovya?
Praskovya
¡Ésta!
(Señala con el dedo a Marya Timofeyevna, *quien, al fijarse en ese dedo apun tado hacia ella, ríe y se contonea.)*
(Varvara *se yergue, pálida, y murmura unas palabras inaudibles.)*
(Entra Dasha *por el fondo y sólo la ve a* Stepan Trofimovich.)
Stepan *(Tras hacer unos leves ademanes con los que intenta llamarle la atención a* Varvara Stavrogin.)
Aquí está Dasha.
Marya Timofeyevna
¡Ah, qué guapa! La verdad, Shatushka, tu hermana no se parece a ti.
Varvara *(A* Dasha.)
¿Conoces a esta mujer?
Dasha
No la he visto nunca. Pero supongo que es la hermana de Lebiadkin.
MaryaTimofeyevna
Sí, es mi hermano. Pero, sobre todo, es mi lacayo. Yo tampoco la conocía, querida. Y, sin embargo, tenía ganas de conocerla, sobre todo desde que mi lacayo me dijo que le había dado usted dinero. Ahora estoy contenta; es usted

encantadora. Sí, encantadora, se lo digo yo.
Varvara
¿A qué dinero se refiere?
Dasha
Nikolai Stavrogin me encargó, en Suiza, que le diera cierta cantidad a Marya Lebiadkin.
Varvara
¿Nikolai?
Dasha
En persona.
Varvara *(Tras un silencio.)*
Bien está. Si lo hizo sin decirme nada, sus razones tendría y no tengo por qué saberlas. Pero, a partir de ahora, sé más prudente. Ese Lebiadkin no tiene buena reputación.
Marya Timofeyevna Ya lo creo que no. Y, si viene, hay que mandarlo a la cocina. Ahí es donde debe estar. Pueden darle café. Pero lo desprecio profundamente.
aleksei Yegorovich *(Entra.)*
Un tal señor Lebiadkin insiste mucho para que lo anuncie.
Mavriki Nikolayevich
Permítame que le diga, señora, que no es un hombre que pueda recibir la buena sociedad.
Varvara
Y, sin embargo, voy a recibirlo. *(A* Aleksei Yegorovich.) Hazlo subir. (Aleksei Yegorovich *sale.)* Si he de ser sincera, he recibido unos anónimos que me comunican que mi hijo es un monstruo y me ponen en guardia en contra de una tullida que va a desempeñar un papel principal en mi vida. Quiero aclarar las cosas.
Praskovya
Yo también he recibido anónimos de ésos. ¿Y saben lo que dicen de esta mujer y de Nikolai...?
Varvara
Lo sé...
(Entra Lebiadkin, *animado, pero no borracho. Se acerca a* Varvara Stavrogin.)
Lebiadkin
He venido, señora...
Varvara
Siéntese en esa silla, caballero; igual lo oiremos desde allí. (Lebiadkin *da media vuelta y va a sentarse.)* ¿Quiere presentarse ahora?
Lebiadkin *(Se levanta.)*
Capitán Lebiadkin. He venido, señora...
Varvara
¿Esta mujer es hermana suya?

Lebiadkin
Sí, señora. Ha escapado a mi vigilancia, pues... no crea que intento calumniar a mi hermana, pero...
(Se roza la sien con el dedo.)
Varvara
¿Hace mucho que le sucedió esa desdicha?
Lebiadkin
Desde una determinada fecha, señora, desde una determinada fecha... He venido a darle las gracias por haberla recogido. Aquí tiene veinte rublos.
(Se le acerca. Los demás cambian de sitio como para proteger a Varvara Stavrogin.)
Varvara
Me parece que ha perdido usted la razón.
Lebiadkin
No, señora. Rica es su morada y pobre la de los Lebiadkin, pero mi hermana Marya, Marya Lebiadkin de soltera, Marya sin apellido, sólo de usted habría aceptado los diez rublos que le dio. De usted, señora, y sólo de usted, lo aceptará todo. Pero mientras lo acepta con una mano, con la otra quiere contribuir a una de sus obras de beneficencia.
Varvara
La garita de mi portero es el lugar en donde apuntarse, caballero, y podrá hacerlo según se marcha. Le ruego, pues, que se guarde sus billetes y no los enarbole en mi presencia. Le agradeceré también que vuelva a su sitio. Explíquese ahora y dígame por qué su hermana puede aceptarlo todo de mí.
Lebiadkin
Señora, ése es un secreto que se irá conmigo a la tumba.
Varvara
¿Y eso por qué?
Lebiadkin
¿Puedo hacerle abiertamente una pregunta, al estilo ruso, desde el fondo del alma?
Varvara
Lo escucho.
Lebiadkin
¿Puede alguien morirse sólo porque tenga un alma demasiado noble?
Varvara
Nunca me he hecho semejante pregunta.
Lebiadkin
¿Nunca? ¿En serio? Pues bien, si eso es cierto... *(Segolpea vigorosamente el pecho.),* ¡calla, corazón sin esperanza!
(Marya Timofeyevna *se echa a reír.)*
Varvara
Caballero, deje de hablar con enigmas y responda a mi pregunta. ¿Por qué puede su hermana aceptarlo todo de mí?

Lebiadkin
¿Por qué? Ay, señora, todos los días, desde hace miles de años, la naturaleza entera le grita a su creador: «¿Por qué?», y la respuesta sigue sin llegar. ¿Debe ser el capitán Lebiadkin el único en responder? ¿Sería justo eso? Querría llamarme Pavel y me llamo Ignat... ¿Por qué? Soy poeta, tengo alma de poeta, y vivo en una pocilga. ¿Porqué? ¿Porqué?
Varvara
Habla usted de forma pomposa y lo considero una insolencia.
Lebiadkin
No, señora, no hay insolencia alguna. No soy sino un falso, pero los falsos no se quejan. Nos hallamos a veces en circunstancias que nos obligan a soportar la deshonra de nuestra familia antes que decir a voces la verdad. ¡Admita, señora, que tengo un alma grande!
(Entra Aleksei Yegorovich, *muy alterado.)*
Aleksei Yegorovich
Ha llegado Nikolai Stavrogin.
(Todos se vuelven hacia la puerta. Se oyen pasos precipitados y entra Piotr Verhovensky.)
Stepan
Pero...
Praskovya
Pero si es...
Piotr
Mis saludos, Varvara Stavrogin.
Stepan
Piotr, pero si es Piotr. Hijo mío.
(Se abalanza hacia él y lo abraza.)
Piotr
Bien está, bien está. No pierdas los nervios. *(Se desprende del abrazo.)* Fíjense en que, al entrar, esperaba encontrar aquí a Nikolai Stavrogin. Pero no. Nos separamos, hace media hora, en casa de Kirillov, y me citó aquí. Pero llegará, y me congratulo en anunciarles tan buena noticia.
Stepan
Pero si es que hace diez años que no te había visto.
Piotr
Razón de más para no caer en sentimentalismos. Un poco de compostura. ¡Ah, Liza, cuánto me alegro! ¿Su señora madre no me ha olvidado? ¿Qué tal está usted de las piernas? Querida Varvara Stavrogin, había avisado a mi padre, pero naturalmente se le olvidó...
Stepan
¡Hijo mío, qué alegría!
Piotr
Sí, ya sé que me quieres. Pero cálmate. ¡Ah, aquí llega Nikolai!
(Entra Stavrogin.)

Varvara
¡Nikolai! *(Al oír el tono en que lo llama,* Stavrogin *se detiene.)* ¡Le ruego que me diga ahora mismo, sin moverse del sitio en que está, si es cierto que esta mujer aquí presente es su legítima esposa!
(Nikolai *la mira fijamente, sonríe y, luego, se le acercapara besarle la mano.)*
(Con el mismo paso tranquilo, va hacia Marya Timofeyevna.) (Marya *se pone de pie con un doloroso arrobo en la cara.)*
Stavrogin *(Con extraordinarias suavidad y ternura.)*
No debe quedarse aquí.
Marya Timofeyevna
¿Puedo aquí y ahora arrodillarme ante usted?
Stavrogin *(Sonríe.)*
No, no puede. No soy ni su hermano, ni su prometido, ni su marido, ¿verdad que no? Cójase de mi brazo. Con su permiso, voy a llevarla a casa de su hermano. (Marya *le lanza una mirada medrosa a* Lebiadkin.) No tema. Ahora que he vuelto, ya no le volverá a poner la mano encima.
Marya Timofeyevna
Si no temo nada. Al fin ha venido. Lebiadkin, que traigan la calesa.
(Lebiadkin *sale.)*
(Stavrogin *da el brazo a* Marya Timofeyevna, *que se coge de él, radiante. Pero, al echar a andar, da un paso en falso y no cae porque la sujeta* Stavrogin.)
(La lleva hacia la salida con mil miramientos, en medio de un silencio absoluto.)
(Liza, *que se había levantado de la silla, vuelve a sentarse, crispada de asco.)*
(Todo el mundo recupera el movimiento en cuanto salen.)
Vrvara *(A* Praskovya Drozdov.)
¿Qué? ¿Has oído lo que acaba de decir?
Praskovya
¡Claro que sí! ¡Claro que sí! Pero ¿por qué no contestó?
Piotr
Porque no podía hacerlo, créanme.
Varvara *(Lo mira de pronto.)*
¿Por qué? ¿Usted qué sabe?
Piotr
Pues todo. Y la historia era demasiado larga para que Nikolai la contase ahora. Pero yo se lo puedo explicar, porque de todo fui testigo.
Varvara
Si me da su palabra de que si nos lo cuenta no herirá los sentimientos de Nikolai...
Piotr
¡Antes bien!... Me agradecerá que haya hablado... Verá, estábamos juntos en San Petersburgo hace cinco años y Nikolai llevaba, ¿cómo decirlo?, una vida... irónica. Sí, ésa es la palabra. Se aburría por entonces, pero no quería

perder las esperanzas y, en consecuencia, no hacía nada y salía con cualquiera, por nobleza de alma, claro, como un gran señor. Por decirlo en pocas palabras, se codeaba con bribones. Así fue como conoció a ese Lebiadkin, un bufón, un parásito. Él y su hermana vivían en la miseria. Un día, en una taberna, alguien le faltó al respeto a la coja. Nikolai se levantó, agarró por el cuello al autor del insulto y lo puso en la calle de una sola bofetada. Y eso es todo.
Varvara
¿Cómo que eso es todo?
Piotr
Sí. Todo vino de ahí. La coja se enamoró de su caballero, aunque éste no le decía nunca dos frases seguidas. Todo el mundo se burlaba de ella. El único que no se reía y la trataba con deferencia era Nikolai.
Stepan
¡Qué caballeroso es todo eso!
Piotr
Sí, ya ve que mi padre coincide con la coja. Kirillov no veía así las cosas.
Varvara
¿Y eso por qué?
Piotr
Le decía a Nikolai: «Si pierde por completo la cabeza es porque la trata como a una marquesa. Y lo hace usted aposta».
Liza
¿Y qué contestó el caballero?
Piotr
Dijo: «Kirillov, usted cree que me estoy burlando de ella; pero se equivoca. La respeto porque vale más que todos nosotros».
Stepan
¡Sublime! Y... ¿cómo decirlo?... Sí, lo repito: caballeroso...
Piotr
¡Sí, caballeroso! Por desgracia, la coja acabó por creerse que Nikolai era su prometido. En resumen, cuando Nikolai tuvo que irse de Petersburgo, tomó las disposiciones pertinentes para que la coja tuviera una pensión anual.
Liza
¿Y por qué?
Piotr
No lo sé. Un capricho quizá, de ésos que puede tener, ¿verdad?, un hombre prematuramente hastiado de la existencia. Kirillov lo que decía era que se trataba del antojo fantasioso de un joven de vuelta de todo que quiere ver hasta dónde se puede hacer llegar a una tullida medio loca. Pero estoy seguro de que no es cierto.
Varvara *(Con extraordinaria exaltación.)*
¡Pues claro! ¡Así es Nikolai, así soy yo! Ese arrebato, esa ceguera generosa que defiende cuanto es débil, tullido, quizá incluso indigno... *(Mira a* Stepan

Trofimovich.), que ampara a esa criatura durante años... ¡Exactamente así soy yo! ¡Ay, qué culpable soy para con Nikolai! Y en lo tocante a esa pobre mujer, es sencillísimo, la voy a adoptar.
Piotr
Hará usted estupendamente. Porque su hermano la trata muy mal. Se ha creído que tenía derecho a disponer de la pensión. No sólo le quita cuanto tiene, no sólo la pega y le quita su dinero, sino que, además, bebe, se encara con su protector, amenaza con llevarlo ante los tribunales si no se le paga la pensión directamente a él. En resumidas cuentas, considera que el don libremente otorgado de Nikolai, libremente otorgado, verdad?, es algo así como un tributo.
Liza
¿Un tributo por qué?
Piotr
Pues no lo sé! Habla de la honra de su hermana y de su familia. Y la honra, ¿verdad?, es una palabra inconcreta, muy inconcreta.
Shatov
¿De verdad que es una palabra inconcreta? *(Todos lo miran.)* Dasha, ¿a ti te parece que es una palabra inconcreta? (Dasha *lo mira.)* Contéstame.
Dasha
No, hermano, la honra existe.
(Entra Stavrogin.)
(Varvara se levanta y acude prestamente a su encuentro.)
Varvara
Ah, Nikolai, ¿podrásperdonarme?
Stavrogin
A mí es a quien hay que perdonar, madre. Habría debido explicárselo. Pero estaba seguro de que Piotr Verhovensky se encargaría de ponerla al tanto.
Varvara
Sí, lo ha hecho. Y me siento dichosa... Te has portado de forma caballerosa.
Stepan
Sublime, es la palabra.
Stavrogin
¿Caballerosa? ¿En serio? Así es como lo ven ustedes. Supongo que ese aplauso se lo debo a Piotr Verhovensky. Y hay que creerle, madre. No miente sino en algunas circunstancias excepcionales. (Piotr Verhovensky *y él se miran y se sonríen.)* Bien, vuelvo a pedir perdón por mi comportamiento. *(Con voz dura y seca.)* En cualquier caso, el asunto está zanjado. Ya no se puede volver a mencionar.
(Liza *suelta una carcajada que acaba siendo histérica.)*
¿Qué tal, Liza? Espero que esté bien.
Liza
Discúlpeme, se lo ruego. Conoce seguramente a Mavriki Nikolayevich. Dios mío, Mavriki, ¿cómo se puede ser tan noble?

Mavriki
No la entiendo.
Liza
Oh, nada... estaba pensando. Suponga que soy una tullida. Me acompañaría usted por las calles y sería caballeroso, ¿verdad? Me serviría devotamente.
Mavriki
Por supuesto, Liza. Pero ¿por qué hablar de una desgracia así?
Liza
Por supuesto que sería caballeroso. Bueno, pues usted, tan noble, y yo, un poco deforme, haríamos una pareja ridicula.
(Varvara Stavrogin *se acerca a* Liza, *y también* Praskovya Drozdov.)
(Pero Stavrogin *se aparta y va hacia* Dasha.)
Stavrogin
Me he enterado de su boda, Dasha, y quiero darle la enhorabuena. (Dasha *mira para otro lado.)* Es una enhorabuena sincera.
Dasha
Ya lo sé.
Piotr
¿Por qué esa enhorabuena? ¿Debo pensar que hay alguna novedad dichosa?
Praskovya
Sí, Dasha se casa.
Piotr
¡Ah, espléndido! Acepte mi enhorabuena también. Pero ha perdido usted la apuesta que hicimos. Me dijo en Suiza que no se casaría nunca. Está visto que hay una epidemia. ¿Sabía que mi padre también se casa?
Stepan
¡Piotr!
Piotr
¿Qué sucede? ¿Acaso no me lo escribiste? Cierto es que no tienes un estilo demasiado claro. Primero dices que estás encantado y, a continuación, me pides que te salve; me dices que la muchacha es una joya, pero que tienes que casarte para tapar pecados cometidos en Suiza; me pides mi consentimiento. ¡El mundo al revés! Y me suplicas que te salve de esa boda. *(A los demás, con regocijo.)* ¡Cualquiera lo entiende! Pero así es esta generación: grandes palabras e ideas confusas. *(Parece darse cuenta del efecto que están causando sus palabras.)* ¿Qué hay?... Creo que estoy metiendo la pata...
Varvara *(Se le acerca con la cara arrebolada.)*
¿Stepan Trofimovich le escribió eso textualmente?
Piotr
Sí, aquí está la carta. Larga, como todas sus cartas... Debo admitir que no me las leo enteras. Y, además, a él no le importa; las escribe sobre todo para la posteridad. Pero no dice nada malo.
Varvara
Nikolai, ¿fue Stepan Trofimovich quién te informó de esa boda? ¿Supongo

que de forma similar?
Stavrogin
Me escribió, efectivamente, pero era una carta muy noble.
Varvara
¡Con eso me basta! *(Se vuelve hacia* Stepan Trofimovich.) Stepan Trofimovich, espero de usted un gran favor. Espero de usted que se vaya y que nunca más vuelva a presentarse ante mí.
(Stepan Trofimovich *se dirige hacia ella, hace una digna reverenciay, luego, se acerca a* Dasha.)
Stepan
Perdóneme por todo esto, Dasha. Le agradezco que aceptase.
Dasha
Le perdono, Stepan Trofimovich. Sólo siento por usted afecto y aprecio. Y usted, al menos, consérveme su respeto.
Piotr *(Dándose una palmada en la frente.)*
¡Ahora lo entiendo! ¿Cómo? ¿Era con Dasha? ¡Perdóneme, Dasha! No lo sabía. Si por lo menos mi padre hubiera tenido el buen criterio de informarme en vez de hacer frases.
Stepan *(Lo mira.)*
¿Será posible que no supieras nada? ¿Será posible que no estés haciendo teatro?
Piotr
¡Vaya, Varvara Stavrogin, fíjese! No sólo es un niño viejo, sino que es también un niño viejo con mala intención. ¿Cómo iba yo a estar enterado? ¡Un pecado en Suiza! ¡Cualquiera se aclaraba!
Stavrogin
Cállese, Piotr, su padre se ha comportado noblemente. Y usted ha ofendido a Dasha, a quien todos respetamos aquí.
(Shatov *se levanta y se acerca a* Stavrogin.)
(Éste le sonríe. Pero deja de sonreír cuando Shatov *llega junto a él. Todos los miran.)*
(Silencio; luego, Shatov *lo abofetea con todas sus fuerzas.* Varvara *da un grito.)*
(Stavrogin *agarra a* Shatov *por los hombros; luego, lo suelta y se pone las manos a la espalda.* Shatov *retrocede ante la mirada de* Stavrogin.)
(Stavrogin *sonríe, hace una inclinación y sale.)*
Liza
¡Mavriki, acérquese y déme la mano! Miren a este hombre. Es el mejor. ¡Mavriki, se lo digo delante de todo el mundo: accedo a ser su esposa!
Mavriki Nikolayevich
¿Está segura, Liza, está segura?
Liza *(Mirando hacia la puerta por la que ha salido* Stavrogin *con la cara llena de lágrimas.)* ¡Sí, sí, estoy segura!
TELÓN

SEGUNDA PARTE

CUADRO QUINTO

En casa de Varvara Stavrogin.
(Aleksei Yegorovich *lleva en el brazo derecho un abrigo, una bufanda y un sombrero.)*
(Frente a él, Stavrogin *se está vistiendo para salir.* Piotr Verhovensky, *con expresión enfurruñada, está junto a la mesa.)*

Stavrogin *(A* Piotr.)
Y si vuelve a hablarme como acaba de hacerlo, probará usted mi bastón.
Piotr
No había nada ofensivo en mi propuesta. Si de verdad está pensando en casarse con Liza...
Stavrogin
... usted puede librarme del único obstáculo que me lo impide. Lo sé; y lo digo antes de que lo diga usted para no tener que darle con el bastón. Los guantes, Aleksei.
Aleksei
Está lloviendo, señor. ¿A qué hora debo esperarlo?
Stavrogin
A las dos como muy tarde.
Aleksei
A sus órdenes. (Stavrogin *coge el bastón y se dispone a salir por la puerta pequeña.)* Que Dios lo bendiga, señor. Pero sólo si va usted a hacer una buena acción.
Stavrogin
¿Cómo?
Aleksei
Que Dios lo bendiga. Pero sólo si va usted a hacer una buena acción.
Stavrogin *(Tras una pausa y poniéndole a* Aleksei *una mano en el brazo.)*
Mi buen Aleksei, me acuerdo de los tiempos en que me llevabas en brazos. *(Sale.)*
(Aleksei *sale por el fondo.)*
(Piotr Verhovensky *mira a su alrededor y registra, luego, el cajón de un secreter. Coge unas cartas y las lee.)*
(Entra Stepan Trofimovich.)
(Piotr Verhovensky *esconde las cartas.)*
Stepan
Aleksei Yegorovich me ha dicho que estabas aquí, hijo.

Piotr
¡Anda! ¿Qué haces tú en esta casa? Creía que te habían echado.
Stepan
He venido a buscar mis últimas cosas y ya me voy, sin esperanza de regreso y sin reproches.
Piotr
¡Entonces volverás! Un parásito nunca deja de serlo.
Stepan
Dime, muchacho, ¿no puedes hablarme en otro tono?
Piotr
Te has pasado la vida diciendo que había que preferir la verdad por encima de todo. La verdad es que fingías estar enamorado de Varvara Petrovna y ella fingía no darse cuenta de que lo estabas. Y el precio de esas ñoñeces era que te mantenía. Así que eres un parásito. Ayer le aconsejé que te metiera en un asilo decente.
Stepan
¿Le hablaste de mí?
Piotr
Sí, me dijo que tendría mañana una conversación contigo para dejarlo todo zanjado. La verdad es que le apetece seguir viendo tus muecas. Me enseñó tus cartas. ¡Lo que me reí, Dios mío, lo que me reí!
Stepan
¿Te reiste? ¿Qué corazón tienes, pues? ¿Sabes qué es un padre?
Piotr
Tú me enseñaste lo que era. No me diste nunca ni de comer ni de beber. Era aún un niño de pecho cuando me mandaste a Berlín por la silla de posta. Igual que un paquete.
Stepan
¡Desdichado! ¡Aunque te mandé por la silla de posta, mi corazón nunca ha dejado de sangrar!
Piotr
¡Frases!
Stepan
¿Eres o no eres mi hijo, monstruo?
Piotr
Tú deberías saberlo mejor que yo. Aunque es cierto que los padres tienden a hacerse ilusiones al respecto.
Stepan
¿Callarás?
Piotr
No. Y deja de lloriquear. Eres una vieja cívica, llorosa y llorona. Por lo demás, toda Rusia lloriquea. Menos mal que vamos a cambiar las cosas.
Stepan
¿Quiénes?

Piotr Nosotros. Los hombres normales. Vamos a volver a construir el mundo. Somos los salvadores.
Stepan
¿Será posible que, siendo como eres, pretendas inmolarte a los hombres en el lugar de Cristo? ¡Pero mírate!
Piotr
No grites. Lo destruiremos todo. No dejaremos piedra sobre piedra y volveremos a empezar. Y entonces llegará la igualdad. Eso es lo que has predicado, ¿no? ¡Pues tendrás igualdad! Y apuesto a que no la reconoces.
Stepan
No la reconoceré si se parece a ti. ¡No, nosotros no aspirábamos a cosas así! Ya no entiendo nada. He dejado de entender lo que pasa.
Piotr
Todo eso es por tus nervios viejos y enfermos. Echabais sermones. Nosotros actuamos. ¿De qué te quejas, viejo chocho?
Stepan
¿Cómo puedes ser tan insensible?
Piotr
He aprendido tus lecciones. Según tú, había que ser duro con la injusticia, estar convencido de los propios derechos, avanzar, ir hacia el porvenir. Bien, pues allá vamos; y zurraremos. ¡Diente por diente, como en el Evangelio!
Stepan
¡Desdichado, eso no es del Evangelio!
Piotr
¡Al diablo! Nunca he leído ese maldito libro. Ni ningúrn otro, por cierto. ¿De qué sirve? Lo que cuenta es el progreso.
Stepan
¡No, loco! Shakespeare y Hugo no obstaculizan el progreso. ¡Al contrario, al contrario, te lo aseguro!
Piotr
¡No pierdas los nervios! Hugo es un carcamal y un mamarracho y nada más. Y en cuanto a Shakespeare, nuestros campesinos que van a segar el prado no lo necesitan para nada. Necesitan botas, eso es lo que necesitan. Se las daremos en cuanto lo destruyamos todo.
Stepan *(Que intenta mostrarse irónico.)*
¿Y para cuándo será eso?
Piotr
Para mayo. En junio, todos estarán haciendo zapatos. (Stepan Trofimovich *se sienta, agobiado.)* Alégrate, viejo, tus ideas van a ser realidad.
Stepan
Ésas no son mis ideas. Tú quieres destruirlo todo, no quieres dejar piedra sobre piedra. Yo quería que todo el mundo se amase.
Piotr
¿Qué falta hace amarse? Tendremos la ciencia.

Stepan
Pero será muy tedioso.
Piotr
¿Por qué tedioso? Eso es una idea aristocrática. Los iguales no sienten tedio. Tampoco se divierten. Todo va a la par. Cuando tengamos justicia y, luego, ciencia, entonces se acabaron el amor y el tedio. Los olvidaremos.
Stepan
Ningún hombre consentiría nunca en olvidar su amor.
Piotr
Más frases. Acuérdate, viejo, de que tú olvidaste: te has casado tres veces.
Stepan
Dos. Y con un intervalo muy largo.
Piotr
Corto o largo, las personas olvidan. Por lo tanto, cuanto más deprisa se olvide, mejor será. ¡Y, además, me fastidia que nunca sepas lo que quieres! Yo sí lo sé. Hay que cortar la mitad de las cabezas. A los que queden, los emborracharemos.
Stepan
Es más fácil cortar cabezas que tener ideas.
Piotr
¿Qué ideas? Las ideas son bobadas. Y para tener justicia hay que acabar con las bobadas; eso estaba bien para vosotros, para los beocios viejos como tú. Hay que escoger. Si crees en Dios, no te queda más remedio que decir bobadas. Si no crees y te niegas a llegar a la conclusión de que hay que arrasarlo todo, seguirás diciendo bobadas. En eso estáis todos y, por lo tanto, no podéis evitar decir bobadas. Yo digo que hay que actuar. Lo destruiré todo y otros construirán. Nada de reformas. Nada de mejoras. Cuanto más se reforma y se mejora, peor. Cuanto antes empecemos a destruir, mejor. Primero destruir. Lo de después ya no es cosa nuestra. Lo demás son bobadas, bobadas, bobadas.
Stepan *(Sale, fuera de sí.)*
Está loco, está loco...
(Piotr Verhovensky *ríe sin poderse parar.)*
OSCURO

El Narrador
¡Vaya! Se me había olvidado ponerlos a ustedes al tanto de dos sucesos. El primero es que los Lebiadkin se mudaron misteriosamente mientras Stavrogin estaba recluido y se instalaron en una casita del extrarradio. El segundo es que se había evadido un presidiario y andaba suelto por la comarca. Por lo tanto, la gente rica ya no salía de noche.
(Una calle.)
(Stavrogin *camina en la oscuridad. No se da cuenta de que* Fedka *lo va siguiendo.)*

CUADROSEXTO

La sala compartida de la pensión Filippov, en la calle de la Epifanía.
(Kirillov *está en cuclillas, buscando una pelota que ha rodado bajo un mueble. Mientras se halla en esa postura,* Stavrogin *abre la puerta.)*
(Kirillov, *con la pelota en la mano, se incorpora al verlo.)*

Stavrogin
¿Juega usted a la pelota?
Kirillov
La compré en Hamburgo, para lanzarla y cogerla: fortifica la espalda. Y, además, juego también con el niño ielapatrona.
Stavrogin
¿Le gustan los niños?
Kirillov
Sí
Stavrogin
¿Porqué?
Kirillov
Me gusta la vida. ¿Quiere té?
Stavrogin
Sí
Kirillov
Siéntese. ¿Qué quiere de mí?
Stavrogin
Pedirle un favor. Lea esta carta. Es un desafío del hijo de Gaganov, a quien mordí la oreja hace tiempo. (Kirillov *la lee y, luego, la deja encima de la mesa y mira a* Stavrogin.) Sí, ya me ha escrito varias veces para insultarme. Al principio, le contesté para asegurarle que si aún le escocía la ofensa que le hice a su padre estaba dispuesto a presentarle todas las disculpas habidas y por haber, tanto más cuanto que no fue un acto premeditado y yo estaba enfermo a la sazón. En lugar de calmarse, ha ido mostrándose cada vez más irritado, a juzgar por las cosas que ha dicho de mí. Hoy me han entregado esta carta. ¿Ha visto lo que me llama al final?
Kirillov
Sí, «cara de corcho».
Stavrogin
«Cara de corcho», eso es. Así que tenemos que batirnos, aunque yo no quiera. He venido a pedirle que sea mi padrino.
Kirillov
Lo seré. ¿Qué hay que decirle?
Stavrogin
De entrada, reitere mis disculpas por la ofensa que le hice a su padre. Diga

que estoy dispuesto a olvidar sus insultos siempre y cuando deje de escribirme cartas como ésta, sobre todo con expresiones tan vulgares.
Kirillov
No aceptará. Bien ve que quiere batirse y matarlo.
Stavrogin
Ya lo sé.
Kirillov
Bien. Dígame sus condiciones para el duelo.
Stavrogin
Quiero que todo concluya mañana. Vaya a verlo mañana por la mañana a las nueve. Podemos estar en el terreno a eso de las dos. Nos batiremos a pistola. Diez metros entre las barreras. Nos colocaremos los dos a diez pasos de cada barrera. Cuando se dé la señal, andaremos hacia el otro. Se puede disparar mientras se anda. Tres balas cada uno. Eso es todo.
Kirillov
Pocos son diez pasos entre las barreras.
Stavrogin
Doce, si lo prefiere. Pero ni uno más. ¿Tiene usted pistolas?
Kirillov
Sí. ¿Quiere verlas?
Stavrogin
Desde luego.
(Kirillov *se pone en cuclillas ante una maleta y saca un estuche de pistolas que coloca en la mesa, delante de* Stavrogin.)
Kirillov
Tengo también un revolver que compré en Norteamérica.
(Se lo enseña.)
Stavrogin
Tiene usted muchas armas. Y espléndidas.
Kirillov
Es mi única riqueza.
(Stavrogin *lo mira; luego, cierra despacio el estuche sin apartar la vista de él.)*
Stavrogin *(Titubeando.)*
¿Sigue con la misma intención?
Kirillov *(En el acto y con naturalidad.)*
Sí.
Stavrogin
Me refiero al suicidio.
Kirillov
Lo había entendido. Sí, sigo con la misma intención.
Stavrogin
¡Ah! ¿Y para cuándo es?
Kirillov

Para dentro de poco.
Stavrogin
Parece usted muy feliz.
Kirillov
Lo soy.
Stavrogin
Lo comprendo. Pienso en ello de vez en cuando. Suponga que uno haya cometido un crimen o, más bien, una acción particularmente cobarde y vergonzosa. Pues bien, basta con una bala en la cabeza y ya nada existe! ¿Qué importa ya entonces la vergüenza?
Kirillov
No es por eso por lo que soy feliz.
Stavrogin
¿Y por qué entonces?
Kirillov
¿Ha visto una hoja de árbol?
Stavrogin
Sí.
Kirillov
Verde, brillante, con sus nervaduras, al sol. ¿No es algo bueno? Sí, una hoja lo justifica todo. Los seres, la muerte, el nacimiento, todas las acciones, todo está bien.
Stavrogin
¿Incluso si...?
(Se calla.)
Kirillov
¿Si qué?
Stavrogin
Si alguien hace daño a uno de esos niños que a usted le gustan, a una niña, por ejemplo, si alguien la deshonra, ¿eso también está bien?
Kirillov *(Lo mira en silencio.)*
¿Ha hecho usted algo así? (Stavrogin *calla y mueve la cabeza de forma curiosa.)* Si alguien ha hecho ese daño también está bien. Y si alguien le parte la cabeza, al que ha deshonrado a la niña o si, por el contrario, lo perdonamos, todo eso son venturas. Cuando lo sabemos entonces somos felices para siempre.
Stavrogin
¿Cuándo descubrió que era feliz?
Kirillov
El miércoles pasado. Por la noche. A las tres menos veinticinco.
(Stavrogin *se pone de pie con brusquedad.)*
Stavrogin
¿Ha sido usted quien ha encendido la lamparilla delante del icono?
Kirillov

Sí. He sido yo.
Stavrogin
¿Reza usted?
Kirillov
Constantemente. ¿Ve esa araña? La contemplo y le estoy agradecido porque trepa. Es mi forma de rezar.
Stavrogin
¿Cree en la vida futura?
Kirillov
No en la vida futura eterna. Sino en la vida eterna aquí mismo.
Stavrogin
¿Aquí mismo?
Kirillov
Sí. Unos pocos instantes. Alguna alegría que, si durase más de cinco segundos, lo mataría a uno.
(Stavrogin *lo mira con algo parecido a la decepción.)*
Stavrogin
¡Y dice que no cree en Dios!
Kirillov *(Con sencillez.)*
Stavrogin, se lo ruego, no me hable con ironía. Recuerde lo que ha sido usted para mí, el papel que ha desempeñado en mi vida.
Stavrogin
Es tarde. Llegue puntualmente mañana a casa de Gaganov. Que no se le olvide: a las nueve.
Kirillov
Soy puntual. Puedo despertarme a voluntad. Me acuesto, me digo: a las siete, y me despierto a las siete.
Stavrogin
Es un don que no tiene precio.
Kirillov
Sí.
Stavrogin
Vayase a dormir. Pero dígale antes a Shatov que quiero verlo.
Kirillov
Un momento. *(Coge un bastón de un rincóny da unos golpes en el tabique.)* Ahora viene. ¿Pero usted no va a dormir? Va a batirse mañana.
Stavrogin
No me tiembla la mano ni cuando estoy cansado.
Kirillov .
Es un don que no tiene precio. Buenas noches.
(Shatov *ha aparecido en la puerta del fondo.)*
(Kirillov *le sonríe y sale por la puerta lateral.)*
(Shatov *mira a* Stavrogin *y, luego, entra despacio.)*
Shatov

¡Cuánto me ha hecho sufrir! ¿Por qué ha tardado tanto en venir?
Stavrogin
¿Tan seguro estaba de que vendría?
Shatov
No podía imaginar que fuese a abandonarme. No puedo prescindir de usted. Recuerde el papel que ha desempeñado en mi vida.
Stavrogin
¿Entonces por qué me pegó? (Shatov *no dice nada.)* ¿Fue por mis amores con su mujer?
Shatov
No
Stavrogin
¿Por los rumores que han propalado acerca de su hermana y de mí?
Shatov
No lo creo.
Stavrogin
Bien está. Por lo demás, poco importa. Como no sé dónde estaré mañana por la noche, he venido únicamente para darle un aviso y pedirle un favor. Éste es el aviso: corre peligro de que lo asesinen.
Shatov
¿De que me asesinen?
Stavrogin
El grupo de Piotr Verhovensky.
Shatov
Lo sabía. Pero usted ¿cómo se ha enterado?
Stavrogin
Pertenezco a su grupo. Igual que usted.
Shatov
¿Usted, Stavrogin, es miembro de su sociedad? ¿Usted se ha embarcado en compañía de esos lacayos presumidos y necios? ¿Cómo ha podido? ¿Es ésa una hazaña digna de Nikolai Stavrogin?
Stavrogin
Perdóneme, pero debería perder la costumbre de considerarme como el zar de todas las Rusias, junto al que no es usted sino una mota de polvo.
Shatov
¡Ah, deje de hablarme en ese tono! Sabe muy bien que son unos bribones y unos lacayos y que no es lugar para usted.
Stavrogin
Por supuesto que son unos bribones. Pero ¿qué más da? En realidad, no pertenezco del todo a su sociedad. Si a veces los he ayudado ha sido como aficionado y porque no tenía nada mejor que hacer.
Shatov
¿Pueden hacerse cosas de ésas como aficionado?
Stavrogin

¡Puede suceder que uno se case como aficionado, que tenga hijos y cometa crímenes como aficionado! Pero, hablando de crímenes, el que corre peligro de que lo maten es usted, no yo. Al menos en lo que a ellos se refiere.
Shatov
Nada pueden reprocharme. Entré en la organización. Luego me fui a Norteamérica y allí mis ideas cambiaron. Se lo dije al volver. Les expliqué honradamente que no estábamos de acuerdo en ningún aspecto. Estoy en mi derecho, el derecho de mi conciencia, de mi forma de pensar... No admitiré que...
Stavrogin
No grite. *(Entra* Kirillov, *recoge el estuche de las pistolas y sale.)* Verhovensky no vacilará en eliminarlo si piensa que puede comprometer a la organización.
Shatov
Qué gracia me hace. Su organización ni siquiera existe.
Stavrogin
Supongo, en efecto, que todo está solamente en la cabeza de Verhovensky. Los demás creen que es el delegado de una organización internacional y por eso lo siguen. Pero él tiene el talento de hacer que se lo crean. Así es como se forma un grupo. Sencillamente, a partir de ese grupo a lo mejor consigue algún día fundar la organización internacional.
Shatov
¡Esa chinche, ese ignorante, ese imbécil que no entiende nada de Rusia!
Stavrogin
Es cierto que esa gente no entiende nada de Rusia. Pero, en resumidas cuentas, sólo la entienden un poquito menos que nosotros. Por lo demás, incluso un imbécil puede disparar perfectamente un revólver. Por eso he venido a avisarlo.
Shatov
Se lo agradezco. Y le agradezco que me avise después de que yo le pegué.
Stavrogin
Nada, nada, devuelvo bien por mal. *(Ríe.)* Alégrese, soy un cristiano. En fin, lo sería si creyese en Dios. Pero así están las cosas *(Se levanta.):* nos falta la liebre.
Shatov
¿La liebre?
Stavrogin
Sí, para hacer un estofado tiene que haber una liebre. Para creer en Dios tiene que haber un Dios.
(Vuelve a reírse, pero con frialdad.) .
Shatov *(Muy nervioso.)*
¡No blasfeme así! ¡No se ría! Y, además, deje ese tono. Use un tono humano. ¡Hable humanamente aunque no sea más que una vez en su vida! Y acuérdese de lo que me decía antes de que me fuera a Norteamérica.

Stavrogin
Se me ha olvidado.
Shatov
Se lo voy a decir. Ya es hora que alguien le diga sus verdades, lo golpee si es menester, le recuerde al fin quién es usted. ¿Se acuerda de los tiempos en que me decía que el pueblo ruso era el único que salvaría al universo en nombre de un dios nuevo? ¿Se acuerda de estas palabras suyas: «Es imposible que un ateo sea ruso»? Entonces no decía usted que no existía la liebre.
Stavrogin
Creo, en efecto, que recuerdo nuestras charlas.
Shatov
¡Al diablo con las charlas! No había charlas. Había un maestro que proclamaba cosas grandiosas y un discípulo que resucitaba de entre los muertos. El discípulo era yo, y usted era el maestro.
Stavrogin
¿Cosas grandiosas? ¿En serio?
Shatov
¡Sí, en serio! ¿No fue usted quien me dijo que, si le demostrasen matemáticamente que la verdad estaba fuera de Cristo, preferiría estar con Cristo que con la verdad? ¿No era usted quien decía que esa fuerza ciega de vida que lanza a un pueblo en búsqueda de su dios es más grande que la razón y que la ciencia, que ella y sólo ella es la que determina el bien y el mal y que, en consecuencia, el pueblo ruso, para avanzar en cabeza de la humanidad, tiene que avanzar en pos de su Cristo... Yo creí lo que usted me decía, la simiente prendió en mí y...
Stavrogin
Me alegro por usted.
Shatov
Deje ese tono, déjelo ahora mismo o... ¡Sí, todas esas cosas me dijo! Y, entretanto, le decía lo contrario a Kirillov, que me lo contó en Norteamérica. Le derramaba en el corazón falsedad y negación, hacía que su razón rodase hacia la locura. ¿Lo ha visto, ha contemplado su obra?
Stavrogin
Debo hacerle saber que el propio Kirillov me acababa de decir que es felicísimo.
Shatov
No es eso lo que le estoy preguntando. ¿Cómo podía decirle una cosa a él y otra a mí?
Stavrogin
Seguramente en ambos casos estaba intentando convencerme a mí mismo.
Shatov *(Desesperado.)*
¿Y ahora es usted ateo y no cree ya en lo que me enseñó?
Stavrogin
¿Y usted?

Shatov
Yo creo en Rusia, en su ortodoxia, en el cuerpo de Cristo... Creo que el segundo advenimiento ocurrirá en Rusia… Creo
Stavrogin
¿Y en Dios?
Shatov
Cre... creeré en Dios.
Stavrogin
¿Lo ve? No cree en él. Por lo demás, ¿puede alguien ser inteligente y creer? Es imposible.
Shatov
No, no he dicho que no creyera. Estamos todos muertos, o medio muertos, y no somos capaces de creer. Pero los hombres tienen que alzarse. Y usted el primero, usted, a quien admiro. Soy el único que sabe cuan inteligente y genial es, cuan amplias son su cultura y sus opiniones. En el mundo, dentro de cada generación, no hay sino un puñado de hombres superiores, dos o tres. Usted es uno de ellos. Usted es el único, sí, el único que puede enarbolar el estandarte.
Stavrogin
Observo que en estos momentos todo el mundo quiere ponerme un estandarte en las manos. También Verhovensky querría que yo llevase su estandarte. Pero, en su caso, es porque admira eso que él llama mi «extraordinaria capacidad para el crimen». ¿Cómo saber a qué carta quedarme?
Shatov
Sé que también es un monstruo. Que hay quien lo ha oído a usted afirmar que no veía diferencia alguna entre cualquier farsa de bestial sensualidad y un sublime acto de sacrificio. Se dice incluso que, en San Petersburgo, perteneció a una sociedad secreta que organizaba repugnantes orgías. Y se dice, se dice también, pero eso no quiero creerlo, que inducía a niños a que fueran a su casa para mancillarlos... (Stavrogin *se levanta con brusquedad.)* Conteste. Diga la verdad. Nikolai Stavrogin no puede mentir ante Shatov, que lo golpeó en el rostro. ¿Hizo cosas de ésas? Si las hizo, no podría ya enarbolar el estandarte y yo comprendería su desesperación y su impotencia.
Stavrogin
Basta. Esas preguntas son indecorosas. *(Lo mira.)* Y, por otra parte, ¿qué más da? A mí sólo me interesan preguntas más triviales. Por ejemplo: ¿hay que vivir o hay que aniquilarse?
Shatov
¿Como Kirillov?
Stavrogin *(Con algo parecido a la tristeza.)*
Como Kirillov. Pero él llegará hasta el final. Es un Cristo.
Shatov
¿Y usted sería capaz de aniquilarse?
Stavrogin *(Dolorosamente.)*

¡Debería serlo! ¡Debería serlo! Pero me temo que soy demasiado cobarde. Quizá lo haga mañana. Quizá nunca. Ésa es la pregunta, la única pregunta que me hago. ,
Shatov *(Se abalanza hacia él y lo coge por un hombro.)* Eso es lo que anda buscando. Anda buscando el castigo. ¡Bese el suelo, riéguelo con sus lágrimas, implore misericordia!
Stavrogin
Déjeme, Shatov. *(Lo mantiene a distancia con expresión de sufrimiento.)* Recuerde que el otro día podría haberlo matado y crucé las manos a la espalda. Así que no me atormente.
Shatov *(Retrocediendo.)*
¡Ay! ¿Por qué estaré condenado a creer en usted y a quererlo? No puedo arrancármelo del corazón, Nikolai Stavrogin. Cuando se haya ido, besaré las huellas de sus pasos.
Stavrogin *(Lo mismo que antes.)*
Me duele mucho decírselo, Shatov, pero yo no puedo quererlo.
Shatov
Ya lo sé. No puede querer a nadie, porque es un hombre sin raíces y sin fe. Sólo los hombres que han echado raíz en una tierra pueden amar, y crear, y construir. Los demás destruyen. Y usted lo destruye todo sin pretenderlo e incluso lo fascinan los imbéciles como Verhovensky, que quieren destruir por comodidad, sólo porque es más fácil destruir que no destruir. Pero yo lo devolveré a su antiguo camino. Hallará la paz y yo ya no estaré solo con lo que usted me enseñó.
Stavrogin (Que ha recuperado el control.) Le agradezco las buenas intenciones. Pero, a la espera de que pueda ayudarme a dar con la liebre, podría hacerme el favor más modesto que he venido a pedirle.
Shatov
¿De qué se trata?
Stavrogin
Si por ventura desaparezco por un motivo o por otro, querría que velase usted por mi mujer.
Shatov
¿Su mujer? ¿Está casado?
Stavrogin
Sí, con Marya Timofeyevna. Sé que tiene mucha influencia sobre ella. Es usted el único que puede...
Shatov
¿Así que es cierto que se casó con ella?
Stavrogin
Hace cuatro años. En Petersburgo.
Shatov
¿Lo obligó alguien a casarse?
Stavrogin

¿Obligarme? No.
Shatov
¿Tiene algún hijo de ella?
Stavrogin
Nunca tuvo hijos, ni podía tenerlos. Marya Timofeyevna sigue siendo virgen. Pero sólo le ruego que vele por ella.
(Shatov, *pasmado, mira cómo se marcha.) (Luego corre hacia él.)*
Shatov
¡Ah, ya lo entiendo! Lo conozco. Lo conozco. Se casó con ella para castigarse de alguna falta espantosa. (Stavrogin *hace un gesto de impaciencia.)* Escúcheme, escúcheme, vaya a ver a Tihon.
Stavrogin
¿Quién es Tihon?
Shatov
Un obispo anciano que se ha retirado aquí, en el monasterio de San Eutimio. Lo ayudará.
Stavrogin *(Lo mira.)*
¿Quién en este mundo podría ayudarme? Ni siquiera usted, Shatov. Y no le pediré nada más. Buenas noches.
OSCURO

CUADRO SÉPTIMO

Un pontón.
(Stavrogin *camina bajo la lluvia en otra dirección tras haber abierto el paraguas.)* (Fedka *aparece a su espalda.)*
Fedka
¿Puedo aprovechar su paraguas, caballero?
(Stavrogin *se detiene. La escena transcurre bajo el paraguas, cara a cara.)*
Stavrogin
¿Y tú quién eres?
Fedka
Nadie importante. Pero usted es el señor Stavrogin, un gran señor.
Stavrogin
¡Eres Fedka, el presidiario!
Fedka
Ya no soy presidiario. Es cierto que estaba cumpliendo cadena perpetua. Pero se me hacía el tiempo largo y he cambiado de ocupación.
Stavrogin
¿Qué haces aquí?
Fedka
Nada. Necesito un pasaporte. En Rusia no se puede dar ni un paso sin pasaporte. Menos mal que un hombre al que usted conoce, Piotr Verhovensky, me ha prometido uno. Mientras tanto, lo estaba aguardando a usted, con la

esperanza de que Su Gracia me diera tres rublos.
Stavrogin
¿Quién te ha mandado espiarme?
Fedka
¡Nadie, nadie! Aunque Piotr Verhovensky me dijo, como quien no quiere la cosa, que a lo mejor mis talentos le podían ser de utilidad a Su Gracia en alguna circunstancia, librándole de ciertas personas molestas. Y, como también me dijo que pasaría usted por este pontón para ir a ver a varias personas en la otra orilla del río, llevo tres noches esperándolo. Ya ve que me he ganado los tres rublos.
Stavrogin
Está bien. Atiende. Me gusta que se entienda bien lo que digo. De mí no conseguirás ni un copec y ni te necesito ni te voy a necesitar nunca. Si vuelvo a toparme contigo en este pontón o en otro sitio cualquiera te ato y te entrego a la policía.
Fedka
Sí, pero yo lo necesito a usted.
Stavrogin
Lárgate o te doy una zurra.
Fedka
Tenga en cuenta, señor, que soy un pobre huérfano indefenso y está lloviendo.
Stavrogin
Te doy mi palabra de honor de que si vuelvo a verte te ato.
Fedka
Pues yo lo estaré esperando a pesar de todo. Nunca se sabe.
(Desaparece. Stavrogin *mira en su dirección y sigue andando.)*
OSCURO

CUADRO OCTAVO

La casa de los Lebiadkin.
(Stavrogin *está en la habitación.* Lebiadkin *le coge el paraguas.)*
Lebiadkin
¡Qué tiempo tan espantoso! ¡Ay, qué mojado viene usted! *(Le acerca un sillón.)* Tenga la bondad, tenga la bondad. *(Se incorpora.)* Ah, está usted mirando la habitación. Ya ve que vivo como un monje. La abstinencia, la soledad, la pobreza, cumplo los tres votos de los caballeros antiguos.
Stavrogin
¿Usted cree que los caballeros antiguos hacían votos así?
Lebiadkin
No lo sé. A lo mejor estoy confundido.
Stavrogin
Seguro que lo está. Espero que no esté bebido.
Lebiadkin

Apenas.
Stavrogin
Le había avisado de que no se emborrachase.
Lebiadkin
Sí. ¡Qué exigencia más rara!
Stavrogin
¿En dónde está Marya Timofeyevna?
Lebiadkin
En el cuarto de al lado.
Stavrogin
¿Está durmiendo?
Lebiadkin
Ni mucho menos. Está echando las cartas. Lo espera. Desde que supo la noticia se puso a acicalarse.
Stavrogin
La veré dentro de un rato. ¡Antes tengo que aclarar algo con usted!
Lebiadkin
Eso espero. Se me han amontonado tantas cosas en el corazón. Querría poder hablarle libremente, como lo hacía antaño. ¡Ay, qué papel tan importante desempeñó usted en mi vida! Y ahora recibo un trato tan cruel.
Stavrogin
Ya veo, capitán, que en cuatro años no ha cambiado nada. *(Lo mira en silencio.)* Así que tienen razón quienes afirman que los hábitos adquiridos durante la primera mitad de la existencia humana condicionan la segunda mitad de esa existencia.
Lebiadkin
¡Ah, qué palabras más sublimes! ¡Vamos, está visto que el enigma de la vida ya está resuelto! Y, sin embargo, al contrario, al contrario, estoy mudando de piel como una serpiente. Por lo demás, ya he hecho testamento.
Stavrogin
Curioso. ¿Para dejarle qué a quién?
Lebiadkin
Quiero dejarles mi esqueleto a los estudiantes.
Stavrogin
¿Y espera una recompensa en vida por ello?
Lebiadkin
¿Y por qué no? Fíjese, he leído en la prensa la biografía de un norteamericano. Dejó su inmensa fortuna a unas fundaciones científicas, su esqueleto a los estudiantes de la Academia de su ciudad y su pellejo para que hicieran un tambor y tocasen en él de día y de noche el himno nacional. Pero por desgracia no somos sino pigmeos en comparación con los norteamericanos y sus audaces ideas. Si yo intentase hacer otro tanto me acusarían de ser socialista y confiscarían mi pellejo. Así que he tenido que conformarme con los estudiantes. Quiero legarles mi esqueleto, pero con la

condición de que peguen en mi calavera una etiqueta que diga lo siguiente: «Librepensador arrepentido».
Stavrogin
¿Así que ya sabía que estaba en peligro de muerte?
Lebiadkin *(Sobresaltado.)*
¿Yo? De ninguna manera. ¿A qué se refiere? ¡Vaya una broma!
Stavrogin
¿No ha escrito usted acaso al gobernador una carta denunciando al grupo de Verhovensky, al que, no obstante, pertenece?
Lebiadkin
Yo no pertenezco a su grupo. Me avine a difundir algunas proclamas, pero para hacer un favor, como quien dice. Al gobernador le escribí para explicarle eso más o menos. Pero si Verhovensky cree de verdad que... ¡Ay, quiero irme a San Petersburgo! Por eso es, dicho sea de paso, mi querido benefactor, por lo que estaba esperándolo. Necesito dinero para el viaje.
Stavrogin De mí no conseguirá ningún dinero. Ya le he dado demasiado.
Lebiadkin
Es cierto. Pero yo acepté la vergüenza.
Stavrogin
¿Por qué es vergonzoso el hecho de que su hermana sea mi legítima esposa?
Lebiadkin
¡Pero el matrimonio se mantiene en secreto! ¡Se mantiene en secreto y eso supone un misterio fatal! Usted me da dinero. Bien, es lógico. Pero la gente me pregunta: «¿Por qué le dan ese dinero?». Yo me debo a mi palabra y no puedo responder, con lo que salen perjudicadas mi hermana y la honra de la familia.
Stavrogin
He venido a decirle que voy a reparar ese ultraje a su noble familia. Mañana seguramente comunicaré oficialmente nuestro matrimonio. Y así quedará zanjada la cuestión de la deshonra familiar. Y también, por supuesto, la de los subsidios, que no tendré que pagarle ya.
Lebiadkin *(Aterrorizado.)*
Pero eso no puede ser. No puede usted hacer público el matrimonio. Está medio loca.
Stavrogin
Tomaré mis disposiciones.
Lebiadkin
¿Qué dirá su madre? Tendrá usted que llevar a su mujer a su casa.
Stavrogin
Eso a usted no le importa.
Lebiadkin
Pero ¿qué va a ser de mí? Me deja usted tirado como una bota vieja y rota.
Stavrogin
Sí, como una bota vieja. Es la expresión exacta. Y ahora llame a

MaryaTimofeyevna.
(Lebiadkin *sale y vuelve con* Marya Timofeyevna, *que se queda en medio de la sala.)*
Stavrogin (A Lebiadkin.)
Y ahora vayase. No, por ahí no, que se pondrá a fisgar. Salga de la casa.
Lebiadkin
Pero si está lloviendo.
Stavrogin
Llévese mi paraguas.
Lebiadkin *(Descompuesto.)*
¿Su paraguas? ¿Soy realmente digno de ese honor?
Stavrogin
Cualquier hombre es digno de un paraguas.
Lebiadkin
Sí, sí, claro. ¡Forma parte de los derechos humanos!
(Sale.)
Marya Timofeyevna
¿Puedo besarle la mano?
Stavrogin
No, todavía no.
Marya Timofeyevna
Está bien. Siéntese a la luz para que pueda mirarlo.
(Stavrogin *se le acerca para ir a sentarse en el sillon.)*
(Ella retrocede con el brazo en alto, como para protegerse, con expresión de espanto en la cara. Stavrogin *se detiene.)*
Stavrogin
La he asustado. Perdóneme.
Stavrogin
No es nada. No, me he confundido.
(Stavrogin *se sienta a plena luz.)*
(Marya Timofeyevna *lanza un grito.)*
Stavrogin *(Un tanto impaciente.)*
¿Qué sucede?
Marya Timofeyevna
Nada. Es que, de repente, no lo reconocía. Me parecía que era otra persona. ¿Qué lleva en la mano?
Stavrogin
¿En qué mano?
Marya Timofeyevna
En la derecha. ¡Es un cuchillo!
Stavrogin
Mire bien. No tengo nada en la mano.
Marya Timofeyevna
Sí, sí. Esta noche he visto en sueños a un hombre que se parecía a mi príncipe,

pero que no era él. Se me acercaba con un cuchillo. ¡Ah! *(Grita.)* ¿Es usted el asesino del sueño o mi príncipe?

Stavrogin

No está soñando. Cálmese.

Marya Timofeyevna

Si es mi príncipe, ¿por qué no me besa? Es cierto que mi príncipe nunca me ha besado. Pero era tierno. No noto nada tierno en usted. Al contrario. Algo le bulle por dentro y me amenaza. Él me decía que era su paloma. Me dio una sortija. «Mírala por las noches y me reuniré contigo mientras duermes.»

Stavrogin

¿Dónde está la sortija?

Marya Timofeyevna

Se la bebió mi hermano. Y ahora estoy sola de noche. Todas las noches...

(Llora.)

Stavrogin

No llore, Marya Timofeyevna. A partir de ahora vamos a vivir juntos.

(Ella lo mira intensamente.)

Marya Timofeyevna

Sí, ahora tiene la voz dulce. Y ya me acuerdo. Ya sé por qué me dice que vamos a vivir juntos. El otro día me dijo, en la calesa, que nuestro matrimonio iba a ser público. Pero eso también me da miedo.

Stavrogin

¿Por qué?

Marya Timofeyevna

No sabré recibir. No le convengo ni poco ni mucho. Ya sé que hay lacayos. Pero he visto a las mujeres de su familia, allá, en su casa. Sobre todo no les convengo a ellas.

Stavrogin

¿La ofendieron?

Marya Timofeyevna

¿Ofenderme? No, en absoluto. Yo miraba a todos. Ahí estaban, enfadándose, peleándose. Cuando están juntos ni siquiera saben reírse a gusto. ¡Tantas riquezas y tan poca alegría! Es horrible. No, no me sentí ofendida. Pero estaba triste. Me dio la impresión de que usted se avergonzaba de mí. Sí, se avergonzaba. Y esa mañana empezó a alejarse; hasta la cara le ha cambiado. Mi príncipe se ha ido. Sólo queda el que me despreciaba, el que me odiaba quizá. Se acabaron las palabras dulces, ahora hay impaciencia, ira y el cuchillo...

(Se pone de pie, trémula.)

Stavrogin *(Fuera de sí de pronto.)*

¡Basta! ¡Está loca, loca!

Marya Timofeyevna *(Con voz débil e infantil.)*

Por favor, príncipe. Salga y vuelva a entrar.

Stavrogin *(Temblando aún e impaciente.)*

¿Que vuelva a entrar? ¿Para qué?
Marya Timofeyevna
Para que sepa yo quién es. Llevo cinco años esperando a que venga mi príncipe y pensaba continuamente en cómo entraría. Salga y vuelva a entrar como si regresase tras una larga ausencia. Y entonces a lo mejor lo reconozco.
Marya Timofeyevna
Calle. Y ahora atienda. Atiéndame bien. Mañana, si aún vivo, haré público nuestro matrimonio. No viviremos en mi casa. Nos iremos a Suiza, a las montañas. Nos pasaremos toda la vida en ese lugar melancólico y desierto. Así es como veo las cosas.
Marya Timofeyevna
Sí, sí, quieres morirte y ya te estás enterrando. Pero cuando quieras volver a vivir, querrás librarte de mí. ¡Como sea!
Stavrogin
No, no me apartaré ni de ese lugar ni de usted. ¿Por qué me tutea?
Marya Timofeyevna
Porque ahora ya te he reconocido y sé que no eres mi príncipe. Él no se avergonzaría de mí. No me escondería en lo más remoto de las montañas. Sino que me mostraría a todo el mundo, sí, incluso a esa damita que, el otro día, se me comía con los ojos. No, tú te pareces mucho a mi príncipe, pero se acabó, he descubierto tu embuste. Tú lo que quieres es gustarle a esa damita. La deseas.
Stavrogin
¿Va a escucharme? ¡Olvídese de esa locura!
Marya Timofeyevna
Él nunca me llamó loca. Era un príncipe, un águila. Podía arrodillarse ante Dios si quería, y no arrodillarse si no quería. A ti te dio una bofetada Shatov. Tú también eres un lacayo.
Stavrogin *(Cogiéndola por los brazos.)*
Míreme. Reconózcame. Soy su marido.
Marya Timofeyevna
Suéltame, impostor. No me da miedo tu cuchillo. Él me habría defendido contra el mundo entero. Tú quieres mi muerte porque te estorbo.
Stavrogin
¿Qué has dicho, desventurada? ¿Qué has dicho?
(La empuja.)
(Marya Timofeyevna *cae. Y* Stavrogin *se abalanza hacia la puerta.)* (Marya Timofeyevna *corre hacia él. Pero aparece* Lebiadkin *y la sujeta, mientras ella vocifera.)*
Marya Timofeyevna
¡Asesino! ¡Anatema! ¡Asesino!
OSCURO

CUADRO NOVENO

(Stavrogin *camina deprisa y mascullando.)*
(Cuando va por la mitad del pontón, aparece Fedka *detrás de él.)* (Stavrogin *se vuelve de repente, lo agarra de las solapas, lo arroja al suelo bocabajo, como si no le costase esfuerzo alguno. Luego, lo suelta.* Fedka *se pone de pie en el acto. Lleva en la mano una navaja ancha y corta.)*
Stavrogin
¡Fuera esa navaja! (Fedka *la guarda.* Stavrogin *le vuelve la espalda y sigue caminando.* Fedka *lo sigue. Andan mucho rato. Ya no están en el pontón, sino en una calle larga y desierta.)* Estaba tan furioso que casi te parto el cuello.
Fedka
Tiene usted fuerza, *barín.* El alma es débil, pero el cuerpo es vigoroso. Sus pecados deben de ser grandes.
Stavrogin *(Se ríe.)* ¿Ahora predicas? Pues me han dicho que la semana pasada robaste en una iglesia.
Fedka
A decir verdad, entré a rezar. Y, luego, pensé que ya que la gracia divina me había llevado hasta allí, había que aprovechar la ocasión, ya que Dios se prestaba a echarme una mano.
Stavrogin
También degollaste al guardián.
Fedka
Lo cierto es que limpiamos la iglesia juntos. Luego, por la mañana, junto al río, nos peleamos por saber quién iba a llevar el saco más lleno. Y entonces pequé.
Stavrogin
Espléndido. ¡Sigue degollando y robando!
Fedka
Es lo que me dice el muchacho ese, Verhovensky. A mí no me parece mal. Ocasiones no me faltan. Mire, en casa del capitán Lebiadkin, adonde ha ido usted esta noche...
Stavrogin *(Se detiene de pronto.)*
¿Qué pasa en casa del capitán Lebiadkin?
Fedka
¡Si se lo cuento va a volver a pegarme! Lo que quiero decir es que ese borracho se deja la puerta abierta todas las noches, de puro bebido que está. Cualquiera podría entrar y matar a todos los de la casa, al hermano y a la hermana.
Stavrogin
¿Tú has entrado?
Fedka
Sí
Stavrogin
¿Y por qué no has matado a todos los de la casa?
Fedka

Me eché mis cuentas.
Stavrogin
¿Qué cuentas?
Fedka
Podía robar ciento cincuenta rublos después de matarlo, después de *matarlos,* quiero decir. Pero si me fío del muchacho ese, de Verhovensky, usted, por el mismo trabajo, podría darme mil quinientos. Así que... (Stavrogin *lo mira sin decir nada.)* Le hablo como a un hermano o a un padre. Nunca se enterará nadie de nada, ni siquiera el joven Verhovensky. Pero necesito saber si quiere usted que lo haga; puede decírmelo o darme un modesto adelanto. (Stavrogin *empieza a reírse sin dejar de mirarlo.) A* ver, ¿no quiere darme los tres rublos que le pedí antes?
(Stavrogin *sigue riéndose. Saca los billetes y los tira de uno en uno.)* (Fedka *los recoge, soltando unos* «¡ah!», *que se siguen oyendo después de que la luz haya bajado ya del todo.)*
OSCURO

El Narrador
Suele suceder que quien mata, o quiere matar, o deja que maten, quiere morir. Es el compañero de la muerte. Eso era quizá lo que significaba la risa de Stavrogin. Pero no hay seguridad de que Fedka lo entendiera.

CUADRO DÉCIMO (1)

El bosque de Brykovo.
(Ambiente húmedo. Suelo empapado. Viento. Los árboles sin hojas.) (En el escenario, sendas barreras, delante de las cuales se hallan Stavrogin *-con abrigo de entretiempo y sombrero de castor blanco- y* Gaganov *-treinta y tres años, alto, grueso, bien alimentado, rubio.)*
(En el centro, los padrinos, Mavriki Nikolayevich *-por parte de* Gaganov- *y* Kirillov. *Los contrincantes ya han llegado.)*
Kirillov
Les propongo ahora, y por última vez, que se reconcilien. Sólo lo digo por guardar las formas, es mi obligación de padrino.
Mavriki Nikolayevich
Me adhiero por completo a las palabras del señor Kirillov. Esa idea de que es imposible reconciliarse en el campo del honor no es sino un prejuicio que, en el mejor de los casos, puede valerles a los franceses. Por lo demás, este duelo no tiene razón de ser, ya que el señor Stavrogin está dispuesto a presentar sus disculpas una vez más.
Stavrogin
Vuelvo a ratificarme en mi propuesta de presentar todas las disculpas habidas y por haber.
Gaganov
¡Esto es insoportable! No vamos a volver a empezar con la misma farsa. *(A*

Mavriki Nikolayevich.) Si es usted mi padrino y no mi enemigo, explíquele a ese hombre... *(Lo señala con la pistola.)* que sus concesiones no hacen sino agravar el insulto. Siempre da la impresión de estar pensando que mis ofensas no pueden alcanzarlo y que no hay vergüenza en eludir un encuentro conmigo. Le digo que me insulta continuamente y usted todo lo que hace es exasperarme para que falle el tiro.
Kirillov
Ya basta. Les ruego que obedezcan mis indicaciones. Ocupen sus puestos. *(Los contrincantes se colocan en sus puestos, tras las barreras, casi entre bastidores.)* Uno, dos, tres. Ya.
(Los contrincantes caminan el uno hacia el otro.)
(Gaganov *dispara, se detiene y, al ver que no ha dado a* Stavrogin, *vuelve a la barrera, para esperar el disparo de éste.)* (Stavrogin *se dirige hacia* Gaganov *y le dispara por encima de la cabeza. Se saca luego un pañuelo del bolsillo y se venda el meñique.)*
¿Está herido?
Stavrogin
La bala me ha rozado.
Kirillov
Si su adversario no se considera satisfecho, el duelo debe proseguir.
Gaganov
Declaro que este hombre ha disparado al aire deliberadamente. Es una injuria más.
Stavrogin
Le doy mi palabra de honor de que no he querido ofenderlo. He disparado al aire por razones que sólo tienen que ver conmigo mismo.
Mavriki Nikolayevich
Opino, no obstante, que, si uno de los contrincantes declara de antemano que va a disparar al aire, el duelo no puede proseguir.
Stavrogin
No he dicho ni poco ni mucho que voy a dispar siempre al aire. No saben ustedes cómo voy a disparar la segunda vez.
Gaganov
Repito que lo ha hecho deliberadamente. Pero tengo derecho a un segundo disparo y quiero hacerlo.
Kirillov *(Muy seco.)*
Tiene derecho, efectivamente.
Mavriki Nikolayevich
En tal caso, el duelo continúa.
(Se repite el proceso. Gaganov, *desde la barrera, apunta cuidadosamente a* Stavrogin, *que espera, quieto y con los brazos caídos.) (A* Gaganov *le tiembla la mano.)*
Kirillov
Tarda demasiado en apuntar. Dispare. Dispare pronto.

(El disparo le quita el sombrero a Stavrogin.)
(Kirillov *lo recoge y se lo da.)*
(Ambos examinan el sombrero.)
Mavriki Nikolayevich
Dispare usted. No haga esperar al adversario.
(Stavrogin *mira a* Gaganov *y dispara al aire.)*
(Gaganov, *loco de rabia, sale corriendo.* Nikolayevich *va tras él.)*
Kirillov
¿Por qué no lo ha matado? Le ha hecho una ofensa aún más grave.
Stavrogin
¿Qué debía hacer?
Kirillov
No retarlo a duelo o matarlo.
Stavrogin
No quería matarlo. Pero, si no lo hubiera retado, me habría abofeteado en público.
Kirillov
Bueno. Pues lo habría abofeteado y punto.
Stavrogin
Estoy empezando a no entender nada de nada. ¿Por qué todo el mundo espera de mí lo que no espera de nadie? ¿Por qué tengo que soportar lo que no soporta nadie y aceptar cargas que nadie podría acarrear?
Kirillov
Esas cargas se las busca usted, Stavrogin.
Stavrogin
¡Ah! *(Pausa.)* ¿Lo ha notado?
Kirillov
Sí.
Stavrogin
¿Tan claro está?
Kirillov
Sí.
(Silencio. Stavrogin *se cala el sombrero (Recupera la expresión distante y, luego, mira a* Kirillov.)
Stavrogin *(Despacio.)*
Acaba uno por cansarse de las cargas, Kirillov. Y yo no tengo la culpa de que ese imbécil no me haya dado.
OSCURO

CUADRO UNDÉCIMO

En casa de Varvara Stavrogin.
(Stavrogin, *en el centro, duerme, sentado, muy tieso, en el sofá, completamente inmóvil y con el dedo vendado. Apenas si se nota que respira. Tiene el rostro pálido y serio, como petrificado, y las cejas levemente*

fruncidas.)

(Entra Dasha, *que corre hacia él, se detiene y lo mira. Le hace la señal de la cruz. Él abre los ojos y se queda quieto, con la mirada clavada obstinadamente en el vacío.)*

Dasha

¿Está herido?

Stavrogin *(Mirándola.)*

No.

Dasha

¿Ha derramado sangre?

Stavrogin

No, no he matado a nadie y, sobre todo, nadie me ha matado, como puede ver. Ha sido un duelo estúpido. Yo disparé al aire y Gaganov no me dio. No tengo suerte. Pero estoy cansado y querría quedarme a solas.

Dasha

Está bien. Dejaré de verlo, puesto que siempre me rehuye. Sé que al final volveremos a estar juntos.

Stavrogin

¿Al final?

Dasha

Sí. Cuando todo haya concluido, llámeme y acudiré.

(Stavrogin *la mira y parece espabilarse por completo.)*

Stavrogin *(Con naturalidad.)*

Soy tan cobarde y tan ruin, Dasha, que creo que, efectivamente, la llamaré al final del todo. Y, efectivamente, pese a ser tan sensata, acudirá. Pero dígame: ¿vendrá sea cual sea el final? (Dasha *calla.)* ¿Incluso aunque yo, entretanto, haya cometido la peor de las acciones?...

Dasha *(Lo mira.)*

¿Va a mandar matar a su mujer?

Stavrogin

No, no. Ni a ella ni a nadie. No lo deseo. Quizá muera la otra, la muchacha... Quizá no consiga evitar matarla. ¡Ah, déjeme, Dasha! ¿Por qué quiere perderse conmigo?

(Se levanta.)

Dasha

Sé que al final me quedaré a solas con usted y espero ese momento. Rezo para que llegue.

STAVROGIN

¿Reza?

Dasha

Sí. Desde cierto día no he dejado de rezar.

Stavrogin

¿Y si no la llamo? ¿Y si salgo huyendo...?

Dasha

Imposible. Me llamará.
Stavrogin
Hay mucho desprecio en eso que dice.
Dasha
No sólo desprecio.
Stavrogin *(Se ríe.)* Así que hay desprecio. No importa. No quiero hacer que se pierda conmigo.
Dasha
No hará que me pierda. Si no voy con usted, me haré
monja y cuidaré enfermos.
Stavrogin
¡Enfermera! Eso es. En el fondo, se interesa por mí como una enfermera. Bien pensado, quizá es eso lo que más necesito.
Dasha
Sí. Está enfermo.
(Stavrogin, *de repente, coge una silla y la lanza, sin aparente esfuerzo, hasta el extremo opuesto de la habitación.)*
(Dasha *lanza un grito.)*
(Stavrogin *le vuelve la espalda y va a sentarse.)*
(Luego habla con naturalidad, como si nada hubiera sucedido.)
Stavrogin
¿Sabe, Dasha? Ahora veo visiones continuamente. Algo así como unos demonios pequeños. Hay uno sobre todo...
Dasha
Ya me lo había mencionado. Está enfermo.
Stavrogin
Esta noche se sentó muy arrimado a mí y no se separó ni un momento. Es estúpido e insolente. Y mediocre. Sí. Mediocre. Me pone rabioso que mi demonio personal pueda ser mediocre.
Dasha
Habla de él como si existiera en realidad. ¡Ay, que Dios le guarde de algo así!
Stavrogin
No, no, no creo en el diablo. Sin embargo, esta noche los demonios salían de todas las ciénagas y se me echaban encima. Mire, un diablillo me propuso, en el pontón, degollar a Lebiadkin y a su hermana Marya Timofeyevna para librarme de mi matrimonio. Me pidió un adelanto de tres rublos. Pero valoró el coste de la operación en mil quinientos. Era un diablo contable.
Dasha
¿Está seguro de que se trataba de una aparición?
Stavrogin
No, no era una aparición. Era Fedka, el presidiario fugado.
Dasha
¿Qué le contestó?
Stavrogin

¿Yo? Nada. Para librarme de él, le di los tres rublos. E incluso más. (Dasha *lanza una exclamación.)* Sí. Debe de creer que estoy de acuerdo. Pero tranquilice su compasivo corazón. Para que ponga manos a la obra, tendría que ordenárselo. ¡Quizá lo haga, bien pensado!
Dasha *(Juntando las manos.)*
¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me atormenta así este hombre?
Stavrogin
Perdóneme. Sólo era una broma. Eso es lo que me está ocurriendo, por cierto, desde anoche: que tengo unas ganas tremendas de reírme, de reírme sin parar, mucho rato, siempre... *(Ríe sin alegría, como a la fuerza.* Dasha *tiende la mano hacia él.)* Oigo una calesa. Debe de ser mi madre.
Dasha
Que Dios lo guarde de su demonio. Llámeme y acudiré.
Stavrogin
Dígame, Dasha, si fuera a ver a Fedka y le diera esa orden, ¿acudiría? ¿Acudiría incluso tras el crimen?
Dasha *(Llorando.)*
¡Ay, Nikolai, Nikolai, se lo ruego, no siga estando así de solo! Vaya a ver a Tihon al seminario, lo ayudará.
Stavrogin
¡Otra vez!
Dasha
Sí, a Tihon. Y, luego, yo, sí, yo, acudiré, acudiré...
(Se va corriendo y llorando.)
Stavrogin
Acudirá, claro que acudirá. Encantada de la vida. *(Asqueado.)* ¡Ah!...
Aleksei Yegorovich *(Entrando.) (2)*
MavrikiNikolayevich... desea verlo.
Stavrogin
¿Él? ¿Qué puede...? *(Con sonrisa altanera.)* Que pase.
(Entra Mavriki Nikolayevich.)
(Aleksei Yegorovich *sale.)*
(Mavriki Nikolayevich *ve la sonrisa de* Stavrogin *y se detiene, como si se dispusiera a irse por donde ha venido. Pero* Stavrogin *cambia de expresión y, con aspecto sinceramente asombrado, le tiende una mano que* Mavriki Nikolayevich *no acepta.* Stavrogin *vuelve a sonreír, pero cortésmente.)*
Siéntese.
(Mavriki Nikolayevich *se sienta en una silla.* Stavrogin, *de lado en el sofá.)*
(Se queda un rato mirando en silencio al visitante, que parece titubear.)
Mavriki Nikolayevich *(Rompe a hablar de repente.)*
Si está en condiciones de hacerlo, cásese con Liza Nikolayevna.
(Stavrogin *lo mira sin cambiar de cara.* Mavriki Nikolayevich *lo mira fijamente.)*
Stavrogin *(Tras unapausa.)*

Si no estoy equivocado, Liza es su prometida.
Mavriki Nikolayevich
Sí, el compromiso es oficial.
Stavrogin
¿Se han peleado ustedes?
Mavriki Nikolayevich
No. Me ama y me aprecia, según sus propias palabras. Y sus palabras son para mí lo que más vale en el mundo.
Stavrogin
Lo comprendo.
Mavriki Nikolayevich
Sé, sin embargo, que, si usted la llamase cuando estuviera en la iglesia, al pie del altar, con su velo de novia, me abandonaría, nos abandonaría a mí y a todos para irse con usted.
Stavrogin
¿No estará equivocado?
Mavriki Nikolayevich
No. Dice que lo odia a usted. Y es sincera. Pero, en el fondo, lo ama de forma demente. Y a mí, a quien dice amar, a veces me aborrece con locura.
Stavrogin
No obstante, me sorprende que disponga usted de Liza Nikolayevna. ¿Cuenta usted con su permiso?
Mavriki Nikolayevich
Esas palabras son una villanía, son palabras de venganza y triunfo. Pero no tengo empacho en humillarme más aún. No, no tengo derecho alguno ni permiso alguno. Liza no sabe lo que estoy haciendo. He venido, sin que ella sospeche nada, a decirle que sólo usted puede hacerla feliz y que debe ocupar mi puesto ante el altar. Por lo demás, tras la presente gestión, no podré ya ni casarme con ella ni soportarme a mí mismo.
Stavrogin
Si me casase con ella, ¿se mataría usted tras la boda?
Mavriki Nikolayevich
No. Mucho más adelante. Nunca, quizá...
Stavrogin
Dice eso para que no me preocupe.
Mavriki Nikolayevich
¡Para que no se preocupe! ¿A usted qué le importa un poco más o un poco menos de sangre?
Stavrogin *(Tras una pausa.)* Puede estar seguro de que su proposición me llega al alma. Sin embargo, ¿qué lo mueve a creer que los sentimientos que me inspira Liza son tales que pueda desear casarme con ella?
Mavriki Nikolayevich *(Se pone de pie con brusquedad.)* ¿Cómo? ¿No la ama? ¿No intentó conseguir su mano?
Stavrogin

En general me es imposible hablar con nadie de mis sentimientos hacia una mujer salvo con esa mujer. Discúlpeme, es una rareza de mi carácter. No obstante, puedo decirle la verdad en todo lo demás: estoy casado y no me es, pues, posible casarme con otra mujer o intentar conseguir su mano, como decía usted.
(Mavriki Nikolayevich *lo mira, petrificado; palidece y da luego un violento puñetazo en la mesa.)*
Mavriki Nikolayevich
Si tras una confesión semejante no deja usted en paz al Liza lo mataré a palos, como a un perro.
(Se levanta de un brinco, sale y, ya en puerta da un empellón a Verhovensky, *que entraba.)*
Piotr
¡Hay que ver! Está loco. ¿Qué le ha hecho usted?
Stavrogin *(Riéndose.)*
Nada. Y, además, a usted no le interesa.
Piotr
Estoy seguro de que ha venido a ofrecerle a su prometida. ¿A que sí? Yo soy quien lo ha movido indirectamente a hacerlo, ¿sabe? Y si se niega a cedérnosla, se la quitaremos personalmente, ¿verdad? El botín merece la pena (3)
Stavrogin
Ya veo que sigue con la intención de ayudarme a quedarme con ella.
Piotr
En cuanto usted decida. Lo libraremos de sus cargas y no le costará nada.
Stavrogin
Sí. Mil quinientos rublos... Por cierto, ¿qué viene usted
a hacer aquí?
Piotr
¿Cómo? ¿Se le ha olvidado? ¿Y nuestra reunión? He venido a recordarle que es dentro de una hora.
Stavrogin
¡Ah, es cierto! Excelente idea. No podía usted haber sido más oportuno. Me apetece divertirme. ¿Qué papel debo interpretar?
Piotr
Es usted uno de los miembros del comité central y está al tanto de toda la organización secreta.
Stavrogin
¿Y qué tengo que hacer?
Piotr
Basta con que ponga expresión tenebrosa.
Stavrogin
¿Pero existe un comité central?

Piotr
Estamos usted y yo.
Stavrogin
Es decir, usted. ¿Y existe una organización?
Piotr
Existirá si consigo organizar en grupo a esos imbéciles y unirlos en un bloque compacto.
Stavrogin
¡Bravo! ¿Y cómo se las va a arreglar?
Piotr
Bueno pues, para empezar, cargos, cometidos, secretario, tesorero, presidente. ¿Se hace una idea? Luego, el sentimentalismo. Para ellos la justicia consiste en sentimentalismo. Así que hay que dejarlos que hablen mucho, sobre todo a los imbéciles. De todas formas, los une el temor a la opinión de los demás, que tiene mucha fuerza, es un cemento auténtico. Lo que más miedo les da es que los tomen por reaccionarios. Así que no les queda más remedio que ser revolucionarios. Se avergonzarían de pensar por sí mismos, de tener alguna idea personal. Por tanto, pensarán como yo quiera que piensen.
Stavrogin
¡Excelente programa! Pero sé una forma mucho mejor de cimentar ese bonito grupo. Anime a cuatro de sus miembros a que maten al quinto so pretexto de que es un soplón y los unirá la sangre. Pero qué necio soy. Si en esa idea estaba usted ya, ¿no?, puesto que quiere mandar matar a Shatov.
Piotr
¿Yo? ¿Pero qué dice...? ¿Cómo se le ocurre?
Stavrogin
No, a mí no se me ocurre. Pero a usted sí. Y, si quiere saber mi opinión, no es ninguna tontería. Para unir a los hombres, hay algo más fuerte que el sentimentalismo o el temor a la opinión de los demás: el deshonor. El mejor sistema para seducir a nuestros compatriotas y moverlos es predicar abiertamente el derecho al deshonor.
Piotr
Sí, claro, ya lo sé. Viva el deshonor; y todo el mundo acudirá a nosotros, nadie querrá quedarse atrás. ¡Ah, Stavrogin, usted lo entiende todo! Será el jefe, y yo seré su secretario. Embarcaremos en un navío; los remos serán de arce y las velas, de seda. Y en el castillo de popa pondremos a Liza Nikolayevna.
Stavrogin
Esa profecía sólo se topa con dos objeciones. La primera es que no seré el jefe...
Piotr
Lo será, ya le explicaré...
Stavrogin
Y la segunda es que no lo ayudaré a matar a Shatov para unir a esos imbéciles

suyos.
(Se ríe a carcajadas.)
Piotr
(Rojo de ira.)
Tengo... tengo que ir a avisar a Kirillov.
(Sale a toda prisa.)
(En cuanto se ha ido, Stavrogin *deja de reírse y se sienta, callado y lúgubre, en el sofá.)*
OSCURO

(Calle. Piotr Verhovensky *va hacia la calle de la Epifanía.)*
El Narrador *(Que aparece detrás de* Verhovensky.) Algunas cosas empezaron a moverse en la ciudad al tiempo que lo hacía Piotr Verhovensky. Se declararon incendios misteriosos; se multiplicó por dos el número de robos. Un subteniente que había adquirido el hábito de encender velas en su cuarto ante algunas obras materialistas arañó y mordió a su comandante. Una dama de la mejor sociedad empezó a pegar a sus hijos a hora fija y a insultar a los pobres cuando se terciaba. Otra, por último, quiso practicar el amor libre con su marido. «Eso es imposible», le decían. «¿Cómo va a ser imposible -voceaba ella-. Somos libres.» Y, efectivamente, éramos libres, pero ¿libres de qué?

CUADRO DUODÉCIMO
(Kirillov, Fedka *y* Piotr Verhovensky *en la sala de la pensión Filippov.)*
(El cuarto de Shatov *está iluminado a medias.)*

Piotr *(A* Fedka.)
El señor Kirillov te esconderá.
Fedka
Es usted un falso de tomo y lomo. Pero obedezco, obedezco. Eso sí, acuérdese de lo que me ha prometido.
Piotr
Escóndete.
Fedka
Obedezco. Acuérdese.
(Fedka *desaparece.)*
Kirillov *(En tono de mero comentario.)*
Lo aborrece a usted.
Piotr
No necesito que me quiera, necesito que me obedezca. Siéntese, tengo que hablar con usted. He venido a recordarle el pacto que nos liga.
Kirillov
No estoy ligado a nada ni a nadie.
Piotr *(Sobresaltado.)*
¿Cómo? ¿Ha cambiado de opinión?

Kirillov
No he cambiado de opinión. Pero actúo como dispone mi voluntad. Soy libre.
Piotr
De acuerdo, de acuerdo. Admito que actúa según su libre voluntad siempre y cuando esa voluntad no haya cambiado. ¡Cómo se pone usted por una palabra! Se ha vuelto muy irritable en estos últimos tiempos.
Kirillov
No soy irritable, pero no me gusta usted. Sin embargo cumpliré mi palabra.
Piotr
Pero es preciso que todo quede bien claro entre nosotros. ¿Sigue queriendo matarse?
Kirillov
Lo sigo queriendo.
Piotr
Perfecto. Reconozca que nadie lo ha forzado.
Kirillov
Habla usted como un majadero.
Piotr
De acuerdo, de acuerdo. Hablo como un majadero. Está claro que nadie podía forzarlo a eso. Prosigo. ¿Pertenecía a nuestra organización y ha comentado ese proyecto a uno de sus miembros?
Kirillov
No lo he comentado; sólo he dicho que lo iba a hacer.
Piotr
Está bien, está bien. Es cierto que no tenía usted por qué confesarse. Dijo que iba a hacerlo. Perfecto.
Kirillov
No, no es perfecto. Habla usted por hablar. He decidido matarme porque eso es lo que opino. Y usted se ha dicho que ese suicidio puede serle útil a la organización. Si comete una fechoría aquí y buscan a los culpables, yo me salto la tapa de los sesos y dejo una carta en que me declaro culpable. Así que usted me pidió que esperase para matarme. Y le contesté que esperaría, porque me daba lo mismo.
Piotr
Bien. Pero se comprometió a redactar esa carta conmigo y a permanecer a mi disposición. Sólo a eso, por descontado; en todo lo demás es usted libre.
Kirillov
No tengo ningún compromiso. Accedí porque me era indiferente.
Piotr
Como quiera. ¿Sigue opinando lo mismo?
Kirillov
Sí. ¿Será pronto?
Piotr
Dentro de unos días.

Kirillov *(Se pone de pie y parece reflexionar.)*
¿De qué voy a tener que declararme culpable?
Piotr
Ya lo sabrá.
Kirillov
Bien. Pero no se olvide de esto: no lo ayudaré en nada que vaya en contra de Stavrogin.
Piotr
De acuerdo, de acuerdo.
(Entra Shatov, *que viene de otra habitación de la casa.* Kirillov *se sienta en un rincón.)*
Está bien que haya venido.
Shatov
No necesito su aprobación.
Piotr
Está en un error. En la situación en que se encuentra, necesitará mi ayuda y ya he gastado mucha saliva en favor suyo.
Shatov
No tengo que darle cuentas a nadie. Soy libre.
Piotr .
No del todo. Está enterado de muchas cosas. No tiene derecho a romper con nosotros sin avisarnos.
Shatov
Mandé una carta muy clara.
Piotr
No nos pareció clara. Hay quienes dicen que ahora podría denunciarlos. Lo he defendido.
Shatov
Hay abogados cuya labor consiste en conseguir que ahorquen a la gente.
Piotr
En cualquier caso, ahora ya están de acuerdo en que recupere usted su libertad con la condición de que devuelva la imprenta y todos los papeles.
Shatov
Les devolveré la imprenta.
Piotr
¿En dónde está?
Shatov
En el bosque. Cerca del calvero de Brykovo. Lo enterré todo.
Piotr *(Con algo que parece una sonrisa.)*
¿Enterrado? ¡Muy bien! Está muy bien, en serio.
(Llaman. Entran los conjurados: Liputin,Virginsky, Shigaliov, Liamshin *y un* Seminarista *que ha colgado los hábitos. Hablan mientras se acomodan.)*
(Shatov y Kirillov *están en un rincón.)*
Virginski *(Desde la puerta.)* 'l

¡Ah! Aquí está Stavrogin.
Liputin
Ya era hora.
El seminarista
Señores, no tengo por costumbre perder el tiempo. Ya que han tenido la bondad de invitarme a esta reunión, ¿puedo atreverme a hacer una pregunta?
Liputin
Atrévase, amigo mío, atrévase. Goza usted aquí de general simpatía desde esa estupenda broma que le gastó a la vendedora ambulante metiéndole fotos obscenas entre los Evangelios.
El seminarista
No fue una broma. Lo hice por mis convicciones, ya que opino que hay que fusilar a Dios.
Liputin
¿Eso es lo que enseñan en el seminario?
El seminarista
No, en el seminario se sufre por culpa de Dios. Y, por lo tanto, lo odiamos. En cualquier caso, ésta es mi pregunta: ¿estamos o no reunidos en sesión?
Shigaliov
Compruebo que seguimos hablando por hablar. ¿Pueden los responsables decirnos para qué estamos aquí?
(Todos miran a Verhovensky, *que cambia de actitud como si fuese a hablar.)*
Liputin *(Precipitadamente.)*
Liamshin, se lo ruego, póngase al piano.
Liamshin
¿Cómo? ¿Otra vez? ¡Siempre igual!
Liputin
Así nadie podrá oírnos. ¡Toque, Liamshin! ¡Por la causa!
Virginski
Claro que sí. Toque, Liamshin.
(Liamshin *se sienta al piano y toca el primer vals que se le ocurre.)*
(Todos miran a Verhovensky, *quien no sólo no empieza a hablar sino que ha vuelto a su actitud amodorrada.)*
Liputin
Verhovensky, ¿no tiene nada que decir?
Piotr *(Bostezando.)* Nada en absoluto. Pero querría un vaso de coñac.
Liputin
¿Y usted, Stavrogin?
Stavrogin
No, gracias. Ya no bebo.
Liputin
No me estoy refiriendo al coñac. Le pregunto si quiere hablar. Stavrogin
¿Hablar? ¿Y de qué? No.
(Virginsky *le da la botella de coñac a* Piotr Verhovensky, *que se sirve*

frecuentemente durante toda la velada. Pero Shigaliov *se pone en pie, lúgubre y sombrío, y deja encima de la mesa un grueso cuaderno, escrito de cabo a rabo con letra menuda, que todos miran con aprensión.)*
Shigaliov
Pido la palabra.
Virginski
Suya es. Tómela.
(Liamshin *toca más fuerte.)*
El seminarista
Permita, señor Liamshin, pero la verdad es que no hay forma de entenderse.
(Liamshin *deja de tocar.)*
Shigaliov
Señores, al solicitar la atención de ustedes, les debo unas cuantas explicaciones previas.
Piotr
Liamshin, alcánceme esas tijeras que están encima del piano.
Liamshin
¿Unas tijeras? ¿Para qué quiere unas tijeras?
Piotr
Sí, es que se me había olvidado cortarme las uñas. Debería haberlo hecho hace ya tres días. Siga, Shigaliov, siga, que no le estoy haciendo caso.
Shigaliov Habiéndome dedicado asiduamente al estudio de la sociedad del futuro, he llegado a la conclusión de que, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, todos los creadores de sistemas sociales no han dicho más que tonterías. He tenido, pues, que construir mi propio sistema de organización. ¡Helo aquí! *(Da una palmada al cuaderno.)* A decir verdad, mi sistema no está acabado del todo. Tal y como está ahora, precisará, sin embargo, un debate. Pues tendré que explicarles también a ustedes la contradicción a la que llego. Ya que se da el caso de que, partiendo de la libertad ilimitada, llego al despotismo ilimitado.
Virginski
¡Eso va a costar que se lo trague el pueblo!
Shigaliov
Sí. Y, no obstante, insisto, no hay, no puede haber más solución para el problema social que esta mía. Es posible que sea desesperante, pero no hay otra.
El seminarista
Si lo he entendido bien, el orden del día consiste en la tremenda desesperación del señor Shigaliov.
Shigaliov
Eso que dice usted es más exacto de lo que se figura. Sí; me he visto abocado a la desesperación. Y, sin embargo, no había más salida que mi solución. Si no la adoptan, no harán nada de peso. Y el día menos pensado volverán a ella.
El seminarista

Propongo que votemos para saber hasta qué punto la desesperación del señor Shigaliov tiene algún interés y si es necesario que dediquemos esta sesión a oírle leer su libro.
Virginski
¡Votemos, votemos!
Liamshin
¡Eso, eso!
Liputin
¡Señores, señores! No perdamos la calma. Shigaliov es demasiado modesto. He leído su libro. Se puede no estar de acuerdo con alguna de sus conclusiones. Pero ha tomado como punto de arranque la naturaleza humana, tal y como la conocemos ahora mediante la ciencia, y es cierto que resuelve el problema social.
El seminarista
¿En serio?
Liputin
Desde luego. Propone dividir a la humanidad en dos partes desiguales. A la décima parte más o menos se le dará la libertad absoluta y una autoridad ilimitada sobre las otras nueve décimas partes, que tendrán que renunciar a su personalidad y convertirse en un rebaño, como quien dice. Habrá que imponer a esos individuos la absoluta sumisión de las ovejas; pero, a cambio, conseguirán el estado de inocencia de esas interesantes criaturas. En resumidas cuentas, será el jardín del Edén, con la diferencia de que habrá que trabajar.
Shigaliov
Sí. Así es como consigo la igualdad. Todos los hombres son esclavos e iguales en la esclavitud. No es posible otra igualdad. Así que hay que nivelar. Por ejemplo, rebajaremos el nivel de instrucción y el talento. Como los hombres de talento quieren siempre sobresalir, por desgracia habrá que cortarle la lengua a Cicerón, sacarle los ojos a Copérnico y lapidar a Shakespeare. Ése es mi sistema.
Liputin
Sí, el señor Shigaliov ha descubierto que las facultades superiores son gérmenes de desigualdad y, en consecuencia, de despotismo. Por lo tanto, en cuanto se vislumbren en un hombre dones superiores, hay que matarlo o que meterlo en la cárcel. Incluso las personas muy guapas son sospechosas, según ese punto de vista, y hay que acabar con ellas.
Shigaliov
Y también con los que son demasiado estúpidos, pues pueden hacer que los demás caigan en la tentación de vanagloriarse de su superioridad, lo que es germen de despotismo. Mientras que, de esa forma, la igualdad será total.
El seminarista
Pero se cae en contradicción. Una igualdad así es el despotismo.
Shigaliov

Cierto. Y eso es lo que me desespera. Pero la contradicción desaparece si decimos que un despotismo así es la igualdad.
Piotr *(Bostezando.)*
¡Cuántas necedades!
Liputin
¿Es realmente tan necio? A mí en cambio, me parece muy realista.
Piotr
No me refería a Shigaliov, ni a sus ideas, que son geniales por descontado, sino a toda esta palabrería.
Liputin
Hablando de las cosas se puede llegar a un resultado. Vale más que quedarse callado dándoselas de dictador.
(Todos aprueban ese ataque directo.)
Piotr
Escribir, construir sistemas, todo eso son bobadas. Pasatiempos estéticos. Lo que pasa es que en esta ciudad se aburren ustedes mucho.
Liputin
Es verdad que sólo somos unos provincianos, y muy dignos de compasión. Pero, por el momento, usted tampoco nos ha traído nada del otro mundo. Unos panfletos en los que se dice que no se puede mejorar la sociedad universal si no se cortan cien millones de cabezas. No me parece que sea algo mucho más factible que las ideas de Shigaliov.
Piotr
Con la diferencia de que en cortar cien millones de cabezas se tarda menos, claro.
El seminarista
También se corre el riesgo de que le corten la cabeza a uno.
Piotr
Es un inconveniente. Y es el riesgo inevitable cuando se quiere potenciar una religión nueva. Pero comprendo muy bien, caballero, que se eche usted atrás. Y opino que tiene usted derecho a no querer comprometerse.
El seminarista
No he dicho eso. Y estaría dispuesto a vincularme definitivamente a una organización si resultara seria y eficaz.
Piotr
¿Cómo? ¿Aceptaría prestar juramento dentro del grupo que estamos organizando?
El seminarista
Es decir que... por qué no, si...
Piotr
Atiendan, señores. Comprendo muy bien que esperen de mí aclaraciones y revelaciones en lo referido al funcionamiento de nuestra organización. Pero no puedo dárselas si no estoy seguro de ustedes hasta la muerte. Así que permítanme que les haga una pregunta. ¿Son ustedes partidarios de los

debates interminables o de los millones de cabezas? Por supuesto que es sólo una forma de hablar. Dicho de otro modo: ¿son partidarios de empantanarse en el lodazal o de cruzarlo a toda máquina?
Liamshin *(Con tono alegre.)*
A toda máquina, a toda máquina, claro. ¿Para qué empantanarse?
Piotr
¿Estarían, pues, de acuerdo con los métodos que defienden los panfletos que les he entregado?
El seminarista
Es decir... Sí, claro... ¡Pero habría que concretar las cosas!
Piotr
Si tiene miedo, es inútil concretar nada.
El seminarista
Aquí nadie tiene miedo, bien lo sabe usted. Pero nos trata como si fuéramos peones en un tablero de ajedrez. Explíquenos las cosas con claridad y lo hablaremos entre todos.
Piotr
¿Y estarían dispuestos a ligarse a la organización mediante un juramento?
Virginski
Por supuesto si nos lo pidiera de forma conveniente.
Piotr *(Haciéndole una seña a* Shatov)
Liputin, usted no ha dicho nada.
Liputin
Estoy dispuesto a responder a eso y a muchas cosas más. Pero, antes que nada, querría tener la seguridad de que aquí no hay soplones.
(Tumulto. Liamshin *corre hacia el piano.)*
Piotr *(Muy alarmado en apariencia.)*
¿Cómo? ¿Qué quiere decir? Me está usted alarmando. ¿Sería posible que hubiera un soplón entre nosotros?
(Todos hablan a la vez.)
Liputin
¡Correríamos riesgos!
Piotr
Quien más los correría sería yo. Así que todos deben contestar a una pregunta que decidirá si debemos separarnos o seguir adelante. Si uno de ustedes se enterase de que se está preparando un asesinato por necesidades de la causa, ¿iría a denunciarlo a la policía? *(Al* seminarista.) Permítame que se lo pregunte primero a usted.
El seminarista
¿Por qué primero a mí?
Piotr
Es a quien menos conozco.
El seminarista
Una pregunta así es un insulto.

Piotr
Sea más concreto.
El seminarista *(Indignado.)*
Por supuesto que no lo denunciaría.
Piotr
¿Y usted, Virginski?
Virginski
¡No y mil veces no!
Liputin
Pero ¿por qué se levanta Shatov?
(Shatov *se ha levantado, efectivamente. Mira a* Piotr Verhovensky, *pálido de ira, y luego va hacia la puerta.)*
Piotr
Ese comportamiento puede perjudicarlo mucho, Shatov.
Shatov
Al menos puede serle de utilidad a ese espía y ese bribón que eres tú. Alégrate: no me rebajaré a responder a tu innoble pregunta.
(Sale. Tumulto. Todo el mundo se ha puesto de pie menos Stavrogin.)
(Kirillov *regresa despacio a su cuarto.)*
(Piotr Verhovensky *toma otro vaso de coñac.)*
Liputin
Bien, la prueba ha servido para algo. Ahora ya sabemos a qué atenernos.
(Stavrogin *se levanta.)*
Liamshin
Tampoco Stavrogin ha contestado.
Virginski
Stavrogin, ¿podría contestar a la pregunta?
Stavrogin
No veo la necesidad.
Virginski
Pero todos nos hemos comprometido menos usted.
Stavrogin
Eso quiere decir que todos están comprometidos menos yo.
(Tumulto.)
El seminarista
Pero tampoco Verhovensky ha respondido a la pregunta.
Stavrogin
Muy cierto.
(Sale.)
(Verhovensky *lo sigue precipitadamente y, luego, regresa.)*
Piotr
Escúchenme, Stavrogin es el delegado. Todos tienen que obedecerlo. Y a mí, que soy su segundo de a bordo. Hasta la muerte. Hasta la muerte, ¿me oyen? Y, por cierto, recuerden que Shatov acaba de delatarse a sí mismo como

traidor y que a los traidores hay que castigarlos. Juren, vamos, juren...
El seminarista
¿Que juremos qué?
Piotr
¿Son ustedes hombres, sí o no? ¿Retrocederían ante una palabra de honor?
Virginski *(Un tanto perdido.)*
Pero ¿qué hay que jurar?
Piotr
Castigar a los traidores. Pronto, juren. Vamos, deprisa, tengo que alcanzar a Stavrogin. Juren...
(Todos alzan la mano, muy despacio. Piotr Verhovensky *sale a toda prisa.)*
OSCURO

CUADRO DECIMOTERCERO
Calle. Luego, la casa de Varvara Stavrogin.
Piotr *(Corriendo detrás de* Stavrogin.)
¿Por qué se ha ido?
Stavrogin
Estaba harto. Y su farsa con Shatov me ha parecido repugnante. Pero no dejaré que se salga usted con la suya.
Piotr
Shatov se ha traicionado.
Stavrogin *(Parándose.)*
Es usted un embustero. Ya le he dicho por qué necesitaba la sangre de Shatov. Tiene que servirle para cimentar el grupo. Acaba usted de conseguir que se fuera con mucha habilidad. Ya sabía que se negaría a decir «No denunciaré» y que responder a esa pregunta iba a parecerle una cobardía.
Piotr
¡De acuerdo, de acuerdo! Pero no debería haberse ido usted. Lo necesito.
Stavrogin
Ya me lo imagino, puesto que me incita a que mande degollar a mi mujer. Pero ¿para qué me necesita? ¿Para qué le puedo valer yo?
Piotr
¿Para qué? Pues para todo... Y, además, lo que ha dicho es cierto. Póngase de mi parte y lo libro de su mujer. (Piotr Verhovensky *coge a* Stavrogin *del brazo.* Stavrogin *se suelta, lo coge por el pelo y lo tira al suelo.)* ¡Ah, qué fuerza tiene usted! Stavrogin, haga lo que le pido y mañana le traigo a Liza Drozdov, ¿quiere? ¡Conteste! Mire, también le concedo la vida de Shatov si usted me lo pide...
Stavrogin
¿Así que es cierto que había decidido matarlo?
Piotr *(Se levanta.)*
¿Qué más le da? ¿Acaso no se ha portado mal con usted?
Stavrogin

Shatov es bueno. Y usted es perverso.
Piotr
Lo soy. Pero yo no le he dado una bofetada.
Stavrogin
Si usted me alzase la mano lo mataría en el acto. Sabe muy bien que soy capaz de matar.
Piotr
Lo sé. Pero no me matará porque me desprecia.
Stavrogin
Es usted perspicaz.
(Se va.)
Piotr
Escúcheme, escúcheme...
(Piotr *hace una seña. Aparece* Fedka *ambos siguen a* Stavrogin. *Se alza el telón que representa la calle y aparece el salón de* Varvara Stavrogin.)
(Está en escena Dasha. *Oye la voz de* Verhovensky *y sale por la derecha.)*
(Entran Stavrogin *y* Piotr Verhovensky.)
Escúcheme...
Stavrogin
Es usted obstinado... Dígame de una vez qué espera de mí y vayase.
Piotr
Sí, sí. Es lo siguiente. *(Le echa una ojeada a la puerta).* Un momento.
(Va hacia la puerta y la abre despacio.)
Stavrogin
Mi madre nunca escucha detrás de las puertas.
Piotr
Estoy seguro. Los nobles como ustedes están muy por encima de esas cosas. Yo, en cambio, sí escucho detrás de las puertas. Y, además, me parecía haber oído un ruido. Pero ésa no es la cuestión. ¿Quiere saber qué espero de usted? (Stavrogin *no contesta.)* Pues es lo siguiente... Juntos conseguiremos el alzamiento de Rusia.
Stavrogin
Pesa mucho.
Piotr
Otros diez grupos como éste y seremos fuertes.
Stavrogin
¡Diez grupos de estúpidos como ésos!
Piotr
La estupidez es la que hace avanzar la historia. Mire, fíjese en la mujer del gobernador, Yulia Mihailovna. Está con nosotros. ¡La estupidez!
Stavrogin
No pretenderá decirme que se dedica a conspirar.
Piotr
No. Pero opina que hay que impedir que la juventud rusa vaya hacia el

abismo, es decir, hacia la revolución. Su sistema es muy sencillo. Hay que aplaudir la revolución, darle la razón a la juventud y mostrarle que es posible ser revolucionaria y estar casada con el gobernador. Y entonces la juventud comprenderá que este régimen es el mejor puesto que es posible insultarlo sin peligro e incluso recibir una recompensa por aspirar a su destrucción.
Stavrogin
Está usted exagerando. ¡Nadie puede ser tan tonto!
Piotr
No, no son tontos. Son idealistas, eso es lo que son. Menos mal que yo no soy idealista. Pero tampoco soy inteligente. ¿Cómo dice?
Stavrogin
No he dicho nada.
Piotr
¡Qué le vamos a hacer! Tenía la esperanza de que me dijera: «Sí que es usted inteligente».
Stavrogin
Nunca se me habría ocurrido decirle algo así.
Piotr *(Con odio.)*
Tiene razón. Soy tonto. Por eso lo necesito. Mi organización necesita una cabeza.
Stavrogin
Ya tiene usted a Shigaliov.
(Bosteza.)
Piotr *(Con el mismo odio.)*
No se burle de él. La nivelación total es una idea excelente que no tiene nada de ridicula. Entra dentro de mis planes junto con otras cosas. La organizaremos de forma definitiva. Obligaremos a las personas a espiarse entre sí y a denunciarse mutuamente. ¡Y así se acabó el egoísmo! De vez en cuando, unas cuantas convulsiones, pero dentro de un orden, sólo para que nadie se aburra; nosotros los jefes nos encargaremos de ello. Porque habrá jefes, puesto que tiene que haber esclavos. Por lo tanto, obediencia absoluta; y, cada treinta años, consentiremos unas cuantas convulsiones. Y, entonces, todos se arrojarán unos sobre otros y se devorarán entre sí.
Stavrogin *(Mirándolo.)*
Llevo mucho tiempo pensando que me recordaba usted a alguien. Pero cometía el error de buscar referencias para la comparación en el reino animal. Ahora ya lo sé.
Piotr *(Pensando en otra cosa.)*
Claro, claro.
Stavrogin
Me recuerda usted a un jesuíta.
Piotr
De acuerdo, de acuerdo. Por cierto, que los jesuítas tienen razón. Han dado con la fórmula correcta. ¡La conspiración, la mentira y una meta única! No

hay otra forma de vivir en el mundo. Y, por lo demás, deberíamos tener al papa de nuestra parte.
Stavrogin
¿Al papa?
Piotr
Sí, pero es muy complicado. Para eso haría falta que el papa se pusiera de acuerdo con la Internacional. Es prematuro. Habrá que dejarlo para más adelante. Es algo inevitable, porque se trata de la esencia misma. Y, entonces, arriba del todo estará el papa; alrededor de él, nosotros; y, por debajo de nosotros, las masas sometidas al sistema de Shigaliov. Pero ésa es una idea para el porvenir. Mientras tanto, hay que dividir el trabajo. Así que en Occidente el papa. Y en nuestra tierra... en nuestra tierra... ¡usted!
Stavrogin
Definitivamente, está usted borracho. Déjeme en paz.
Piotr
Stavrogin, es usted un hombre guapo. ¿Sabe acaso que es guapo, fuerte e inteligente? No, no lo sabe porque también es cándido. Yo sí lo sé; y por eso es usted mi ídolo. Soy nihilista. Y los nihilistas necesitan ídolos. Es usted el hombre que precisamos. No ofende a nadie y, sin embargo, todo el mundo lo odia. Trata a las personas como a iguales y, sin embargo, lo temen. Usted no le tiene miedo a nada y puede sacrificar su vida tanto como la de su prójimo. Eso está muy bien. Sí, es usted el hombre al que necesito y no conozco a otro más que a usted. Es el jefe, es el sol. *(De repente le coge la mano a* Stavrogin *y se la besa. Éste lo rechaza.)* No me desprecie. Shigaliov ha encontrado el sistema, pero yo he encontrado la forma de llevarlo a cabo. Lo necesito. Sin usted soy un cero a la izquierda. Con usted destruiré la vieja Rusia y construiré la nueva.
Stavrogin
¿Qué Rusia? ¿La de los espías?
Piotr
Cuando tengamos el poder, quizá intentemos que la gente se vuelva más virtuosa si es que de verdad tiene usted empeño en ello. Pero, de momento, es cierto que necesitamos una o dos generaciones de desenfreno; necesitamos una corrupción inaudita que convierta al hombre en un insecto inmundo, cobarde y egoísta. Eso es lo que necesitamos. Y, al mismo tiempo, les daremos un poco de sangre fresca para que le cojan el gusto.
Stavrogin
Siempre supe que no era usted un socialista. Es usted un bribón.
Piotr
De acuerdo, de acuerdo. Un bribón. Pero tengo que contarle mi plan. Empezamos por ponerlo todo manga por hombro. Incendios, atentados, continuos disturbios; no se respeta nada. Se lo imagina, ¿verdad? ¡Ah, sí, será algo espléndido! Una espesa niebla caerá sobre Rusia. La tierra llorará a sus antiguos dioses. Y entonces...

(Hace una pausa.)
Stavrogin
¿Yentonces?
Piotr
Hacemos que aparezca el nuevo zar.
(Stavrogin *lo mira y se aparta despacio de él.)*
Stavrogin
Comprendo. Un impostor.
Piotr
Sí. Diremos que se esconde, pero que aparecerá. Que existe, pero que nadie lo ha visto. ¡Imagínese la fuerza que tiene esa idea! «Se esconde.» Quizá podamos mostrárselo a uno de cada cien mil. Y por toda la tierra correrá la voz: «Hay quien lo ha visto». ¿Acepta?
Stavrogin
¿Qué?
Piotr
Ser el nuevo zar.
Stavrogin
¡Ah! ¡Así que ése era su plan!
Piotr
Sí. Escúcheme bien. Con usted, se puede crear una leyenda. Le bastará con aparecer; y vencerá. Antes: «Se esconde, se esconde», y dictaremos, en nombre de usted, dos o tres sentencias de Salomón. Bastará con zanjar un caso de cada diez mil para que todo el mundo recurra a usted. En todas las aldeas, todos los campesinos sabrán que hay en algún sitio un buzón en donde tienen que dejar su solicitud. ¡Y correrá la fama por toda la tierra! «Se ha promulgado una nueva ley, una ley justa.» Se alzarán los mares y se hundirá la antigua cabaña de madera. Y entonces pensaremos en construir un edificio de hierro. ¿Qué le parece, qué le parece? (Stavrogin se *ríe, despectivo.)* ¡Ah, Stavrogin, no me deje solo! Sin usted, soy como Colón sin América. ¿Puede imaginarse a Colón sin América? Y yo también puedo ayudarlo a usted. Arreglaré sus asuntos. Mañana mismo le traigo a Liza. La desea, desea muchísimo a Liza, lo sé. Basta con que diga una palabra y lo arreglo todo.
Stavrogin *(Volviéndose hacia la ventana.)* Y entonces ya me tendrá usted cogido, claro...
Piotr
¿Y qué más da? Usted tendrá cogida a Liza. Es joven y pura...
Stavrogin *(Con una expresión rara, como fascinado.)*
Pura... (Piotr Verhovensky *lanza un agudo silbido.)* ¿Qué hace?
(Aparece Fedka.)
Piotr
Aquí está nuestro amigo, que puede ayudarnos. Diga sí, Stavrogin, sí, sí. Y Liza es suya, y el mundo es nuestro.
(Stavrogin *se vuelve hacia* Fedka, *que le sonríe apaciblemente.)* (Dasha *grita*

dentro, aparece y se abalanza hacia Stavrogin.)
Dasha
Nikolai, se lo ruego, no siga con estos hombres. Vaya a ver a Tihon, sí, a Tihon... Ya se lo había dicho. Vaya a ver a Tihon.
Piotr
¿Tihon? ¿Quién es?
Fedka
Un hombre santo. No digas nada malo de él, falso de tres al cuarto, te lo prohibo.
Piotr
¿Por qué? ¿Es compañero tuyo de degüellos? ¿Es de la iglesia de la sangre?
Fedka
No. Yo soy de los que matan. Pero él es de los que perdonan los crímenes.
OSCURO

El Narrador
Yo no conocía a Tihon personalmente. Sólo sabía de él lo que se decía en nuestra ciudad. Entre los humildes gozaba de una reputación de gran santidad. Pero las autoridades le reprochaban su biblioteca, en la que los libros piadosos se mezclaban con obras de teatro y cosas aún peores quizá.
A primera vista, no había la mínima probabilidad de que Stavrogin fuera a visitarlo.

CUADRO DECIMOCUARTO
La habitación de Tihon *en el convento de la Virgen.*
(Tihon *y* Stavrogin, *de pie.)*
Stavrogin ¿Mi madre le ha dicho que estaba loco?
Tihon
No. No me ha hablado de usted como si estuviera realmente loco. Pero me ha mencionado una bofetada que le dieron y un duelo...
(Lanza un quejido al sentarse.)
Stavrogin
¿Está usted enfermo?
Tihon
Padezco fuertes dolores en las piernas. Y duermo mal.
Stavrogin
¿Quiere que me vaya?
(Se dispone a ir hacia la puerta.)
Tihon
No. ¡Siéntese! (Stavrogin *se sienta, con el sombrero en la mano y una postura de hombre de mundo. Pero parece que le cuesta respirar.)* También usted parece enfermo.
Stavrogin *(Con la misma expresión.)*
Lo estoy. Tengo alucinaciones, ¿sabe? Con frecuencia veo o siento cerca de

mí a alguien así como un ser burlón, perverso, lógico, que adopta diversos aspectos. Pero siempre es el mismo ser. Y me desespero. Tendré que ir a ver a un médico.
Tihon
Sí.Debe ir.
Stavrogin
No, es inútil. Sé lo que me pasa. Y usted también.
Tihon
¿Se refiere al diablo?
Stavrogin
Sí. Usted cree en el diablo, ¿verdad? Un hombre de su condición no puede por menos de creer en él.
Tihon
Pero en su caso es más probable que se trate de una enfermedad.
Stavrogin
Ya veo que es usted un escéptico. ¿Cree usted, al menos, en Dios?
Tihon
Creo en Dios.
Stavrogin
Está escrito: «Si tienes fe y mandas a la montaña que se mueva, la montaña te obedecerá». ¿Usted puede mover las montañas?
Tihon
Quizá. Con la ayuda de Dios.
Stavrogin
¿Por qué quizá? Si tiene fe, debe decir que sí.
Tihon
Mi fe es imperfecta.

Stavrogin
Qué le vamos a hacer... ¿Sabe lo que le dijo un obispo a un bárbaro que mataba a todos los cristianos y, poniéndole un cuchillo en la garganta, le preguntó si creía en Dios? «Muy poco, muy poco», respondió el obispo. Qué falta de dignidad, ¿verdad?
Tihon
Su fe era imperfecta.
Stavrogin
Sí, sí. Pero, para mí, la fe tiene que ser perfecta o no ser. Por eso soy ateo.
Tihon
El ateo perfecto es más respetable que el indiferente. Está en el último peldaño antes de la fe perfecta.
Stavrogin
Lo sé. ¿Recuerda la parte del Apocalipsis en que se habla de los tibios?
Tihon
Sí. «Yo conozco tus obras, que ni eres frío, ni caliente. ¡Ojalá fueses frío, o caliente! Mas porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tu dices...»
Stavrogin
Ya basta. *(Tras una pausa y sin mirarlo.)* ¿Sabe? Me agrada usted mucho.
Tihon
Usted a mí también. *(Una pausa bastante prolongada Rozando el codo de* Stavrogin *con un dedo.)* No te enojes.
Stavrogin *(Sobresaltado.)*
¿Cómo ha sabido que...? *(Recupera el tono habitual.)* Pues sí, estaba enojado por haberle dicho que me agradaba.
Tihon *(Con acento firme.)*
Déjese de enojos y cuéntemelo todo.
Stavrogin
¿Así que tiene usted la seguridad de que he venido con alguna idea oculta?
Tihon *(Con los ojos bajos.)*
Se lo leí en la cara cuando entró.
(Stavrogin *está pálido y le tiemblan las manos. Se saca luego unas hojas del bolsillo.)*
Stavrogin
Bien. Pues se trata de lo siguiente. He escrito un relato que se refiere a mí y voy a hacer público. Todo cuanto pueda decirme no cambiará en nada esta decisión. Sin embargo, querría que fuese usted el primero en saber esta historia y se la voy a contar. (Tihon *asiente despacio con la cabeza.)* Tápese los oídos. Déme su palabra de que no va a escuchar y hablaré. (Tihon *no contesta.)* Entre 1861 y 1863, viví en Petersburgo entregado a la crápula, en la que no hallaba placer alguno. Vivía con unos compañeros nihilistas que me adoraban porque tenía la cartera bien repleta. Me aburría espantosamente. Tanto me aburría que podría haberme ahorcado. Si no me ahorqué entonces

fue porque esperaba algo, sin saber qué. (Tihon *no dice nada.)* Tenía tres viviendas.
Tihon
¿Tres?
Stavrogin
Sí. Una en la que instalé a María Lebiadkin, que se convirtió luego en mi legítima esposa. Y otras dos para recibir a mis amantes. En una de ellas tenía alquiladas unas habitaciones a unos modestos burgueses que ocupaban el resto y trabajaban fuera de casa. Por lo tanto me quedaba muchas veces a solas con su hija de doce años, que se llamaba Matriosha.
(Una pausa.)
Tihon
¿Quiere seguir o dejarlo?
Stavrogin
Seguiré. Era una niña muy dulce y apacible, de rostre rubio y pálido, con pecas. Un día, perdí la navaja. Se 1o dije al casero, que acusó a su hija y le dio una paliza brutal en mi presencia. Por la noche, encontré la navaja entre los dobleces de la colcha. Me la metí en el bolsillo del chaleco y, al salir a la calle, la tiré para que nadie se enterase. Tres días después, volví a casa de Matriosha.
(Una pausa.)
Tihon
¿Habló usted con sus padres?
Stavrogin
No, no estaban en casa. Matriosha estaba sola.
Tihon
¡Ah!
Stavrogin
Sí, sola. Estaba sentada en un rincón, en un taburete. Me daba la espalda. Estuve mucho tiempo mirándola desde mi cuarto. De repente, se puso a cantar bajito, muy bajito. El corazón empezó a latirme con mucha fuerza. Me levanté y me acerqué despacio a Matriosha. Había geranios en las ventanas y el sol abrasaba. Me senté en el suelo, a su lado, en silencio. Ella se asustó y se puso en pie de pronto. Le cogí la mano y se la besé. Se rió como una chiquilla. Hice que se sentase de nuevo. Pero se volvió a levantar con cara de espanto. Le besé otra vez la mano. Me la senté en las rodillas. Se echó hacia atrás y volvió a sonreír. Yo también me reía. Entonces me echó los brazos al cuello y me besó... *(Calla.* Tihon *lo mira.* Stavrogin *le sostiene la mirada y, luego, le enseña una hoja en blanco.)* Al llegar aquí, he dejado un blanco en el relato.
Tihon
¿Va a contarme lo que sucedió después?
Stavrogin *(Riendo torpemente y con expresión trastornada.)*
No, no. Luego. Cuando se lo merezca usted... (Tihon *lo mira.)* Pero no sucedió nada. ¿Qué se ha creído? Nada en absoluto... Lo mejor sería que no

me mirase, ¿sabe? *(En voz muy baja.)* Y no me agote la paciencia. (Tihon *baja la vista.)* Cuando volví, dos días después, Matriosha se fue corriendo a la otra habitación en cuanto me vio. Pero pude darme cuenta de que no le había dicho nada a su madre. Yo, sin embargo, tenía miedo. Durante todo ese tiempo tuve un miedo atroz de que hablase. Por fin, un día su madre me dijo, antes de dejarnos solos, que la niña estaba acostada con fiebre. Me quedé sentado en mi cuarto, inmóvil, contemplando la cama en la penumbra del otro cuarto. Al cabo de una hora, la niña dio señales de vida. Salió de la sombra, en camisón, muy desmejorada; vino hasta el umbral de mi cuarto y, moviendo la cabeza, me amenazó con el frágil puñito. Luego, salió a toda prisa. La oí correr por la galería interior de la casa. Me levanté y la vi meterse en un chiscón en que guardaban la leña. Sabía lo que iba a hacer. Pero me volví a sentar y me forcé a esperar veinte minutos. Alguien cantaba en el patio; a mi lado, zumbaba una mosca. La cacé, me quedé con ella en la mano un momento y, luego, la solté. Me acuerdo de que, cerca de mí, en un geranio, una diminuta araña roja avanzaba despacio. Cuando pasaron los veinte minutos, me forcé a esperar otro cuarto de hora. Luego, al salir, miré dentro del chiscón por una rendija. Matriosha se habí ahorcado. Me fui y me pasé la velada jugando a las cartas con la sensación de que se me había quitado un peso de encima.

Tihon

¿Un peso?

Stavrogin *(Cambiando de tono.)*

Sí. Pero, al mismo tiempo, sabía que esa sensación se debía a una cobardía infame y que nunca más, nunca más, podría volver a sentirme noble en esta tierra, ni tampoco en otra vida, nunca más...

Tihon

¿Por eso se comportó usted de una forma tan rara?

Stavrogin

Sí. Habría querido matarme. Pero no tenía valor. Entonces, me arruiné la existencia de la forma más imbécil posible. Llevé una vida irónica. Me pareció que sería una buena idea, de lo más estúpida, casarme con una loca y una tullida. Y la hice mi mujer. Acepté incluso un duelo en el que no disparé, con la esperanza de que me matasen tontamente. Recapitulando: acepté las cargas más pesadas, aunque sin creer en ellas. Pero todo en vano, en vano. Y vivo entre dos sueños: uno en que, en unas islas dichosas, en medio de un mar luminoso, los hombres se despiertan y se duermen inocentes; y otro, en el que veo a Matriosha, desmejorada, moviendo la cabeza y amenazándome con el puñito... Aquel puñito... Querría borrar un trance de mi vida y no puedo.

(Esconde la cara en las manos.)

(Luego, tras una pausa, se incorpora.)

Tihon

¿De verdad va a publicar ese relato?

Stavrogin

Sí. ¡Sí!
Tihon
Su intención es noble. No puede haber penitencia mayor. Sería una acción admirable esa de castigarse de esa forma a sí mismo si...
Stavrogin
¿Si...?
Tihon
Si de verdad fuera una penitencia.
Stavrogin
¿Qué quiere decir?
Tihon
Su relato expresa sin rodeos las necesidades de un corazón mortalmente herido. Por eso quiso usted el escupitajo, la bofetada y la vergüenza. Pero, al mismo tiempo, hay en su confesión desafío y orgullo. La sensualidad y la ociosidad lo han vuelto insensible, incapaz de amar, y usted parece envanecerse de esa insensibilidad. Se vanagloria de algo vergonzoso. Y eso es despreciable.
Stavrogin
Gracias. ;..
Tihon
¿Por qué?
Stavrogin
Porque, aunque está enojado conmigo, no parece sentir asco y me habla como a un igual.
Tihon
Estaba asqueado. Pero es usted tan orgulloso que no se ha dado cuenta. Sin embargo, esas palabras: «Me habla como a un igual», son hermosas. Demuestran que tiene un corazón grande y una inmensa fuerza. Pero me espanta esa fuerza tan grande y tan inútil en usted, que sólo intenta explayarse en infamias. Ha renegado de todo, ya no ama nada y hay un castigo que se ensaña con todos aquellos que se apartan del suelo natal y de la verdad de un pueblo y de una época.
Stavrogin
No temo ese castigo ni ningún otro.
Tihon
Pues hay que temer. Porque, en caso contrario, no hay castigo, sino complacencia. Atienda bien. Si alguien, un desconocido, un hombre al que nunca fuera a ver más, leyese esa confesión y le perdonase en silencio, en su fuero interno, ¿se sentiría apaciguado?
Stavrogin
Me sentiría apaciguado. *(A media voz.)* Si usted me perdonase, me haría mucho bien. *(Lo mira; luego, con salvaje pasión.)* ¡No! ¡Quiero conseguir mi propio perdón! Ésa es mi meta principal, la única. ¡Sólo entonces desaparecerá la visión! ¡Por eso aspiro a un sufrimiento desmesurado, por eso

me empeño en buscarlo! ¡No me desaliente porque me moriré de rabia!
Tihon *(Se levanta.)*
Si cree que puede perdonarse a sí mismo y que mediante el sufrimiento conseguirá su perdón en este mundo, si sólo anda buscando conseguir ese perdón, entonces es que cree de forma absoluta. Dios le perdonará su falta de fe, pues adora usted al Espíritu Santo sin conocerlo.
Stavrogin
No puede haber perdón para mí. Está escrito en esos libros de usted que no hay mayor pecado que escandalizar a un pequeñuelo.
Tihon
Si se perdona a sí mismo, Cristo también lo perdonará.
Stavrogin
No. No. Él no, él no. ¡No puede haber perdón! Nunca más, nunca más... (Stavrogin *coge el sombrero y va, como un loco, hacia la puerta. Pero se vuelve hacia* Tihon *y recupera el tono de hombre de mundo. Parece exhausto.)* Volveré. Volveremos a hablar de todo esto. Puede estar seguro de que me ha agradado muchísimo conocerlo. Valoro en mucho la acogida que me ha dado y sus sentimientos.
Tihon
¿Ya se marcha? Quería rogarle algo... pero me temo que...
Stavrogin
Hágalo, por favor.
(Coge, como sin darle importancia, un crucifijo pequeño que está encima déla mesa.)
Tihon
No haga público ese relato.
Stavrogin
Ya lo avisé de que nada podría detenerme. ¡Lo conocerá el mundo entero!
Tihon
Lo entiendo. Pero le propongo un sacrificio mayor. Renuncie a ese gesto y así se sobrepondrá a su orgullo, aplastará a su demonio y conseguirá la libertad.
(Junta las manos.)
Stavrogin
Se toma usted todo esto demasiado a pecho. En resumidas cuentas, si le hiciera caso sentaría la cabeza, tendría hijos, me haría socio de un club y vendría al convento los días de fiesta.
Tihon
No. Le estoy proponiendo otra penitencia. Hay en este convento un asceta, un anciano que posee una sabiduría cristiana tal que ni usted ni yo podemos concebirla. Vaya con él, sométase a su autoridad durante cinco o siete años y le aseguro que conseguirá todo cuanto anhela.
stavrogin *(Con tono ligero.)*
¿Entrar en el convento? ¿Por qué no? Por lo demás, estoy convencido de que podría vivir como un monje aunque soy de una sensualidad bestial. (Tihon

lanza un grito, extendiendo las manos.) ¿Qué le sucede?
Tihon
Veo, veo con toda claridad que nunca estuvo usted tan cerca de cometer otro crimen aún más atroz que el anterior.
Stavrogin
Cálmese. Puedo prometerle que no haré público inmediatamente este relato.
Tihon
No. No. Un día, una hora antes de ese gran sacrificio, buscarás una salida en un nuevo crimen y no lo cometerás sino para evitar que esas hojas sean públicas.
(Stavrogin *lo mira intensamente, rompe el crucifijo y arroja los pedazos encima de la mesa.)*
TELÓN

TERCERA PARTE

CUADRO DECIMOQUINTO

En casa de Varvar a Stavrogin.
(Entra Stavrogin *con rostro demudado, titubea, da varias vueltas y desaparece luego por el fondo. Entran* Grigoreyev *y* Stepan Trofimovich, *muy nerviosos.)*

Stepan
Pero vamos a ver, ¿qué quiere Varvara de mí?
Grigoreyev
No lo sé. Ha mandado que se le diera a usted aviso de
que acudiese inmediatamente.
Stepan
Debe de ser por lo del registro. Se habrá enterado. No
Me lo perdonará nunca.
Grigoreyev
Pero ¿quién ha venido a hacer un registro?
Stepan
No lo sé. Alguien que parecía un alemán y lo dirigía todo. Yo estaba hecho un manojo de nervios. Y él hablaba. No, el que hablaba era yo. Le he contado mi vida; en lo referido a la política, quiero decir. Estaba hecho un manojo de nervios, pero digno, se lo aseguro. Aunque me temo que lloré.
Grigoreyev
Pero debería haberle pedido la orden de registro. Tenía que haberse mostrado altanero.

Stepan
Oiga, amigo mío, no me quite los ánimos. Cuando es uno desgraciado, no hay nada más insoportable que oír cómo le dicen los amigos que ha hecho una tontería. En cualquier caso, he tomado mis precauciones. He mandado que me preparen ropa de abrigo.
Grigoreyev
¿Para qué?
Stepan
Pues por si vienen a buscarme... Ésas son las cosas que suceden ahora: vienen, se lo llevan a uno; y, luego, Siberia o algo peor. Así que me he cosido treinta y cinco rublos dentro del forro del chaleco.
Grigoreyev
Pero si a nadie se le va a ocurrir detenerlo a usted.
Stepan
Han debido de recibir un telegrama de San Petersburgo.
Grigoreyev
¿Relacionado con usted? Pero si no ha hecho nada.
Stepan
Sí, sí, me detendrán. Te llevan a presidio; o te dejan olvidado en una casamata.
(Rompe a llorar.)
Grigoreyev
Vamos, vamos, cálmese. No tiene nada que reprocharse. ¿Por qué tiene miedo?
Stepan
¿Miedo? No, no, no tengo miedo. En fin, no le tengo miedo a Siberia, no. Lo que temo es otra cosa. Temo la vergüenza.
Grigoreyev
¿La vergüenza? ¿Qué vergüenza?
Stepan
¡El látigo!
Grigoreyev
¿Qué es eso del látigo? Me está usted preocupando, querido amigo.
Stepan
Sí, también dan de latigazos.
Grigoreyev
Pero ¿por qué le iban a dar de latigazos a usted? Si no ha hecho nada.
Stepan
Precisamente por eso. Verán que no he hecho nada y me darán de latigazos.
Grigoreyev
Debería descansar después de haber visto a Varvara Stavrogin.
Steran
¿Qué va a pensar? ¿Cómo reaccionará cuando se entere de la vergüenza? Aquí viene.

(Se santigua.)
Grigoreyev
¿Se santigua usted?
Stepan
Ay, nunca he creído en estas cosas, pero, en fin, vale más echar mano de todo. *(Entra* Varvara Stavrogin. *Los dos hombres se ponen de pie.)*
Varvara *(A* Grigoreyev.)
Gracias, amigo mío. ¿Le importaría dejarnos a solas...? *(A* Steran Trofimovich.) Siéntese. *(Sale* Grigoreyev. Varvara *va al escritorio y escribe rápidamente unas palabras. Mientras tanto,* Stepan Trofimovich *se retuerce en la silla.* Varvara *se vuelve, luego, hacia él.)* Stepan Trofimovich, tenemos asuntos que zanjar antes de separarnos de forma definitiva. No me andaré con rodeos. (Stepan *se encoge en el asiento.)* Cállese. Déjeme hablar. Considero que tengo el compromiso de pasarle su pensión de mil doscientos rublos. Añado otros ochocientos para los imprevistos. ¿Le bastará con eso? Me parece que no está mal. Así que aceptará usted ese dinero y vivirá como le plazca, en Petersburgo, en Moscú, en el extranjero, pero no en mi casa. ¿Lo ha entendido?
Stepan
Hace poco tiempo oí de sus labios otra exigencia no menos acuciante y categórica. Me doblegué. Me disfracé de novio y bailé el minué por el amor de usted...
Varvara
No bailó. Vino a verme con una corbata nueva, acicalado con afeites y perfumado. Estaba deseando casarse, se le veía en la cara; y puede creerme que no resultaba nada bonito de ver, sobre todo con una chica joven, casi una niña...
Stepan
No hablemos más de ello, se lo ruego. Me iré a un asilo.
Varvara
Nadie se va a un asilo teniendo dos mil rublos de renta. Dice usted eso porque su hijo, que, por cierto, es más inteligente de lo que usted afirma, habló un día, en broma, del asilo. Pero hay todo tipo de asilos; e incluso a algunos de ellos van los generales. Así que podría usted jugar al *whist*...
Stepan
Dejémoslo correr...
Varvara
¿Que lo dejemos correr? ¡Y ahora me dice groserías! Está bien, acabemos. Queda usted avisado: a partir de ahora, viviremos cada uno por nuestra cuenta.
Stepan
¿Y ya está? ¿Esto es todo lo que queda de nuestros veinte años? ¿Éste es nuestro adiós postrero?
Varvara

¡Más vale que no mencionemos estos veinte años! ¡Veinte años de vanidad y de monerías! Incluso las cartas que me escribía estaban pensadas para la posteridad. ¡Usted no es un amigo, es un estilista!
Stepan
Me dice las mismas cosas que mi hijo. Ya veo que ha influido en usted.
Varvara
¿Es que no tengo ya edad suficiente para pensar por mi cuenta? ¿Qué ha hecho usted por mí en estos veinte años? Hasta me negaba los libros que yo encargaba para usted. No quería prestármelos antes de haberlos leído. Y, como nunca los leía, me he pasado veinte años esperándolos. Lo que pasa es que tenía usted envidia de mi nivel intelectual.
Stepan *(Desesperado.)*
¿Pero será posible que lo estropeemos todo por tan poca cosa?
Varvara
Cuando volví del extranjero y quise contarle mis impresiones al contemplar la Madona Sixtina, ni siquiera me escuchó y se contentó con sonreír con expresión de superioridad.
Stepan
Sí que sonreía, pero no con superioridad.
Varvara
Motivo para ello no había, desde luego. Esa Madona Sixtina sólo les interesa ya a unos cuantos viejos como usted. Es un hecho.
Stepan
Lo que es un hecho, después de tantas palabras crueles, es que tengo que irme. Óigame ahora. Voy a coger mis alforjas de mendigo, dejaré aquí todos sus regalos y me marcharé a pie para acabar mi vida como preceptor en casa de algún comerciante o para morirme de hambre al pie de un seto. Adiós.
(Varvara Stavrogin *se pone de pie, iracunda.)*
Varvara
Estaba segura. Sabía desde hacía años que estaba esperando el momento de deshonrarme. Es usted capaz de morirse sólo para que la calumnia caiga sobre mi casa.
Stepan
Siempre me despreció, pero acabaré mi vida como un caballero fiel a su dama. A partir de este momento, no aceptaré nada más de usted y la honraré de forma desinteresada.
Varvara
Eso sí que sería una novedad.
Stepan
Bien sé que nunca me tuvo ninguna estima. Sí, yo era su parásito. Y tuve flaquezas. Pero vivir como un parásito nunca fue el principio supremo de mi conducta. Las cosas salían así ellas solas, no sé muy bien cómo. Siempre pensaba que existía entre nosotros algo superior a la comida y la bebida; y nunca he sido un canalla. ¡Bien! ¡Ahora me toca ponerme en marcha para

reparar mis faltas! Es ya muy tarde, está muy entrado el otoño, la niebla cubre el campo, la escarcha de la vejez cubre mi camino y, entre los alaridos del viento, distingo la llamada de la tumba. ¡Pero me pongo en marcha! ¡Ay, sueños míos, me despido de vosotros! ¡Veinte años! *(Tiene el rostro cubierto de lágrimas.)* Vamos allá.
Varvara *(Está enternecida, pero da una patada en el suelo.)*
¡Siempre con puerilidades! Nunca será usted capaz de cumplir esas amenazas egoístas. No se irá a ningún lado, ni a casa de ningún comerciante; y seguirá aquí, a mi costa, cobrando su pensión y recibiendo a sus insoportables amigos. ¡Adiós, Stepan Trofimovich!
Stepan
Alea jacta est.
(Sale a toda prisa.)
Varvara
¡Stepan!
(Pero Stepan *ya se ha ido.* Varvara *da vueltas por la habitación, rompiendo el manguito. Luego se deja caer, llorando, en el sofá.) (Se oyen fuera ruidos confusos.)*
Grigoreyev *(Entrando.)*
¿Adónde iba tan deprisa Stepan Trofimovich? ¡La ciudad está sublevada!
Varvara
¿Sublevada?
Grigoreyev
Sí. Los obreros de la fábrica Shpigulin se han manifestado ante la casa del gobernador. Y dicen que éste se ha vuelto loco.
Varvara
¡Dios mío! ¡Stepan puede caer en medio del motín!
(Precediendo a Aleksei Yegorovich, *entran* Praskovya Drozdov, Liza, Mavriki Nikolayevich *y* Dasha.)
Praskovya
¡Ay, Dios mío, esto es la revolución! Y estas piernas, que ya no me sostienen.
(Entran Virginski, Liputin y Piotr Verhovensky.)
Piotr
Se mueven las cosas, se mueven. El imbécil del gobernador ha tenido un ataque de calentura.
Varvara
¿Ha visto usted a su padre?
Piotr
No, pero no corre ningún peligro. Como mucho, que lo azoten. Le vendrá bien.
(Aparece Stavrogin. *Lleva la corbata torcida. Por primera vez, parece no estar muy en sus cabales.)*
Varvara
Nikolai, ¿qué te pasa?

Stavrogin
Nada. Nada. Me pareció que alguien me llamaba. Pero no... No... ¿Quién me iba a llamar?
(Liza da un paso adelante.)
Liza
Nikolai Stavrogin, un tal Lebiadkin, que dice ser el hermano de su mujer, me manda cartas improcedentes en las que asegura que tiene que contarme cosas de usted. Si de verdad tienen algún parentesco, prohíbale que me importune.
Stavrogin *(Con chocante sencillez.)*
Tengo, efectivamente, la desgracia de ser pariente de ese hombre. Hace cuatro años, me casé en Petersburgo con su hermana, de soltera Lebiadkin.
(Varvara *levanta el brazo derecho, como para protegerse de un golpe, y se desmaya. Todos se abalanzan hacia ella menos* Liza *y* Stavrogin.)
(Con la misma expresión.) Ahora es cuando tiene que venir conmigo, Liza. Iremos a mi casa de campo de Skvorechniki.
(Liza *se le acerca como una autómata.)*
(Mavriki Nikolayevich, *que estaba atendiendo a* Varvara Petrovna, *se incorpora y corre hacia ella.)*
Mavriki Nikolayevich
¡Liza!
(Ella lo detiene con un ademán.)
Liza
Apiádese de mí.
(Sale en pos de Stavrogin.)
OSCURO

El Narrador *(Ante un telón que iluminan los resplandores de un incendio.)*
El incendio que llevaba tanto tiempo soterrado se declaró al fin. Se declaró primero, en sentido propio, esa noche en la que Liza se fue con Stavrogin. Destruyó el arrabal que hay entre la ciudad y la casa de campo de los Stavrogin. En ese arrabal estaba la casa de Lebiadkin y de su hermana Marya. Pero también se declaró en las almas. Tras la huida de Liza, sucedió una desgracia tras otra.

CUADRO DECIMOSEXTO
El salón de la casa de Skvorechniki. Las seis de la mañana.
(Liza, *con el mismo vestido, pero arrugado y mal abrochado, contempla los resplandores del incendio tras la hoja del balcón. Está tiritando. Entra* Stavrogin, *que viene de fuera.)*
Stavrogin
Aleksei se ha ido a caballo a buscar noticias. Dentro de unos minutos, sabremos todo lo que pasa. Dicen que parte del arrabal se ha quemado ya. El incendio se declaró entre las once y las doce de la noche.
(Liza *se vuelve de repente y va a sentarse en un sillón.)*
Liza

Escúcheme, Nikolai. No nos queda ya mucho tiempo de estar juntos y quiero decirle todo lo que tengo que decir.
Stavrogin
¿De qué me hablas, Liza? ¿Por qué no nos queda ya mucho tiempo de estar juntos?
Liza
Porque estoy muerta.
Stavrogin
¿Muerta? ¿Por qué, Liza? Hay que vivir.
Liza
Ha olvidado que ayer, al entrar aquí, le dije que se había llevado a una muerta. Luego, viví. Tuve mi hora de vida en este mundo; y con ella basta. No quiero ser como Christofor Ivanovich. ¿Se acuerda de él?
Stavrogin
Sí
Liza
¿Verdad que lo aburría a usted muchísimo en Lausana? Siempre decía: «Vengo sólo un ratito», y se quedaba todo el día. No quiero ser como él.
Stavrogin
No digas eso. Te haces daño y me lo haces a mí. Escúchame, te lo puedo jurar: te amo más en este momento que ayer, cuando entraste aquí.
Liza
¡Curiosa declaración!
Stavrogin
No nos separaremos. Nos iremos juntos.
Liza
¿Irnos? ¿Para qué? Para resucitar juntos, como dice usted. No, todas esas cosas son demasiado sublimes para mí. Si me marchase con usted, querría que fuera para ir a Moscú, a recibir visitas y a devolverlas. Ése es mi ideal, un ideal muy burgués. Pero como está casado, todo esto es inútil.
Stavrogin
Pero Liza, ¿acaso has olvidado que te has entregado a mí?
Liza
No lo he olvidado. Ahora, quiero dejarlo a usted.
Stavrogin
Te vengas en mí de tu capricho de ayer.
Liza
¡Qué pensamiento tan bajo!
Stavrogin
¿Entonces por qué lo hiciste?
Liza
¿Qué puede importarle? No tiene usted culpa de nada ni que dar cuentas a nadie.
Stavrogin

No me desprecies así. Lo único que temo es quedarme sin esta esperanza que tú me has dado. Estaba perdido, como ahogado, y pensé que tu amor me salvaría. ¿Sabes siquiera lo que me ha costado esta esperanza nueva? La he pagado con la vida...
Liza
¿Con su vida o con la de otra persona?
Stavrogin *(Trastornado.)*
¿Qué quieres decir? Aclaralo ahora mismo: ¿qué quieres decir?
Liza
Sólo le he preguntado si había pagado esa esperanza con su vida o con la mía. ¿Por qué me mira así? ¿Qué había pensado? Parece como si tuviera miedo, como si llevase mucho tiempo teniendo miedo... Y ahora se pone pálido...
Stavrogin
Si sabes algo, yo no sé nada, te lo juro. No era eso lo que quería decir...
Liza *(Espantada.)*
No lo entiendo a usted.
Stavrogin *(Se sienta y se coge la cabeza con las manos.)*
Un mal sueño... Una pesadilla... Estábamos hablando de dos cosas diferentes.
Liza
No sé de qué estaba hablando usted... *(Lo mira.)* Nikolai... *(Él alza la cabeza.)* ¿Es posible que ayer no intuyese que hoy lo dejaría? ¿Lo sabía o no? No mienta: ¿lo sabía?
Stavrogin
Lo sabía.
Liza
Lo sabía y, sin embargo, me hizo suya.
Stavrogin
Sí, condéname. Tienes derecho a hacerlo. También sabía que no te amaba y te hice mía. Nunca he amado a nadie. Sólo sé desear. Y me he aprovechado de ti. Pero siempre tuve la esperanza de que un día podría amar y siempre tuve la esperanza de que te amaría a ti. El hecho de que aceptases venir conmigo hizo crecer esa esperanza. Te amaré, sí, te amaré.
Liza
¡Me amará! Y yo que suponía que... ¡Ah, me fui con usted por orgullo, para rivalizar en generosidad, me fui con usted para perderme con usted y para compartir su infortunio! *(Llora.)* Pero, pese a todo, suponía que me amaba con locura. Y usted tiene cierta esperanza de amarme algún día. Así de tonta he sido. No se burle de estas lágrimas. Me encanta compadecerme de mí misma. ¡Pero ya basta! ¡No soy capaz de nada, ni usted tampoco lo es! Consolémonos sacándonos la lengua mutuamente. Así al menos no padecerá nuestro orgullo.
Stavrogin
No llores. No puedo soportarlo.
Liza
Estoy tranquila. He dado mi vida por una hora con usted. Ahora estoy

tranquila. En cuanto a usted, olvidará. Tendrá otras horas, otros momentos.
Stavrogin
¡Nunca, nunca! Sólo tú...
Liza *(Mirándolo con loca esperanza.)*
¡Ah! Usted...
Stavrogin
Sí, sí, te amaré. Ahora estoy seguro de ello. Algún día este corazón mío cederá por fin, doblegaré la cabeza y me rendiré entre tus brazos. Sólo tú puedes curarme, sólo tú...
Liza *(Que ha recuperado el control, con taciturna desesperación.)*
¡Curarlo! No quiero curarlo. No quiero ser para usted una hermana de la caridad. ¡Pídaselo a Dasha! ¡Es un perro que lo seguirá a donde sea! Y no tenga pena por mí. Sabía de antemano lo que me esperaba. Siempre supe que si me iba con usted me llevaría a un sitio en que viviría una araña monstruosa del tamaño de un hombre, que nos pasaríamos la vida mirando la araña y temblando de miedo y que en eso se quedaría nuestro amor...
(Entra Aleksei Yegorovich.)
Aleksei
Señor, señor, han encontrado... *(Calla, mirando a* Liza.) Yo... Señor, Piotr Verhovensky quiere verlo...
Stavrogin
Liza, espérame en esa habitación. (Liza *se dirige hacia la habitación.* Aleksei Yegorovich *sale.)* Liza... (Liza *se detiene.)* Te enteres de lo que te enteres, debes saber que el culpable soy yo.
(Ella lo mira, espantada, y entra despacio en el despacho, andando de espaldas.)
(Entra Piotr Verhovensky.)
Piotr
Lo primero que tiene que saber es que no ha sido cosa de ninguno de nosotros. Se trata de una coincidencia, de un concurso de circunstancias. Desde el punto de vista de la ley, no está usted implicado...
Stavrogin
¿Se han abrasado? ¿Los han asesinado?
Piotr
Los han asesinado. Por desgracia, la casa no ha ardido por completo y han encontrado sus cuerpos. A Lebiadkin le dieron un tajo en la garganta. Y a su hermana la acuchillaron por todo el cuerpo. Pero lo más seguro es que fuera un merodeador. Me han dicho que Lebiadkin estaba borracho perdido la víspera y enseñaba a todo el mundo los mil quinientos rublos que yo le había dado.
Stavrogin
¿Le había dado usted mil quinientos rublos?
Piotr
Sí. Como por casualidad. Se los di de parte de usted.

Stavrogin
¿De mi parte?
Piotr
Sí. Me daba miedo que nos denunciase y le di ese dinero para que se fuera a San Petersburgo... (Stavrogin *da unos cuantos pasos con expresión ausente.)* Pero oiga al menos cómo han ido ocurriendo las cosas... *(Lo coge por la solapa de la levita.* Stavrogin *le propina un violento golpe.)* ¡Ay, podría haberme roto el brazo! En fin... En resumidas cuentas, anduvo presumiendo de que tenía ese dinero y Fedka lo vio... eso es todo. Ahora tengo la seguridad de que ha sido Fedka. No debió de entender las intenciones reales de usted...
Stavrogin *(Sorprendentemente distraído.)*
¿Fue Fedka el autor del incendio?
Piotr
No, no. Ya sabe que esos incendios estaban previstos dentro de las acciones de nuestros grupos. Es un medio de acción muy nacional, muy popular... ¡Pero no tan pronto! Me han desobedecido, eso es lo que ha pasado, y habrá que tomar medidas. Aunque fíjese en que la desgracia tiene su lado bueno. Por ejemplo, usted se ha quedado viudo y puede casarse con Liza mañana mismo. ¿Dónde está? Quiero anunciarle la buena noticia. (Stavrogin *se echa a reír de pronto, pero como si no estuviera en sus cabales.)* ¿Se ríe?
Stavrogin
Sí, me río de mi simio, me río de usted. ¡Qué buena noticia, desde luego! ¿Pero no cree que esos cadáveres van a contrariarla un poco?
Piotr
¡Claro que no! ¿Por qué? Además, desde el punto de vista de la ley... Y, por cierto, que es una jovencita que no tiene nada de timorata. Pasará por encima de esos cadáveres de una forma que a usted mismo lo va a dejar pasmado. En cuanto esté casada, se le olvidará.
Stavrogin
No habrá boda. Liza se va a quedar sola.
Piotr
No me diga. En cuanto lo vi a usted, me di cuenta de que las cosas no habían ido como debían. ¡Vaya, vaya! ¿Un fracaso rotundo quizá? Me apuesto algo a que se han pasado los dos toda la noche sentados cada cual en su silla y perdiendo un tiempo valiosísimo en hablar de cosas muy elevadas. Además, estaba seguro de que todo esto acabaría de una forma muy tonta... Bueno. No me costará casarla con Mavriki Nikolayevich, que debe de andar esperándola fuera, bajo la lluvia, puede estar seguro. Y por lo que se refiere a los otros... a los que han matado, más vale no decirle nada. Ya se enterará.
(Entra Liza.*)*
Liza
¿De qué me voy a enterar? ¿Quién ha matado? ¿Qué ha dicho de Mavriki Nikolayevich?
Piotr

¡Vaya, jovencita! Así que escuchamos detrás de las puertas.
Liza
¿Qué ha dicho de Mavriki Nikolayevich? ¿Lo han matado?
Stavrogin
No, Liza. Es a mi mujer y a su hermano a quienes han matado.
Piotr *(Se apresura a intervenir.)*
¡Una casualidad extraña, monstruosa! Alguien aprovechó el incendio para matarlos y robarles. Seguramente fue Fedka.
Liza
¡Nikolai! ¿Está diciendo la verdad?
Stavrogin
No. No está diciendo la verdad.
(Liza *lanza un gemido.)*
Piotr
Pero dése cuenta de que este hombre ha perdido la razón. Además, ha pasado la noche con usted, así que...
Liza
Nikolai, hábleme como si en este momento estuviera en presencia de Dios. ¿Es usted culpable o no lo es? Creeré en su palabra como creo en la de Dios. Y lo seguiré como un perro hasta el fin del mundo.
Stavrogin *(Despacio.)*
No he matado y estaba en contra de ese crimen, pero sabía que los iban a asesinar y no impedí a los asesinos que lo hicieran. Y ahora déjeme.
Liza *(Mirándolo con horror.)*
¡No, no, no!
(Sale entre gritos.)
Piotr
¡Así que he perdido el tiempo con usted!
Stavrogin
Conmigo. ¡Vaya! Si yo... *(De repente se echa a reír como un loco; luego se yergue y grita con voz tremenda.)* Yo aborrezco espantosamente todo cuanto existe en Rusia: al pueblo, al zar, y a usted, y a Liza. Aborrezco todo cuanto vive en la tierra, y a mí el primero. Por lo tanto, que impere la destrucción, sí, y que los aplaste a todos y, con ellos, a todos los simios de Stavrogin y a Stavrogin también...
OSCURO

CUADRO DECIMOSÉPTIMO (4)
En la calle.
(Liza *va corriendo.* Piotr Verhovensky *corre detrás de ella.)*
Piotr
Espere, Liza, espere, que la llevaré a casa. Tengo un coche de punto.
Liza *(Trastornada.)*
Sí, sí, qué bueno es usted. ¿Dónde están? ¿Dónde está la sangre?
Piotr

No, no, ¿qué pretende usted hacer? Mire, está lloviendo. Venga, está aquí Mavriki Nikolayevich.
Liza
¡Mavriki! ¡Ay! ¿Dónde está? ¡Ah, Dios mío, me está esperando! ¡Lo sabe!
Piotr
¡Vamos! ¿Qué importancia puede tener eso? Seguramente es un hombre sin prejuicios.
Liza
¡Espléndido, espléndido! ¡Ay, no debe verme! Huyamos a los bosques, a los campos...
(Piotr *se marcha.* Liza *sale huyendo. Aparece* Mavriki Nikolayevich, *que la persigue.* Liza *se cae.* Mavriki *se inclina sobre ella; está llorando; se quita el abrigo y se lo echa por encima a la joven. Ella le bésala mano llorando.)*
Mavriki Nikolayevich
¡Liza! ¡Comparado con usted no soy nada, pero no me rechace!
Liza
¡Mavriki, no me abandone! Tengo miedo de la muerte, no quiero morir.

Mavriki Nikolayevich
¡Está empapada! ¡Ay, Dios mío, y sigue lloviendo!
Liza
No es nada. Venga, guíeme. Quiero ver la sangre. Dicen que han matado a su mujer. Y él dice que la ha matado él. Pero no es cierto, ¿a que no? O, si no, quiero ver con mis propios ojos a esos a quienes han matado por mi culpa... ¡Pronto, pronto! ¡ Ay, Mavriki, no me perdone! Me he portado ignominiosamente. ¿Por qué iba nadie a perdonarme? Pero ¿por qué llora? ¡Déme una bofetada y máteme aquí mismo!
Mavriki Nikolayevich
Nadie tiene derecho a juzgarla. Y yo menos que nadie. ¡Que Dios la perdone!
(Poco a poco van iluminando el telón de fondo los resplandores del incendio y empieza a oírse el ruido del gentío.) (Entra Stepan Trofimovich *vestido de viaje y con un maletín en la mano izquierda y un bastón y un paraguas en la mano derecha.)*
Stepan *(Que delira un poco.)*
¡Ah, usted! Querida mía, querida mía, ¿cómo es posible? Con esta niebla... ¡Mire, mire el incendio!... ¿Es desgraciada, verdad? Ya lo noto. Todos somos desgraciados, pero debemos perdonarlos a todos. Para cumplir con el mundo y ser libres hay que perdonar, perdonar, perdonar...
Liza
¡Ay, levántese! ¿Por qué se pone de rodillas?
Stepan
Al despedirme del mundo, quiero despedirme, en su persona, de todo mi pasado. *(Llora.)* Me arrodillo ante usted, lo único hermoso que había en mi vida. Soñé con escalar el cielo y aquí estoy, en el barro, un anciano aniquilado... ¡Mire qué crimen tan rojo! La gente no podía hacer otra cosa. Huyo de su delirio, de su pesadilla, me voy a buscar a Rusia. Pero si están empapados los dos. Cojan mi paraguas... (Mavriki *coge el paraguas sin fijarse en lo que hace.)* Yo ya encontraré alguna carreta. Pero, querida Liza, ¿qué ha dicho usted hace un momento? ¿Que han matado a alguien? (Liza *sufre algo parecido a un desfallecimiento.)* ¡Ay, Dios mío, que se desmaya!
Liza
Pronto, pronto, Mavriki, devuélvale a este chiquillo su paraguas. ¡Ahora mismo! *(Vuelve a acercarse a* Stepan Trofimovich.) Le hago la señal de la cruz, pobrecito. ¡Y usted rece también por la pobre Liza!
(Stepan Trofimovich *se marcha. Mavriki y Liza caminan también hacia las llamas.)*
(Crece el barullo. Las llamas cobran fuerza. Ahora, la gente grita.)
Voces
Aquí está la señorita esa de Stavrogin. A las personas así no les basta con matar a la gente; además, quieren ver los cuerpos.
(Un hombre golpea a Liza.)
(Mavriki Nikolayevich *se arroja sobre él.)*

(Pelean. Liza *se incorpora. Otros dos hombres la golpean, uno de ellos con un palo.* Liza *cae al suelo. Vuelve la calma.* Mavriki Nikolayevich *la toma en sus brazos y la lleva a rastras hacia la luz.)*
Mavriki Nikolayevich
Liza, Liza, no me deje. (Liza *cae de espaldas, muerta.)* ¡Liza, Liza querida, ahora me toca a mí ir a reunirme contigo!
OSCURO

El Narrador
Mientras buscaban por todas partes a Stepan Trofimovich, quien, como un rey destronado, iba errante por los caminos, los acontecimientos se fueron acelerando. La mujer de Shatov regresó, después de tres años de ausencia. Pero lo que Shatov tomó por un nuevo principio iba a ser, en realidad, un final.

CUADRO DECIMOCTAVO
La habitación de Shatov.
(Marie Shatov *está de pie, con una bolsa de viaje en la mano.)*

Marie
Me quedaré poco tiempo, sólo el necesario para encontrar trabajo. Pero si le resulto una molestia, le ruego que me lo diga ahora mismo, como un hombre de bien. Venderé algo y me iré a un hotel.
(Se sienta en la cama.)
Shatov
Marie, déjate de hoteles. Ésta es tu casa.
Marie
No, no lo es. Nos separamos hace tres años. No se empeñe en creer que estoy arrepentida ni que vuelvo para reanudar algo.
Shatov
No, no, sería inútil. Y, además, da igual. Eres la única persona que me haya dicho en la vida que me amaba. Y basta. Haz lo que quieras, estás aquí.
Marie
Sí, usted es bueno. Si he venido a su casa es porque siempre lo consideré un hombre bueno y superior a todos esos bribones.
Shatov
Marie, escúchame, pareces agotada. Te lo ruego, no te enfades... Si quisieras tomar un poco de té, por ejemplo, ¿eh? El té siempre sienta bien. Si quisieras...
Marie
Pues claro que quiero. Siempre tan niño. Déme té, si es que tiene. Hace tanto frío aquí.
Shatov
Sí, sí, te daré té.
Marie

¿No tiene aquí?
Shatov
Lo habrá, lo habrá. *(Sale y va a llamar a la puerta de* Kirillov.) ¿Puede prestarme algo de té?
Kirillov
¡Venga a tomarlo conmigo!
Shatov
No. Ha llegado mi mujer...
Kirillov
¡Su mujer!
Shatov *(Tartamudeandoy casi llorando.)*
Kirillov, Kirillov, usted y yo lo pasamos mal juntos en América.
Kirillov
Sí, sí, espere. *(Se va y vuelve con un servicio de té en una bandeja.)* Aquí tiene. Y también un rublo, tome.
Shatov
¡Se lo devolveré mañana! ¡Ay, Kirillov!
Kirillov
No, no, está bien que haya vuelto y que usted todavía la quiera. Y está bien que haya venido a pedirme esto. Si necesita lo que sea, llámeme, a cualquier hora. Pensaré en usted y en ella.
Shatov
Ah, qué hombre tan extraordinario sería usted si pudiera prescindir de esas ideas suyas tan espantosas.
(Kirillov *se va de forma brusca.* Shatov *lo mira irse. Llaman. Entra* Liamshin.)
No puedo atenderlo ahora.
Liamshin
Traigo un recado para usted. He venido a decirle, de parte de Verhovensky, que todo está arreglado y que es usted libre.
Shatov
¿De verdad?
Liamshin
Sí, libre por completo. Bastará con que le enseñe a Liputin el sitio en que enterró la imprenta. Vendré a buscarlo mañana a las seis en punto, antes de que amanezca.
Shatov
Iré. Ahora lárguese. Mi mujer ha vuelto. (Liamshin *sale.* Shatov *regresa a su habitación.* Marie *se ha quedado dormida. Deja el té en la mesa y la contempla.)* ¡Ah, qué guapa eres!
Marie *(Despertándose.)*
¡Ay! ¿Por qué ha dejado que me quedase dormida? Le estoy quitando la cama.
(Algo parecido a un ataque la vence hacia atrás. Le coge la mano a Shatov.)
Shatov

¿Qué te pasa, cariño? Voy a llamar al médico... ¿Dónde te duele? ¿Quieres unas compresas? Puedo preparártelas...
Marie
¿Qué? ¿Qué quiere decir?
Shatov
¿Yo? Nada... No te entiendo.
Marie
No, no, no es nada... Camine... Cuénteme algo... Hábleme de sus nuevas ideas. ¿Qué predica ahora? Porque algo tiene que estar predicando; usted es así.
Shatov
Sí... bueno... Predico a Dios.
Marie
En quien no cree. *(Otro malestar.)* ¡Ay, es usted insoportable, muy insoportable!
(Aparta a Shatov, *que se inclinaba encima de la cama.)*
Shatov
Marie, haré lo que quieras... Caminaré... hablaré.
Marie
¿Pero es que no se da cuenta de que ya ha empezado?
Shatov
¿Empezado? ¿Qué ha empezado?
Marie
¿Pero es que no ve que estoy de parto? ¡Ay, maldito sea este niño! (Shatov *se incorpora.)* ¿Dónde va, dónde va? Se lo prohibo.
Shatov
Ahora vuelvo, ahora vuelvo. Hace falta dinero y una comadrona... ¡Ay, Marie! ¡Kirillov,Kirillov!
OSCURO

(Vuelve la luz despacio a la habitación.)
La comadrona está en el cuarto de al lado, con el niño.
Marie
Es tan guapo.
Shatov
¡Qué alegría tan grande!
Marie
¿Cómo lo vov a llamar?
Shatov
Shatov. Es mi hijo. Deja que te coloque bien las almohadas.
Marie
¡Así no! Qué torpe eres.
(Shatov *se esmera cuanto puede.)*
(Sin mirarlo.) ¡Agáchate! *(Él lo hace.)* ¡Más! Acércate más.
(Lo coge por el cuello y le da un beso.)

Shatov
¡Marie, amor mío!
(Ella se vuelve del otro lado.)
Marie
¡Ah! Nikolai Stavrogin es un miserable.
(Se echa a llorar. Shatov *la acaricia y le habla tiernamente.)*
Shatov
Ya pasó todo, Marie. Viviremos los tres juntos, trabajaremos.
Marie *(Echándose en sus brazos.)*
Sí, trabajaremos y olvidaremos, amor mío...
(Llaman a la puerta de la sala.)
¿Qué pasa?
Shatov
Se me había olvidado, Marie. Tengo que salir, tardaré una media hora.
Marie
¿Vas a dejarme sola? Acabamos de volvernos a encontrar y me dejas...
Shatov
Pero es la última vez. Luego estaremos ya juntos y nunca, nunca más, nos acordaremos del horror de los días del pasado.
(Le da un beso, coge la gorra y cierra despacio la puerta. Liamshin *lo está esperando en el salón.)*
Liamshin, amigo mío, ¿ha sido feliz alguna vez en la vida?
OSCURO

CUADRO DECIMONOVENO
El bosque de Brykovo.
(Shigaliov y Virginski *ya han llegado. Aparece* Piotr Verhovensky *con* El seminarista *y con* Liputin.)
Piotr *(Alza el farol y los mira.)*
Espero que no se les haya olvidado lo que acordamos.
Virginski
Escúchenme, sé que la mujer de Shatov ha regresado esta noche y que ha dado a luz. Todo el que conozca el corazón humano ve con claridad que ahora Shatov no va a denunciar a nadie. Es feliz. Quizá en vista de eso podríamos renunciar al proyecto.
Piotr
Si usted fuera feliz de pronto ¿renunciaría a un acto justo que le pareciera ejemplar y necesario?
Virginski
Claro que no, claro que no. Pero...
Piotr
¿Preferiría ser infeliz a ser cobarde?
Virginski
Desde luego que lo preferiría.

Piotr
Está bien, pues sepa que Shatov considera ahora esa denuncia como algo justo y necesario. Por lo demás, ¿qué felicidad hay en que su mujer, tras una escapada de tres años, haya vuelto a su casa para parir un hijo de Stavrogin?
Virginski *(Muy brusco.)*
Sí, pero yo no estoy de acuerdo. Le pediremos su palabra de honor, y nada más.
Piotr
Los que hablan de honor están a sueldo del gobierno.
Liputin
¿Cómo se atreve? ¿Quién está aquí a sueldo del gobierno?
Piotr
Usted quizá... los vendidos son quienes se asustan cuando llega el momento del peligro.
Shigaliov
¡Basta! Quiero decir algo. Llevo desde ayer por la noche analizando metódicamente la cuestión de este asesinato y he llegado a la conclusión de que es inútil, frivolo y una cuestión personal. Usted odia a Shatov porque él lo desprecia y lo ha insultado. Es una cuestión personal. Pero el personalismo es el despotismo. Así que me marcho. No porque tema el peligro, ni porque sea amigo de Shatov, sino porque este asesinato está en contradicción con mi sistema. Adiós. Y, en lo tocante a las denuncias, usted sabe que no denunciaré a nadie.
(Da media vuelta y se marcha.)
Piotr
No se muevan. Ya buscaremos a ese loco. Entretanto, debo decirles que Shatov ya le ha confesado a Kirillov su intención de denunciarnos. Me lo ha dicho Kirillov, porque estaba indignado. Ahora ya lo saben todo. Y, además, lo juraron. *(Todos se miran.)* Bien. Les recuerdo que, luego, hay que tirarlo al estanque e irse cada cual por su lado. La carta de Kirillov nos cubrirá a todos. Yo me voy mañana a San Petersburgo. Ya tendrán noticias mías. (*Se oye un silbido.* Liputin *titubea, pero contesta.)* Escondámonos.
(*Se esconden todos menos* Liputin. *Entran* Liamshin y Shatov.)
Shatov
¿Qué pasa? ¿Se ha quedado mudo? ¿Han traído la azada? No tengan miedo, por aquí no hay nadie. Aunque disparásemos un cañón, no se oiría en los arrabales. Aquí es. *(Da una patada en el suelo.)* Precisamente aquí.
(El seminarista *y* Liputin *se le echan encima por la espalda, lo agarran de los codos y lo tiran al suelo.)* (Verhovensky *le apoya el revólver en la frente.)*
(Shatov *lanza un grito breve y desesperado:* «¡Marie!».) (Verhovensky *dispara.)*
(Virginski, *que se ha quedado al margen, empieza de pronto a temblar y a gritar.)*
Virginski

No es esto. No, no. No es esto en absoluto... No... (Liamshin, *que se ha quedado apartado y tampoco ha participado en el asesinato, lo agarra de repente por detrás, lanzando espantosas voces.* Virginski *se suelta, aterrado.* Liamshin *se arroja sobre* Piotr Verhovensky, *sin dejar de gritar. Lo sujetan y lo obligan a callar.* Virginski *llora.)* No, no, no es esto...
Piotr *(Mirándolos con desprecio.)*
¡Crápulas!...
OSCURO

CUADRO VIGÉSIMO
Una calle.

(Verhovensky, *que se encamina a buen paso hacia la pensión Filippov, se tropieza con* Fedka.)
Piotr
¿Por qué no te has quedado escondido en donde estabas, como te lo mandé?
Fedka
Sé educado, falso de tres al cuarto, sé educado. No he querido comprometer al señor Kirillov, que es un hombre instruido.
Piotr
¿Quieres un pasaporte y dinero para irte a Petersburgo o no los quieres?
Fedka
Eres un piojo. Eso es lo que eres para mí. Me prometiste dinero de parte del señor Stavrogin para que derramase sangre inocente. Ahora sé que el señor Stavrogin no estaba al tanto. Así que el asesino verdadero no soy yo, ni el señor Stavrogin, eres tú.
Piotr *(Fuera de sí.)*
¿Sabes, miserable, que te voy a entregar ahora mismo a la policía? *(Saca el revólver.* Fedka, *más rápido que él, lo abofetea cuatro veces.* Piotr *cae al suelo.* Fedka *huye entre risas.* Piotr *se levanta.)* Te encontraré, aunque sea en la otra punta del mundo. Te aplastaré. ¡Y ei cuanto a Kirillov...!
(Corre hacia la pensión Filippov.)
OSCURO

CUADRO VIGÉSIMO PRIMERO
La pensión Filippov.
Kirillov *(Con el escenario a oscuras.)*
¡Has matado a Shatov! ¡Lo has matado, lo has matado!
(Va subiendo la luz.)
Piotr
Se lo he explicado cien veces. Shatov nos iba a denunciar a todos.
Kirillov
Cállate. Lo has matado porque te escupió a la cara en Ginebra.
Piotr
Por eso. Y por muchas cosas más. ¿Qué le pasa...? ¡Ah!

(Kirillov *ha sacado el revólver y lo está apuntando.* Verhovensky *saca también el suyo.)*
Kirillov
Ya tenías preparada el arma porque tenías miedo de que te matase. Pero no te mataré. Y eso que... y eso que…
(Sigue apuntándolo. Luego, baja el brazo, riéndose.)
Piotr
Estaba seguro de que no me iba a disparar. Pero ha corrido usted un gran riesgo. Yo sí que he estado a punto de disparar...
(Vuelve a sentarse y se sirve té con mano algo temblona.)
(Kirillov *deja el revólver en la mesa y empieza a dar paseos. Se detiene ante* Piotr Verhovensky.)
Kirillov
Echo de menos a Shatov.
Piotr
Yo también.
Kirillov
Calla, miserable, o te mato.
Piotr
De acuerdo. No lo echo de menos... Además, el tiempo apremia. Tengo que coger un tren al amanecer e irme al extranjero.
Kirillov
Comprendo. Les dejas tus crímenes a los demás y tú te pones a buen recaudo. ¡Canalla!
Piotr
Eso de la canallada y la honradez son palabras. Todo son palabras, no hay nada más.
Kirillov
Toda mi vida he querido que hubiera algo más que las palabras. Sólo he vivido para eso, para que las palabras tuvieran un sentido, para que fueran acciones también...
Piotr
¿Y qué?
Kirillov
Pues que... *(Mira a* Piotr Verhovensky.) Ah, eres el último hombre al que voy a ver. No querría que nos separásemos con odio.
Piotr
Puede estar seguro de que personalmente no tengo nada en contra de usted.
Kirillov
Los dos somos unos miserables. Y yo voy a matarme; y tú vas a vivir.
Piotr
Desde luego que voy a vivir. Yo soy un cobarde. Es algo despreciable, bien lo sé.
Kirillov *(Con creciente exaltación.)*

Sí, sí, es despreciable. Atiende. ¿Te acuerdas de lo que le dijo el Crucificado al ladrón que agonizaba a su diestra? «Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso.» Concluyó el día, murieron, y no hubo ni paraíso ni resurrección. Y, sin embargo, ese hombre era el más grande del mundo. El planeta y cuanto hay en él no es sino locura sin ese hombre. Pues bien, si las leyes de la naturaleza no respetaron ni siquiera a un hombre así, si lo obligaron a vivir en la mentira y a morir por una mentira, entonces todo este planeta no es más que una mentira. ¿Para qué vivir, pues? Contesta si eres un hombre.

Piotr

Efectivamente. ¿Para qué vivir? He captado muy bien su punto de vista. Si Dios es una mentira, entonces estamos solos y libres. Usted se mata y demuestra que es libre y que ya no hay Dios. Pero, para demostrarlo, tiene que matarse.

Kirillov *(Cada vez más exaltado.)*

Lo has comprendido. Ah, si un crápula como tú puede comprenderlo, todo el mundo lo comprenderá. Pero alguien tiene que dar el primer paso y matarse para demostrar a los demás la terrible libertad del hombre. Soy infeliz porque soy el primero y tengo un miedo espantoso. Sólo soy zar durante un rato. Pero seré el que da el primer paso y abriré la puerta. Y todos los hombres serán felices, todos serán zares, y para siempre. *(Se abalanza hacia la mesa.)* Ah, dame la pluma. Dicta; firmaré lo que sea. Y también que he matado a Shatov. Dicta. No temo a nadie, todo da lo mismo. Todo cuanto está oculto acabará por saberse; y a ti te aplastará. Creo. Creo. Dicta.

Piotr *(Se pone en pie de un brinco y le coloca delante a* Kirillov *papel y pluma.)* «Yo, Aleksei Kirillov, declaro...»

Kirillov

Sí. ¿A quién? ¿A quién? Quiero saber a quién se lo declaro.

Piotr

A nadie. A todo el mundo. ¿Para qué especificar? Al mundo entero.

Kirillov

¡Al mundo entero! Bravo. Y sin arrepentimiento. No quiero arrepentimiento. No quiero dirigirme a las autoridades. Venga, dicta. El universo es malo. Firmaré.

Piotr

Sí, el universo es malo. ¡Y al diablo con las autoridades! Escriba.

Kirillov

Espere. Quiero dibujar en la parte de arriba de la hoja una cara sacándoles la lengua.

Piotr

De ninguna manera. Nada de dibujos. El tono basta.

Kirillov

El tono, sí, eso es. Dicta el tono.

Piotr

«...declaro que esta mañana he matado al estudiante Shatov en el parque por

su traición y por haber denunciado las proclamas.»
Kirillov
¿Sólo esto? Además, quiero injuriarlos.
Piotr
Así basta. Démelo. Pero no ha puesto la fecha ni ha firmado. Firme.
Kirillov
Quiero insultarlos.
Piotr
Ponga «Viva la República». Se quedarán lívidos.
Kirillov
Sí, sí. No; voy a poner: «Libertad, igualdad y fraternidad o muerte». Eso es. ¡Ah! Y, además, pondré en francés: «gentilhomme séminariste russe et citoyen du monde civilisé». ¡Así! ¡Así! Queda perfecto. Perfecto. *(Se levanta, coge el revólver y va corriendo a apagar la lámpara. La habitación queda a oscuras. En la oscuridad,* Kirillov *lanza un alarido con todas sus fuerzas.)* Ahora mismo, ahora mismo...
(Suena un disparo. Silencio. Alguien anda a tientas por el escenario. Piotr Verhovensky *enciende una vela y alumbra al cuerpo de* Kirillov.)
Piotr
¡Perfecto!
(Sale.)
Marie Shatov *(Se la oye gritar dentro.)*
¡Shatov! ¡Shatov!
OSCURO

El Narrador
Tras denunciarlos el vulnerable Liamshin, detuvieron a los asesinos de Shatov, menos a Verhovensky, quien, en esos mismos momentos, confortablemente instalado en un compartimiento de primera clase, estaba cruzando la frontera y preparando nuevos planes para una sociedad mejor. Pero, si bien la raza de los Verhovensky es inmortal, no hay seguridad alguna de que también lo sea la de los Stavrogin.

CUADRO VIGÉSIMO SEGUNDO

En casa de Stavrogin.
(Varvara Stavrogin *se está poniendo una capa. Junto a ella,* Dasha, *que va de luto.* Aleksei *está en el umbral.)*

Varvara
Prepara la calesa. (Aleksei *sale.)* ¡Irse así, a su edad, por los caminos, y lloviendo! *(Llora.)* ¡Qué estúpido, qué estúpido! Pero ahora está enfermo. ¡Sí, lo volveré a traer a casa vivo o muerto! *(Va hacia la puerta, se detiene y vuelve junto a* Dasha.) ¡Querida mía, querida mía!
(La besa y sale.)

(Dasha *la mira irse desde la ventana y luego se sienta.)*
Dasha
Protégelos a todos, Dios mío, protégelos a todos primero y, luego, protégeme a mí. *(Entra de pronto* Stavrogin. Dasha *lo mira con intensidad. Silencio.)* Ha venido a buscarme, ¿verdad?
Stavrogin
Sí.
Dasha
¿Qué quiere de mí?
Stavrogin
He venido a pedirle que venga conmigo mañana.
Dasha
Iré. ¿Adonde vamos?
Stavrogin
Al extranjero. Y allí nos quedaremos para siempre. ¿Vendrá?
Dasha
Iré.
Stavrogin
El sitio al que vamos es tétrico. En lo hondo de un desfiladero. La montaña oprime los ojos y el pensamiento. Es el lugar de este mundo que más se parece a la muerte.
Dasha
Lo acompañaré. Pero aprenderá a vivir, a revivir... Es fuerte.
Stavrogin *(Con sonrisa aviesa.)*
Sí, soy fuerte. He sido capaz de dejar que me abofeteasen sin protestar, de derribar a un asesino, de vivir en los límites del desenfreno, de confesar públicamente mi abyección. Puedo hacerlo todo. Tengo una fuerza infinita. Pero no sé usarla. Todo me resulta ajeno.
Dasha
¡Ay, ojalá le dé Dios aunque no sea más que un poco de amor, incluso si no soy yo la amada!
Stavrogin
¡Sí, es usted generosa y será una buena enfermera ! Pero le repito que no se engañe. Nunca he podido aborrecer nada. Por lo tanto, nunca podré amar. Sólo soy capaz de negación, de negación mezquina. Si por fin consiguiese creer en algo, a lo mejor podía matarme. Pero no puedo creer.
Dasha *(Trémula.)* Nikolai, un vacío así es la fe, o la promesa de la fe.
Stavrogen *(La mira y dice, tras una pausa.)*
Será pues que tengo fé *(Se endereza)* No diga nada. Ahora tengo cosas que hacer *(Con una peculiar risita.)* ¡Qué bajeza haber venido a buscarla ! Era para mí una persona querida y, en medio de mi tristeza, me resultaba dulce estar junto a usted.
Dasha
Me ha hecho feliz al venir.

Stavrogin *(La mira con expresión extraña.)*
¿Feliz? Está bien, está bien... Pero no, no es posible... Yo sólo traigo conmigo daño... Pero no acuso a nadie.
(Salepor la derecha.)
(Un barullo fuera. Varvara *entra por el fondo.)*
(Detrás de ella, entra Stepan Trofimovich, *al que lleva, como si fuera un niño,un mujik alto y robusto.)*
Varvara
Pronto, ponedlo en este sofá. *(A* Aleksei.) Que llamen al médico. *(A* Dasha.) Tú manda que caldeen el dormitorio. *(Acomodan a* Stepan *y el* mujik *se retira.*) Veamos, loco, más que loco, ¿estuvo bien el paseo? (Stepan *pierde el conocimiento.* Varvara, *descompuesta, se sienta a su lado y le da golpes en las manos.)* ¡Ay, tranquilízate, tranquilízate! ¡Amigo mío! ¡Ay, verdugo, más que verdugo!
Stepan *(Incorporándose.)*
¡Ah, querida mía, querida rnía!
Varvara
No, espere, no diga nada.
(Él le coge la mano y la estrecha con fuerza entre las suyas.)
(Súbitamente, se lleva la mano de Varvara Stavrogin *a los labios.)*
(Apretando los dientes, Varvara Stavrogin *clava la vista en una esquina del aposento.)*
Stepan
Yo la amaba...
Varvara
Cállese.
Stepan
La he amado toda mi vida, durante veinte años...
Varvara
Deje de repetir: «Yo la amaba, yo la amaba...». ¡Basta! Han pasado veinte años que ya no volverán. ¡Soy una tonta, eso es lo que soy! *(Se levanta.)* Si no vuelve a dormirse ahora mismo, yo... *(Con repentina ternura.)* Duerma, yo lo velaré.
Stepan
Sí, voy a dormir. *(Está delirando, pero lo que dice parece sensato hasta cierto punto.)* Querida e incomparable amiga, me parece, sí, me parece que soy casi feliz. Pero la felicidad no me sienta nada bien, porque, acto seguido, empiezo a perdonar a mis enemigos... Si al menos a mí también fuera posible perdonarme.
Varvara *(Enternecida, pero brusca.)*
Lo perdonaremos. Y, sin embargo...
Stepan
Ya sé, no me lo merezco. Todos somos culpables. Pero, si está usted conmigo, soy como un niño, inocente como un niño. Querida mía, sólo puedo vivir

junto a una mujer. Y hacía tanto frío en el camino real… Pero he conocido al pueblo. Le he contado mi vida.
Varvara
¡Ha ido hablando de mí por esas posadas!
Stepan
Sí... es decir... con palabras veladas... claro. Y no entendían nada. ¡Ay, déjeme besarle el filo del vestido!
Varvara
Estése quieto. No dejará nunca de ser insoportable.
Stepan
Sí, abofetéeme en la otra mejilla, como en el Evangelio. Siempre he sido un miserable. Menos con usted.
Varvara *(Llorando.)*
Conmigo también.
Stepan *(Arrebatado.)*
No; pero me he pasado la vida mintiendo... Incluso cuando decía la verdad. Nunca he hablado pensando en la verdad, sino sólo pensando en mí. ¿Sabe que es posible que ahora también esté mintiendo?
Varvara
Sí, está mintiendo.
Stepan
Es decir que... lo único cierto es que la amaba. En todo lo demás, sí, seguro que estoy mintiendo. Lo malo, ¿sabe?, es que cuando miento me creo lo que estoy diciendo. Lo que más cuesta es vivir y no creerse las propias mentiras. Pero está usted aquí, y me ayudará...
(Pierde el conocimiento de nuevo.)
Varvara
Vuelva en sí, vuelva en sí. ¡Ay, está ardiendo! ¡Aleksei!
(Entra Aleksei.)
Aleksei
Ya está avisado el médico, señora.
(Sale Aleksei *por la derecha.* Varvara *vuelve junto a* Stepan.)
Stepan
¡Querida mía, querida mía, está usted aquí! Fui pensando por el camino y he entendido muchas cosas, y también que no había que negar ya nada... Para nosotros es demasiado tarde, pero para los que vengan detrás, ¿verdad que sí?, para el relevo, la joven Rusia...
Varvara
¿Qué quiere decir?
Stepan
¡Ay, léame la parte esa de los cerdos!
Varvara *(Espantada.)*
¿De los cerdos?
Stepan

Sí, en san Lucas, ya sabe, cuando los demonios entran en los cerdos. (Varvara *se acerca a su escritorio para coger los Evangelios y los hojea.)* Capítulo VIII, versículos 32 a 36.

Varvara *(Depie, a su lado.)*

...Y salidos los demonios del hombre, entraron en los cerdos; y el hato se arrojó de un despeñadero en el lago, y ahogóse. Y los pastores, como vieron lo que había acontecido, huyeron, y dieron aviso en la ciudad y por las heredades. Y salieron a ver lo que había acontecido; y vinieron a Jesús, y hallaron sentado al hombre de quien habían salido los demonios, vestido y en su juicio, a los pies de Jesús; y tuvieron miedo.

Stepan

Sí, sí... Esos demonios que salen del enfermo, querida mía, ¿se da cuenta?, seguro que los reconoce, son nuestras llagas, claro, nuestras impurezas, y el enfermo es Rusia... Pero las impurezas salen de ella y entran en los cerdos, quiero decir en nosotros, en mi hijo, en los demás, y nos arrojamos al vacío como si estuviéramos posesos, y pereceremos. Pero el enfermo se curará, y se sentará a los pies de Jesús; y se curarán todos... ¡Sí, Rusia se curará algún día!

Varvara

Usted no va a morirse. Lo dice para seguir haciéndome daño, hombre cruel.

Stepan

No, querida mía, no... Y, además, no me moriré del todo. Resucitaremos, resucitaremos, ¿verdad que sí?... Si hay Dios, resucitaremos; he aquí mi profesión de fe. Y la hago ante usted, a quien amaba...

Varvara

Hay Dios, Stepan Trofimovich. Le aseguro que existe.

Stepan

Lo comprendí por los caminos... en medio de mi pueblo. Me he pasado la vida mintiendo. Mañana, mañana, querida mía, volveremos a vivir juntos...

(Cae de espaldas.)

Varvara

¡Dasha! *(Luego, de pie y rígida.)* ¡Ah, Dios mío, compadécete de esta criatura!

Aleksei *(Saliendo de la habitación de la derecha.)*

Señora, señora... *(Entra* Dasha.) Ahí, ahí. *(Señala la habitación.)* ¡El señor Stavrogin!

(Dasha *corre hacia la habitación.) (Se oyen sus lamentos. Luego, vuelve despacio.)*

Dasha *(Cayendo de rodillas.)* Se ha ahorcado.

(Entra El Narrador.)

El Narrador

Señoras y caballeros, unas palabras más. Tras la muerte de Stavrogin, los médicos se reunieron para deliberar y declararon que no había en él síntoma alguno de alienación mental.

TELÓN

NOTAS

(1) Toda la escena del duelo se suprimió al representar la obra.

(2) La escena entre Mavriki Nikolayevich y Stavrogin se suprimió al representar la obra.

(3) Tras la supresión de la escena anterior, el siguiente texto sustituyó a estas tres intervenciones:

Aleksei *(Entrando.)* Piotr Verhovensky insiste en verlo

Piotr *(Aparece.)* Acabo de encontrarme con Mavriki Nikolayevich. Quería ofrecerle a su prometida. Le he aconsejado que espere. Por lo demás, no lo necesitamos para nada. Ella está deseando venir. Iremos en persona a buscarla, ¿verdad? El botín merece la pena.

(4) Este cuadro se suprimió al representar la obra.